

VISIONES DE ESPAÑA

ORRAS DEL MISMO AUTOR

EN LA CASA GARNIER HERMANOS, DE PARÍS

Paisajes Parisienses, con un prólogo de D. Miguel de Unamuno y un epílogo de D. François de Nión, 2.ª edición.

Crónicas del Bulevar, con un prólogo de D. Rubén Darío.

La Novela de las Horas y de los Días, con un prólogo de D. Pío Baroja.

EN LA CASA RODRIGUEZ SERRA, DE MADRID

Cuentos de la Pampa, (tomo XXXI de la Biblioteca Mignón).

EN PREPARACIÓN

La joven literatura hispano-americana, (antología de prosistas y poetas).

MANUEL UGARTE

Visiones de España

(APUNTES DE UN VIAJERO ARGENTINO)



F. SEMPERE Y C.ª, EDITORES
CALLE DEL PINTOR SOROLLA, 30 Y 32
VALENCIA

Imp. de EL PUEBLO.—Don Juan de Austria, 14, Valencia

El perfume de los pinos

San Juan de Luz.

Después de las *landes* y los grandes bosques de pinos que alzan sus masas obscuras á lo largo de la via férrea desde Burdeos hasta Bayona, se abre, al acercarse á la frontera hispana, un panorama nuevo y multicolor, lleno de pinceladas vivas, como un paisaje oriental.

Las tierras plomizas de la Gascuña con sus cielos diluidos por donde ambulan pesadamente las nubes de este comienzo de otoño, infunden raras aprensiones y hacen de cada alma una llanura sin sol, por donde pasan caravanas de recuerdos.

Los pinos, ensimismados y lúgubres, cortan la linea del horizonte con una raya negra que pone luto en el cielo. El carácter solemne de la comarca, la inevitable melancolía de la estación y nues-

tra propia tristeza, dan á todo cuanto la vista alcanza una apariencia agonizante, como si la naturaleza fuese una mujer tísica condenada por el destino.

Entre la trabazón de los troncos desolados que se agrupan como si tiritaran, se aperciben los recortes descoloridos del horizonte y la hierba de un amarillo casi rojo.

En los claros entapizados de hojas secas, se alzan casuchas mezquinas, á cuya puerta trabajan hombres hoscos... A medida que el tren avanza, los árboles se amontonan más y más, en grupos compactos, en falanges estrechas...

Las grandes masas obscuras parecen cubrir toda la llanura.

La lluvia fina y tenaz, como un llanto inextinguible de la naturaleza sobre su propia desgracia, cae en hilos plateados sobre el paisaje. El cielo impasible extiende su gran sábana manchada de humo. Y nuestras imaginaciones, obsesionadas por Ibsen, sueñan grandes dramas panteistas é impersonales, donde gesticulan los elementos y las cosas...

Se experimenta una sensación de soledad, un escalofrío de aislamiento, una certidumbre dolorosa de inevitables destinos..., (destinos que olvidamos en el bullicio de las grandes ciudades, pero que reaparecen con el silencio y se agrandan con la distancia, cuando corremos arrebatados por el vértigo del vapor, á través de las tierras, de una ciudad á otra, en la pesadilla de los viajes). Y en el mareo del crepúsculo, en el desvanecimiento del atardecer, se diría que los árboles tienen miedo,

y que el transeunte es un explorador que se aventura en el país de la muerte...

Los pinos despiden un aroma que marea.

Y nada es más solemne que esta región inculta y deshabitada, que este erial francés trágico y maldito, de donde han huido las gentes...

El viajero, acurrucado en un ángulo del vagón y envuelto en el humo de su cigarro, conversa con todas las imágenes.

—Por estos campos,—dice la voz de los tiempos,—por sobre esta tierra pensativa y áspera, han pasado tantas generaciones, tantos seres contradictorios, tantos escalofríos de drama, tantos estremecimientos de amor, tanta vida y tanta muerte, que ningún árbol ignora cómo se desvanece la espuma de los siglos. Los paisajes que huyen y desaparecen por los cristales cuadrados del vagón, son venerables testigos de cien historias. Saben por dónde pasaron las carreteras romanas que extraian como tentáculos de pulpo la sangre y la riqueza de los galos. Saben las batallas de españoles y franceses, las cabalgatas de acero de la Edad media, la agonía del vasco, las bravas arremetidas de Napaleón y la vida entera de un haz de pueblos. Los años en la historia huyen unidos entre sí, como los mástiles del telégrafo en el vértigo del viaje, y sólo dejan en la memoria de las generaciones la triste monotonía de sus delirios. Pero en las cosas graban su ser interior, porque la naturaleza es contemporánea de toda la vida. Que los paisajes sean sonrientes ó adustos, apesadumbrados ó ligeros, siempre tienen, confesada ó escondida, la gravedad que les

presta lo que han sufrido. Por eso es que de estas llanuras se levanta un himno á las cosas desvanecidas, una plegaria á lo que pasó. Y por eso es que caemos aquí en un letargo que es como la noción vaga de lo que no se ha podido saber nunca...

—En estos bosques de pinos—dice la voz atávica de las superticiones,—hay atropellos y rondas de almas inquietas que la muerte desterró de las ciudades. Presta el oído á lo que murmura el viento y sabrás la misteriosa angustia de los que siguen teniendo vida sin tener forma para manifestarla. Quizá hay rostros invisibles que imploran cuando el sol declina y cae la llanura en la dolorosa postración de la noche. Quizá sienten los árboles el roce de extraños transeuntes espectrales. Y cuando todo duerme, cuando no pasan ya las locomotoras que rompen el silencio del país de los pinos, quizá hay grandes pánicos de siluetas que huyen y se persiguen entre el laberinto de los troncos. En la soledad duerme más de un secreto... ¿Por qué no vienes á soñar con nosotros?... Baja en mitad del camino y deja que el tren prosiga su carrera por la llanura sin límites, hacia las ciudades que arden en lejanos horizontes...

. . . .

Pero el humo del cigarro y la somnolencia en que nos sume el ferrocarril, no bastan para hacernos caer en la tentación de creer en nuestros sueños.

Contra todas las asechanzas de la fantasía, está la sana visión de la realidad.

Al pasar por las estaciones, sólo se ven grupos de tez curtida que hablan ruidosamente bajo el distintivo uniforme de las boinas azules.

De pronto el paisaje cambia. A las llanuras ensombrecidas y tristes, suceden los paisajes de alegoría, los bellos cuadros pintorescos llenos de verdor, que se adornan en el límite con los penachos blancos de los Pirineos, donde parecen haberse refugiado las ilusiones.

Las aldeas se tornan sonrientes, los árboles pierden su adusta actitud de amenazantes enigmas, y hay arroyos azules que serpentean entre los declives, resplandecientes y caprichosos, como si buscaran amables secretos en el seno de la naturaleza.

Las montañas con sus casitas blancas en las crestas y sus caminos tortuosos que se enroscan y suben como espirales de cartón alrededor de un juguete infantil, dan al fondo de la decoración un aspecto apacible de cañada suiza, donde todo está en armonía con el pequeño corazón del hombre. Hasta las nubes parecen contribuir á imponernos la noción de un mundo limitado.

El otoño es como la desgracia: pasa sobre algunas tierras sin dejar rastros. Así como hay corazones enteros que mantienen sus energías ante el mal, hay comarcas impávidas que resisten á todos los vientos y hacen flamear en medio del cansancio y el renunciamiento general su pabellón de vida. Así son estas llanuras que se extienden al pie de los altos montes sobre cuyas cabezas canas pone el sol coronas de oro pulido.

Nada es más bello que el panorama que se abre

así que, salvada la región de las tristes arboledas, se avanza al borde del mar por terrenos pintorescos y accidentados que se conservan llenos de verdor aun en las peores épocas del año. Collados, alturas, arroyos, lejanas poblaciones diminutas y blancas, torres coquetas, cielos de un azul claro, todo se funde y se amalgama en una visión tranquila de bienestar y de reposo. Como pastores de égloga, los campesinos suben tranquilamente por los senderos, conduciendo pequeños grupos de corderillos que un perro ciñe y encierra, ladrando y saltando. Y parece que todo ríe en torno nuestro, como si la vida fuera una canción y el mundo un jardín.

Por eso es que mientras el tren se acerca á la frontera, atravesando puentes cortos con barandal sobre el río y túneles grises iluminados por ampollas eléctricas, se piensa en el país del sol y de las flores que los viajeros románticos han descrito en pinceladas alegres; en la España oriental, cruda, excesiva, sangrienta, de los cuentos de Richepin, de los versos de Hugo y de los capítulos de Merimée; en el tradicional ensueño de la España de los cromos donde sólo existen las gitanas, los chulos, los toreros, las majas, los amoríos por la reja y las procesiones sepulcrales que desfilan por las calles angostas, bajo los balcones entapizados y florecidos. Pero junto á esa visión clásica, junto á ese *cliché* pintoresco que tanto ha rodado en escritos y conversaciones, aparece una España grave y solemne, una España de castillos vetustos, de almenas seculares, de campos desolados, una España de dolor y de cansancio, una España

de leyenda que tiene el prestigio de cien siglos, las glorias de un pasado, el peso de una historia, pero que parece agrietarse y caer vencida como un torreón medioeval que desbarataron los tiempos.

En realidad, hay dos Iberias. La del pasado, la de las cabalgatas de triunfo y los gestos heroicos, la que fué emperatriz y guía; y la del presente, trabajada por desmoronamientos graves que el esfuerzo colectivo podrá quizá impedir.

Para un hispano-americano, que, á pesar de las modificaciones que sufre el espíritu expatriado, á pesar de los desenvolvimientos que alejan á ese mismo espíritu del punto inicial, conserva muy vivas aún las simpatías de sangre, no deja de ser dolorosa esta evidencia. Por viajes anteriores, por lecturas, por constataciones irrefutables, sabemos que nuestra buena y vieja España ha entrado en una era de pesadumbre y no venimos á buscar á ella los deslumbramientos de la actividad productora. Venimos á penetrarnos de su alma secular, á recrearnos en sus bellezas y á visitar sus fundamentos y sus ruinas, como hijos respetuosos que se descubren ante la vejez de padre...

Y al rozar la frontera, en plena sombra, con la sensación de que se acababa Francia con el día, nos sobrecogió de nuevo la idea triste de las *landes* y los pinos que habíamos atravesado horas antes. En esos grandes llanos deshabitados las masas de árboles debían parecer á tales horas enormes y pavorosos monstruos en acecho. De la superficie ondulante debía desprenderse como un perfume sepulcral, porque el aroma de los pinos es la muerte... Pero tratamos de desvanecer tales

visiones pensando en la España encarnada y gualda en que vamos á entrar, y de la que hablaremos en otros capítulos.

De Irún á Fuenterrabía

Fuenterrabía.

Quien después de un día de viaje llegue cerrada la noche á la frontera de España, sentirá la natural alegría de la libertad, el lógico desahogo de sacudir la anquilosis á que condena el ferrocarril, pero también experimentará un extraño malestar, una inquietud rara, al encontrarse transportado de un siglo á otro, como si por un inconcebible sortilegio se hubiera arremolinado las edades y volviéramos á vivir tiempos pasados.

¿Cómo describir las sensaciones que nos asaltan en la primer aldea, al vernos encajonados en un carruaje secular que nos arrastra al trote lento y acompasado de las mulas, rozando casi las puertas de las casas, por callejuelas lúgubres y angostas, hasta el portal obscuro de un parador primitivo donde una mujer nos dice: «¡A la paz

de Dios!»? ¿Cómo contar las innumerables y contradictorias pulsaciones del espíritu en la media hora que va desde el primer contacto con los aduaneros, hasta el último «que tenga usted buena noche» de la sirviente coloradota y franca, cuya gran risa abierta subraya los chascarrillos de los huéspedes? Esa vida tumultuosa y al propio tiempo lúgubre, en la que el vino, la conversación y el tabaco esconden apenas una muerte real, un anonadamiento de las energías, merecería ser descrita en largos capítulos impetuosos. Pero la premura y la impaciencia con que la curiosidad nos hace saltar de una ciudad á otra, nos impide entrar en tales filosofías.

Un viaje es una vorágine que nos arrebata y nos muerde, sometiéndonos al engranaje de sus mil solicitaciones inesperadas, sacudiéndonos á cada instante con estremecimentos nuevos, borrando un panorama con otro, matando una sensación para hacer nacer una idea, y revolviendo en nuestro corazón todo lo que duerme y lo que flota, en esas grandes manotadas de remos que da la distancia al transcurrir dentro de nosotros.

No es posible hacer aquí una sintesis de esa vida española que comenzamos apenas á entrever. Verbosidad, orgullo, timidez, cortesía, ardor, incuria, tradicionalismo, nobleza, ignorancia, generosidad, fuerza, instinto, reflexión, muchas buenas y muchas malas cualidades, muchas excelencias y muchos errores se superponen y se funden en ese ser complejo y contradictorio que vió la inquisición y la república, que toleró á Godoy y rechazó á Bonaparte, que fué conquistador y con-

quistado y que dejó en la historia un enigma con sus gestos.

El español es crédulo y rudo, imperativo y dócil, franco y desconfiado, simplista y conceptuoso, desinteresado y calculador. Sabe del presente lo necesario para defender su pasado. Se sirve de su ignorancia con el talento. Muchas de sus ingenuidades son desdoblamientos de su malicia. Si tiende puentes enormes sobre rios que no existen, es para *jouer un tour* á los extranjeros que le acusan de descuidar los progresos materiales. Hace consistir su placer en la apariencia de la fuerza. Tiene una gran debilidad: su veneración por el pasado; una gran energía: su fidelidad al terruño; y un gran defecto: su prevención contra todo lo francés. Si ahondamos en sus reservas cerebrales, encontramos una riqueza relativa. Y si hay huecos, su corazón los sabe llenar. Es á la vez demócrata y tirano con sus inferiores. Le place ser familiar, pero á condición de dejar ver que es él el que concede. Cuando ocupa en la sociedad un puesto subalterno, casi siempre es obsequioso, aunque se reserva el derecho de hablarnos con el cigarro en la boca. Tiene muy poca noción de los matices. Es demasiado sólido para ser ligero, demasiado generoso para ser rico, demasiado bueno para ser feliz. Su vanidad es el *Don*, su mérito la afabilidad, y su teatro la política del señor Silvela. La despreocupación que algunos le reprochan no llega á la indiferencia, pero le agrada exhibir desdén por muhas cosas que estima. Jura rara vez por Cervantes (España es la nación en que menos se lee el *Quijote*). Y es un carácter desordenado y sim-

pático, lleno de sombra y de luz, que trataremos de precisar en lo sucesivo. Los paisajes y la vida pintan á los hombres mejor que la mejor frase, y á lo largo de estas excursiones completaremos los rasgos de lo que creemos ser su fisonomía. Por hoy anotemos el croquis de esta primera aldea.

*
* *

Desde el balcón que da á la plaza principal del caserío, tenemos, al despertar, la primera visión de nuestra España.

Los colores verdes y rojos de los trajes sencillos de las lugareñas se destacaban sobre el paisaje resplandeciente.

Dos soldados de caballería, salpicados de lodo, desembocan por una calle, al paso lento de sus monturas. Las campanas sonoras de una iglesia llaman obstinadamente á las devotas que taconean rápidamente las aceras y desaparecen por un callejón que debe conducir al templo. Un grupo de chiquillos juega con un perro bajo los árboles. Un reloj da las diez y los escalones de mármol que rodean la plazuela se cubren de hombres que fuman cigarrillos, como si aguardaran alguna cosa. Los notables de la población comienzan á entrar al ayuntamiento, conversando, en grupos. Un pequeño tranvía que va del pueblo á la estación interrumpe de hora en hora la monotonía de las calles con el chirrido estridente de su corneta. Una do-

cena de cerdos atraviesa gruñendo lamentablemente.

El pregonero del distrito aparece rodeado de un grupo de curiosos, arranca un largo redoble á su tambor y declama una orden del alcalde, que todos comentan después en animados corrillos. Un entierro, con el ataúd azul celeste y los caballos enlutados, pasa lentamente por la plaza. Las campanas de la iglesia rodoblan sus repiques y sus saltos. La criada de la fonda me trae el desayuno poniéndose la mantilla... Y por ella sé que es domingo.

—¿Va usted á la iglesia?—le pregunto.

—Naturalmente.

—Es verdad. Y ¿después de la misa?

—Verá usted. Cuando la murga viene de Chorrillos se reúnen los mozos y las mozas en la plaza, para bailar; pero cuando no, nos quedamos en la casa, que nunca falta que hacer.

—¿Y vendrán hoy los de Chorrillos?

—No le sabré decir á usted. Unas veces vienen y otras no, según haya ó no boda en su pueblo. Pero parece que este domingo no podrán venir, porque me ha dicho la sobrina de la patrona que se casa hoy allí un tal don Pedro que es mayoral de diligencia y es claro que le darán la serenata.

—¿De modo que se quedan ustedes sin diversión.

—Sin diversión no, porque nosotras cantamos y conversamos todo el día. Además, al anochecer llega el tren correo. Y luego, nunca falta de qué reir, aunque más no sea del matrimonio inglés que

2

para ahí enfrente, en la fonda del Mocho. Ya habrá oído usted hablar de ellos...

—Todavía no.

—¡Cá! Es verdad, que ha llegado usted anoche. Pues son dos flacos que están aquí desde hace días haciendo retratos y pinturas. Dicen que...

En esto las campanas lanzaron unos tañidos más solemnes y más graves que los anteriores. La muchacha prestó el oído y...

—Es el último toque,—me dijo;—ya se lo contaré á usted luego. Abur...

Cuando bajo á la calle, el cartero rural con su bolsa y su báculo desemboca en la plaza, interpelado desde las puertas por hombres y mujeres.

Varias parejas de guardia civil ambulan rozando los muros al acecho del contrabando.

De los pequeños almacenes muertos y sombríos, surgen caras curiosas para verme pasar.

Alegres bandadas de chicuelos, fuertes y sanos como robles, llenan el aire con las notas de sus gritos vascos. Uno de ellos me pide un cigarrillo.

—Pero, ¿tú fumas?

—¡Claro! Si no, no sería hombre.

—...Es que todavía no lo eres...

El rapaz contiene un gesto indignado y se aleja.

—¡Ande usted!... ¡Inglés!...—me lanza desde

lejos,—¿cómo no he de ser yo un hombre?... ¡Si tengo nueve años!

La población es diminuta como un pañuelo de mujer, y poco tengo que andar para encontrarme fuera de ella.

Salgo del pueblo por un camino blanco bordeado de árboles.

Y á las calles angostas del caserío sucede el conjunto multicolor de los árboles y la tierra, sobre los cuales flota la pincelada azul de las montañas que se divisan en el horizonte.

*
* *

Mi deseo sería dejar correr en estas páginas sinceras todo lo que rebosa mi alma, contar mis emociones ante los prados verdes, las lejanas casuchas solitarias, los monasterios lúgubres que alzan sus torres medioevales en lo alto de las colinas, y los blancos rebaños de corderillos que interrumpen la apacible monotonía de los campos. En nuestro mundo escondido surgen mil imágenes y visiones de égloga. El corazón se llena de frescos arroyuelos interiores. Parece que la sinceridad y el estancamiento de la naturaleza se nos entra por los ojos y nos da paz para el alma. Pero esas largas disertaciones y monólogos serían quizás un desahogo egoísta que aburriría al lector, cuyo espíritu no puede vibrar al unísono, puesto que no ha sido impresionado por los mismos paisajes.

El viajero debe fotografiar los sitios y las cosas, callando las apreciaciones que ellas le inspiran. Porque al obrar de otra suerte, parece querer dirigir, imponer sus juicios, implantar la dictadura de su sensibilidad. Seamos pintores y no comentaristas de la naturaleza. Que cada uno, según su temperamento, interprete y traduzca después esos cuadros. No pretendamos enseñar á sentir. Demos el hecho, y cada cual encontrará después maña para extraerle el jugo. Es un prejuício lamentable creer que el lector debe ser llevado por la mano, como un niño de escuela, hacia al fin que se propone el que escribe. Brindemos campo de evolución á su espíritu. Y es seguro que alguna vez percibirá algo más que nosotros, porque hay grandes poetas sin voz en el mar hormigueante de las multitudes.

La vasta extensión que se abre ante mis ojos tiene una sonrisa alegre de niño sano. La carretera se alarga al sol, como una víbora de luz, que resalta sobre las tintas obscuras del paisaje. Los troncos de los árboles proyectan sobre ella largas rayas de sombra que se escalonan oblicuamente hasta el último recodo. La diligencia pasa con su ruido de campanillas, al trote lento de las mulas. Dos lavanderas vestidas de rojo aparecen en el límite, con grandes pañuelos atados sobre la cabeza. Las gallinas escarban el musgo al borde del camino. Pasa, cargada de verdura, una carreta cuyos bueyes obedecen mansamente al signo del gañán que los guía con la punta afilada del aguijón. El sol se esconde á ratos y reaparece, dando al paisaje dos caras, como si fuese el mundo un

enamorado que ora duda, ora confía. El polvo blanco que se alza del camino al paso de las monturas, pone ante los ojos una cortina tenue, que da á los horizontes la vaguedad de un imposible. Y el excursionista, consultando á intervalos el plano de su Baedeker, avanza á pasos cortos hacia la aldea secular donde se alza el histórico castillo.

*
* *

Fuenterrabía está á tres kilómetros de Irún, en una altura. Desde las ruinas del torreón donde el rey de Navarra se sentó á contemplar tantas veces la frontera, se domina un panorama resplandeciente. El Bidasoa parece un río que separa dos vidas. La catedral gótica, con la sombría vetustez de sus molduras y sus torres; el palacio de Juana la Loca; el del conde de Torrealta; el cabo Figuier, desde donde se domina la costa de Francia hasta Arcachón, y el pequeño puerto de pescadores que se acurruca en un hueco, pequeño y lamentable como una habitación de muñecas, forman un conjunto selemne y amargo. Desde las torres maltrechas se asiste al desfile somnolento de los siglos. Mil reminiscencias de historia brotan del campo donde evolucionaron tantas vidas. Y nada es más hermoso que soñar arcaísmos en este dintel de España...

Cuando la noche cae sobre el mar y sobre las

tierras montañosas que parecen temblar al conjuro de las campanas de los monasterios, el transeunte se siente inclinado á regresiones de alma. La silueta de un monje inquisidor le llama tierra adentro, hacia improbables hogueras encendidas. La sombra de un caballero armado le solicita y le reta desde el sendero. Surgen castillos y torres de ilusión sobre los prados verdes donde descansa un rebaño. Y en el mareo de visiones y de sombras que desata la imaginación ante los sitios históricos, parece que el tiempo retrocede y huye bajo nuestros pies, llevándonos cada vez hacia pasados más ignotos, hacia siglos más olvidados, historia adentro, hacia los primitivos orígenes del hombre, hacia el primer manantial. Pero todas estas imágenes de pesadilla nos vienen en gran parte de las lecturas. Y las lecturas son á menudo espejismos de otras almas. Olvidemos los libros y volvamos á la vida...

Al entrar á la fonda con el crepúsculo, me detiene la muchacha con quien hablé antes de salir.

—¿Se ha divertido usted mucho?—me pregunta con aire zumbón.—Ya sabemos que se ha pasado el día andando por los campos... Nos lo dijo Turro, el vecino, que fué á visitar al cura del otro pueblo.

—¿Y usted ha paseado también?

—No; nosotras nos hemos divertido con los benditos ingleses. Tienen un librillo de tapas coloradas, igual al que asoma por el bolsillo de usted, y lo abren, lo cierran, miran las casas ruinosas, observan las piedras obscuras, se consultan, y escriben cartas larguísimas en unos cuadernos que llevan en las faltriqueras. El dueño de la fonda en que viven dice que han venido á estudiar una cosa muy rara... una cosa que ha de ser invento de ellos seguramente... porque en ninguna escuela de aquí la enseñan... y que se llama... se llama... la «arqueología»... ¡Mire usted que tiene gracia eso de venir á estudiar á un pueblo, en vez de ir á las ciudades, donde hay profesores para todo!... ¿Verdad que estos majaderos están *chiflados?*...

Y como no aprobé su error, comprendí que había perdido su amistad.

El país vascongado

San Sebastián.

Quizá porque tengo algo de la savia regional, quizá porque la honradez y el vigor del pueblo encuadra con mi carácter, es lo cierto que en ningún sitio he respirado mejor que en esta comarca montañosa y solemne, llena de altibajos musgosos, de árboles graves, y de caseríos pequeños y hospitalarios que tienen nombres de pandereta.

Con la boina y la faja azul, con el pantalón claro, y las alpargatas recién compradas, pasea el vizcaíno por las calles de Bilbao ó de Vitoria, como un niño por un jardín.

Tiene la salud de todo lo primitivo, los ademanes libres de todo lo ingenuo, la impetuosidad de la vida. Es trabajador y es sobrio. Ni le asusta la labor, ni le desalienta el fracaso. Conoce la ciencia del ahorro, tanto en la vida material, como

en el mundo intelectual, y siempre lleva en un bolsillo un puñado de monedas y en el otro un puñado de ilusiones. La mujer es hacendosa, robusta y fiel. De moza, contiene en la plaza el atrevimiento de los bailarines; de mujer, se dedica á cuidar á sus niños. En Vizcaya no decrece la población. Cada familia tiene su nidada numerosa. En los vastos territorios accidentados y libres de los cántabros, hay ancho sitio para nuevas vidas. Los seres no están ceñidos y limitados como en otras provincias. Las gentes no están roídas por las enfermedades morales de las demás regiones. Se fuma poco, se bebe sobriamente, y, si se juega, se juega al aire libre, en los frontones espaciosos donde dardea el sol. Grandes y pequeños, todos viven en contacto con la naturaleza. Y de esa comunión del hombre con los elementos, ha nacido quizá el carácter enérgico, bondadoso y jovial de los paisanos del guerrillero Zumalacárregui.

La Navarra, que es una de las regiones prósperas de la península ibérica, ha querido añadir á su corona de bienestar un círculo de orgullo, y ha dado asiento á San Sebastián, la ciudad más *joven* de toda España. No digo joven por la fecha de su fundación, aunque quizá también lo sea desde ese punto de vista, sino por la alegría y el color de su aspecto moderno.

Es, después de Barcelona, Valencia y Bilbao, la única población que vive en España con el siglo. Las calles blancas y bien barridas, dejan como un mantel larguísimo entre las casas Las gentes respiran á pulmón lleno en las plazas pintorescas y floridas donde repiquetea la risa de los niños. Grandes edificios monumentales bordean las aceras bien pavimentadas que los árboles limitan y adornan, protegidos por un enrejado pintado de verde. Al volver cada esquina encontramos una casa en construcción, un almacén nuevo, una empresa floreciente. Junto al mar, á lo largo de los murallones de piedra que las olas acribillan con sus cuchilladas de espuma, se alinean en fila interminable los pabellones suizos pintados de color y rodeados de jardines que extienden hasta el monte Igüeldo la cinta vistosa de sus muros agujereados por ventanas blancas. Frente al casino suntuoso y deslumbrante, la isla de Santa Clara alza su promontorio obscuro, de donde vuelven las barcas con su vela de nieve tendida al viento. Y el vestuto castillo de la Mota, que empina sus muros grises por sobre el caserío pintoresco de la ciudad vieja, parece un superviviente del mundo antiguo que se crispa ante la placidez y la abundancia de la alegre población que le sonríe.

Por el paseo de los Fueros ó la Zurriola hasta Salamanca, bordeando el correntoso Urumea que se arremolina y borbolla, paseamos bajo el sol ardiente, oyendo los estallidos de la música militar que toca entre un círculo de desocupados y de nodrizas.

Y al anochecer, bajo las galerías que bordean

la plaza principal, al resplandor de las luces que comienzan á encenderse en los escaparates de las tiendas de lujo, es un entretenido ir y volver de racimos alegres de muchachas sanas y de mozos emprendedores y locuaces que las cortejan y las persiguen, hablando en tropel, con ademanes resueltos y vigorosos.

San Sebastian es una ciudad de almas sanas y poderosas que la vida no ha contaminado.

Cuando volvemos al hotel, la propietaria nos detiene en la escalera:

—¿Han ido ustedes á Santa Clara?

—No.

—Pues no pueden salir de aquí sin haber visto la isla. Es lo mejor del país... Así que almuercen les haré preparar la canoa y en diez minutos pasarán del embarcadero á aquellas peñas...

Aceptamos, agradeciendo tanta solicitud...

Y al pagar la cuenta, al partir, como vemos que han olvidadado el servicio de la canoa y lo hacemos notar, la propietaria nos interrumpe con un gesto familiar y rumboso.

—¡Ca! No señor, si eso no puede cobrarse. Ya está pagado con el gusto de haber satisfecho al forastero.

Y echamos á andar hacia la estación, pensando en lo grandes que son, sin saberlo, estas buenas gentes que, en medio del utilitarismo del siglo, prctican la solidaridad y se creen resarcidas de un trabajo con el placer que procuran.

*
* *

El tren atraviesa los collados y los valles, bordea los precipicios y se precipita en los túneles, lanzando silbidos agudos y estridentes, como si quisiera despertar á la naturaleza. De las casitas blancas aisladas en los cerros, á poca distancia del viaducto, salen á veces algunos niños que nos saludan, agitando sus boinas y lanzando gritos que no podemos oir. Al pie de las montañas corren hilos de una agua azul que se retuerce entre las breñas y se esconde á ratos, para resurgir más lejos en una floración de espumas desmelenadas. El paisaje es solemne y hermoso como ninguno. El tren resbala sobre él sinuosamente, siguiendo las laderas de las montañas cubiertas de verdor, y arrojando bocanadas de humo que se desvanece y confunde con el cielo.

En las pequeñas estaciones, hay grupos de vizcaínos curiosos que nos ven llegar y partir con interés, sin explicarse la causa que nos empuja á los viajes.

En general, el español no comprende que alguien pueda correr tierras por el mero placer de ver paisajes bellos y observar nuevas costumbres. En los ferrocarriles no encuentran más que viajantes de comercio, militares que cambian de guarnición, y personas desconsoladas que van á asistir al entierro de un pariente. En más de un caserío pequeño nos han mirado con desconfianza, cuando nos han oído declarar que nuestro viaje no tiene un fin especulativo, ni militar, ni fúnebre.

—Entonces, será un inglés...—he oído exclamar en voz baja.

Porque, como la función esencial del inglés, pa-

rece ser el viaje, nadie se asombra ya en ninguna parte de verle saltar del vagón al hotel y del hotel al trasatlántico. Lo que maravilla es ver á un latino con las maletas en la mano... ¿A dónde irá?... ¿Por qué abandona su pueblo, donde podría estarse tan quietecito y tan feliz, comentando las medidas del alcalde, los cambios de la temperatura y el noviazgo de la vecina?... De seguro que lleva algún propósito inconfesable. Y la malignidad propia de las gentes que tienen poco en que pensar, no se da punto de reposo.

Quién imagina una fuga después de un proceso desgraciado, quién una enfermedad mental, que empuja á las extravagancias.

Pero la interpretación más común cerca de la frontera, es el famoso contrabando. Los carabineros observan al taurista, le vigilan en sus paseos, le acompañan en sus excursiones y en cada estación le hacen abrir las maletas.

—¿De dónde dice usted que viene?

—De Irún.

—¿Es usted de allá?

—No.

—Entonces no viene usted de Irún.

—Sí; he estado en Irún algunos días.

—Y cuando llegó usted á Irún, ¿de dónde venía usted?

—De Bayona.

—¿Es usted de Bayona?

—No señor.

—Pero ¿de dónde es usted?

—De Buenos Aires.

—¿Y viene usted de Buenos Aires por Bayona?

—No señor; ahora vengo de París.

El carabinero nos mira con severidad.

—Abra usted la más gorda... ¿qué libros son estos?

—Son libros míos.

—¿Los lleva usted para venderlos?

—No señor.

—Entonces, ¿por qué lleva usted una docena de ejemplares de la misma obra?

—Porque soy el autor de ella y espero tener el gusto de obsequiar á algunos amigos de España.

—¿Dice usted que es el autor?... Veamos... Veamos... *Crónicas del Bulevar*... doce ejemplares nuevos... pase usted á la taquilla, que ya le dirán cuánto es...

*
* *

Por eso es que cuando bajamos en Zumárraga no nos asombró la actitud de los que nos acompañaron con los ojos desde la estación hasta la fonda, que se alza á pocos pasos de ella.

El huésped, que estaba jugando al billar, nos recibió enjugándose la frente.

—El tren de Bilbao no pasará hasta las ocho —nos dijo.

—Nosotros no vamos á Bilbao—contestamos.

—Entonces á Santander...

—Tampoco.

—Si es así, se han equivocado ustedes, porque aquí no hay empalme para otra ciudad.

Tuvimos que explicar nuestro caso con todos los detalles.

Cuando oyó que habíamos bajado en Zumárraga para visitar la población donde nació el conquistador de Filipinas, el huésped se encogió de hombros, como un padre condescendiente ante la veleidad de un niño caprichoso, y ordenó que nos condujeran á la habitación del primer piso. La criada, de cara rosada y formas llenas que nos había mirado durante el interrogatorio con curiosidad, no se lo hizo repetir dos veces y nos guió por la escalera hasta el dormitorio grande y frío, cuyo piso de baldosa recién fregado brilló como un espejo así que apretamos el botón de la luz eléctrica. La cama de hierro muy blanca y muy limpia nos invitaba al reposo; por el balcón que daba sobre el viaducto, vimos que el tren en que habíamos venido se volvía á poner en marcha y huía, dejándonos abandonados en aquella pequeña población muerta y perdida.

—Si van ustedes á comer,—dijo la criada, colocando la última maleta sobre una cómoda,—tendrán que bajar muy pronto. La mesa redonda se sirve á las seis.

—Y ¿habrá mucha gente esta noche en la mesa?—preguntamos, con pocas ganas de ir.

—Mucha no. Además del capitán de la guardia civil y de don Paco, hay dos viajantes de comercio, un teniente de artillería y el cura de Otañes, que debe tomar el tren á las ocho. ¿Quieren ustedes que se les ponga cubierto?

—Preferiríamos comer aquí,—dijimos, aunque con el temor de oir formular de nuevo los incon-

venientes que ponen siempre los sirvientes de hotel para llevar la comida á las habitaciones.

Pero la criada nos contestó afablemente que nos pondría la mesa en seguida.

Y mientras devorábamos el pescado frito y paladeábamos el vino que bebe la gente del país, Rosario, que tal era el nombre de la amable mujer que nos servía, nos contó con la sinceridad propia de su carácter primitivo las costumbres del país, y lo raro que era ver viajeros en aquella población.

Los pocos que allí bajaban sólo se detenían unas horas para esperar un tren y seguían hacia ciudades tan ignoradas como distintas que ella no alcanzaba á sospechar.

Rosario no había salido nunca de Zumárraga. Sabía que existían otros pueblos, porque aquellas gentes que asomaban la cabeza p r la ventanilla de los vagones debían ir á alguna parte. Pero nunca se le habia ocurrido que ella también podía subir al tren. Allí había nacido y allí esperaba morir; no ambicionaba más que seguir ganando toda la vida las *seis pesetas* mensuales que le pagaba el dueño de la fonda. Y en esa resignación, en esa pasividad conmovedora, me pareció ver el símbolo del pueblo español de hoy, que expoliado, herido, molestado por todos, no atina más que á cerrar los ojos y á dormir, como si un maleficio imposible le hubiera arrancado la tendencia á la vida.

*
* *

...Bajamos la escalera encendiendo un cigarrillo, atravesamos la sala del café, donde el huésped, echado de barriga sobre el billar, continuaba impasible su interminable serie de carambolas, y nos lanzamos á la calle, salpicaba de largo en largo por escasas ampollas de luz eléctrica.

¿A dónde íbamos?

Eso es lo que debieron preguntarse la vecina y el guardia que estaban conversando á pocos pasos de la puerta de la fonda.

Si nos hubieran interrogado, no hubiéramos sabido qué responder.

Nos echamos á caminar al acaso por las calles solas, sin más fin que oir el tic-tac de la vida nocturna de la pequeña población.

El reloj de una iglesia, cuyas torres puntiagudas y sombrías se dibujaban apenas sobre el cielo obscuro, en el fondo de la calle, interrumpió con sus campanadas la monotonía del silencio. Una silueta abrió un balcón y cerró las persianas estrepitosamente. Nuestros pasos resonaron sobre las piedras desiguales de la acera...

Doblamos por una calle angosta, nos internamos después en un callejón y salimos á una plazuela, en medio de la cual había una fuente.

Una viejecita andrajosa (el único ser humano que encontramos aquella noche) se agazapaba al pie de ella, tratando de encajar bien su cubo bajo el hilo de agua que chorreaba sin conseguir llenarlo...

La luna surgió de pronto del seno de una nube, como si la hubiera reventado para salir, y la luz blanca iluminó la plazuela...

La viejecita no levantó siquiera los ojos, cargó con su cubo, que había rebosado al fin, y se alejó dando traspiés, con el cuerpo torcido para tratar de equilibrar el peso del agua.

Nosotros la seguimos con los ojos, y cuando desapareció en una encrucijada, volvimos al hotel lentamente, perseguidos por la luna, que parecía llorar la desgracia de los hombres.

A la mañana siguiente, desde que comenzó á dardear el sol, la calle se llenó de grupos endomingados que se dirigían á la iglesia... Era el 1.° de Noviembre, día de Todos los Santos, según las tradiciones de la religión dominante en la comarca... Entonces recordé que, según el calendario de la Revolución francesa, ese era el día de la *LA VIDA*. Y deseoso de respirar á plenos pulmones, salí campo afuera, hasta perder de vista la población...

Las campanas de Burgos

Llegamos á Burgos al anochecer y entramos á la ciudad por la calle de la Merced y el puente viejo. En el crepúsculo que sume á la población en una neblina que se hace más densa á cada instante, aparecen las casas melancólicas y las calles vacías, por donde pasan los escasos transeuntes arrebujados en sus capas como galanes de tragedia. El coche atraviesa el paseo del Espolón, pasa ante el teatro y enfila la calle de la Victoria hasta pasar el correo.

Bajamos en el hotel y nos conducen, por un gran portal y una escalera muy ancha, á un cuarto bien alhajado y muy limpio, que desmiente en parte la clásica afirmación de los viajeros sobre los hoteles de España.

A través del tabique que me separa de una habitación vecina, oigo el alegre gorjeo de dos parisienses que acaban de llegar también.

Deben ser mujeres jóvenes y hermosas, á juzgar por la agilidad de la conversación y por ese inexplicable acento acariciador y mimoso que sólo tienen las que están seguras de poder sonreir ante el espejo.

—*Ça y est*—dice una que ríe siempre, como si tuviera una pandereta entre los labios—*nous voici dans la ville du* «senor» Cid Campeador. *Quand je te disais que c'est une succursale du cabaret de la place Pigalle. Pendant que nous y serons, il nous faudra vivre du souvenir de ce que nous avons vecu.*

—*Tu t'ennuis tout en riant;*—contesta la otra—*je ne crains pas ta neurastenie. Comme c'est drole.*

—*¿Regretterais-tu le faubourg?*

—*Ah, non...*

—*¿Alors?*

—*Je voudrais... ¿Sais-tu ce que je voudrais?*

—*Dis toujours.*

...—*Decouvrir un endroit oú y aurait des* «toreros» *et des* «chulas», *ou l'on jouera la guitarre et l'on chantera des* «peteneras», *un de ces coins oú d'aprés la legende, l'on se donne toujours des* «navajazos».

—*Plus loin. En Andalousie...*

—*Il me tarde d'y'etre...*

—*Ton mari arrive demain. Dis-lui que nous ne voulons rester qu'un jour á Burgos.*

—*Je ne crois pas qu'il vienne si tót. Son excursion á Bilbao devait durer trois jours...*

. . . .

—*¿Quelle heure est-il?*

—*Cinq heures et demi.*

—Il faut se faire un brin de toilette et aller donner un coup d'œil sur la ville avant le diner...

. . . .

Y oí el ruido de las valijas que se abren, de los frascos que se colocan sobre el mármol del tocador, de todo cuanto necesitan para su compostura dos mujeres hermosas. Después, el roce de las enaguas de seda, y por fin el taconeo apagado de los pasos que se prolongaron en el corredor, hasta perderse...

Así que acabé de escribir las cartas que quería despachar por el correo de la noche, bajé también y me lancé á la calle.

...Las torres de la catedral se perfilan sobre el cielo claro como dos grandes andamios de sombra. Por las aceras no encontramos más que clérigos y soldados. Las gentes tienen caras usadas y hundidas, que están en consonancia con los callejones y pasadizos sepulcrales y lúgubres de la población. Pasamos bajo el arco de Santa María, y por la calle de la Paloma llegamos á la catedral, cuyos detalles arquitectónicos desaparecen en la noche. Es como un monstruo acurrucado en las tinieblas, detrás del cual se esconde y reaparece la luna. Se me antoja que la sombra de sus campanarios es mortal como la de ciertos árboles, y que si nada prospera en torno, es porque el monumento irradia no sé qué maleficios sobre todas las espigas. Entramos por la abertura negra recortada en el inmenso portal y después de separar varias mamparas nos encontramos en la altísima nave gris, al fondo de la cual arde una constelación de cirios. Las devotas, vestidas de

negro y encorvadas sobre sus devocionarios, repiten de tiempo en tiempo, simultáneamente y en tropel, la oración que un cura les dicta desde el púlpito. Las voces resuenan de una manera lúgubre, y, después de extinguidas, dejan bajo las bóvedas un eco desconsolador que rebota y persiste como un ánima en pena. Nos creemos transportados á aquellos siglos en que las multitudes se arrodillaban en las plazas y las inmensas catedrales surgían de la tierra y se improvisaban casi, por el esfuerzo común de una ciudad en delirio. Las mujeres que entran al templo me hacen recordar el «beguinage» de Bruges y los cuadros llenos de languidez agonizante que describió Rodenbach en su libro célebre. ¿De dónde vienen esos seres quiméricos que resbalan con paso menudo, hacen genuflexiones ante los altares y se escurren y desaparecen en el mar de cuerpos encorvados que obstruyen el centro de la nave? ¿Qué mentalidades llevan? Sus fisonomías no tienen el reposo y la placidez de los justos, sino expresiones torturadas y angustiosas, como si estuvieran aterrorizados por la obsesión del infierno. A cada instante se signan, como si quisieran conjurar un peligro que las persigue. Y más que una asamblea de elegidos, que debiera respirar la tranquilidad y la confianza, me parece aquello un conventículo de brujos que respiran la inquietud y el dolor por todos los poros del alma... El clamoreo de las oraciones sigue elevándose en rachas que alternan con la voz ronca y solemne del oficiante... Hace frío... Se diría que nos hallamos en ignoradas catacumbas celebrando ritos de

hechiceros que se obstinan en su demencia. ¡Cuán lejos de la sana y fresca tranquilidad de los que están de acuerdo consigo mismos! Parece que la luz se apaga en las almas ante tan horrendo espectáculo de fatalidad y de sombra. El hombre moderno se ahoga en ese mundo vencido, donde parece que todo es aniquilamiento, tristeza, muerte infinita... Volvamos á las calles, volvamos á codearnos con lo que vive...

Pero son las siete, y las calles están solas...

¿Qué es lo que ocurre en la ciudad?

No se oye más que el llamar monótono de las campanas de las iglesias y el toque de clarín de los cuarteles.

Parece que todos los habitantes han muerto y que sobre la desolación universal sólo reina el responso de las lenguas de bronce y las dianas de los guerreros que se alejan después del exterminio...

En el comedor del hotel me encuentro con las parisienses que ocupan la habitación vecina á la mía.

Conversamos.

Una de ellas, la que rie siempre, habla el español como una madrileña. Su padre era un aristócrata de Valladolid que casó con una francesa y murió en Francia.

—¿Está usted contenta de su paseo?—le pregunto.

—¡Oh! sí,—dice con la frivolidad y el diletan-

tismo que es la distintiva del gran mundo francés.

—Esto es precioso, precioso. Figúrese usted que nos hemos perdido en un barrio lleno de callejuelas intrincadas de donde no podíamos salir. ¡Qué sensaciones! No sabíamos á quién preguntar porque nadie atravesaba las calles ni asomaba por las puertas. Era encantador. Tuvimos que entrar á una casa y averiguar por dónde se iba al hotel. Primero se asombraron, pero después comprendieron que éramos extranjeras y nos hicieron acompañar por un niño que decía á cada instante: «mande usted señorita»... ¿Te acuerdas, Julia? Era divertidísimo...

—Y cuando llegamos á la plaza Mayor,—completa la otra en francés—entramos en una tienda y compramos una cantidad de baratijas muy baratas y muy curiosas; peinetas, pañuelos de color, broches, alfileres, sandalias. No habíamos visto cosa parecida después de nuestro viaje á Saigón. Con los productos anamitas que compramos, hicimos una colección: y con estos haremos lo mismo. ¡Qué curiosas manufacturas!

Yo escuchaba en silencio, devorando la tristeza de oir hablar de España como de un país oriental por donde se viaja buscando las sensaciones de una civilización casi prehistórica.

—¿No han ido ustedes á la catedral?—pregunté para desviar la conversación.

—Sí,—respondió la de las risas,—pero nos dió mucho miedo, mucho miedo y nos salimos sin ver nada. Parece uno de esos templos budhistas que hemos visitado en el Asia. Iremos de día, cuando nos acompañe el sol.

—Es verdad,—dije, riendo de los aspavientos medrosos que daban realce á su belleza,—la religión ha conservado en España una vetustez y una solemnidad medioeval, mientras que en Francia, acosada de más cerca por el espíritu moderno, ha acabado por evolucionar y hacerse amable, condescendiente y fácil. No diré cuál de las dos manifestaciones está más en consonancia con el espíritu de la cosa misma. Pero confieso que la de ustedes es más moderna, por lo mismo que es menos religión. ¿Hace mucho tiempo que no viene usted á España?

—Quince años. Cuando salí de Valladolid tenía doce. Pero recuerdo muy bien todas las cosas. España no ha cambiado en estos últimos tiempos. Sigue siendo la nación estancada que conocemos todos.

Y entramos en consideraciones generales que ellas hacían agresivas para el país y yo trataba de atenuar y desviar porque me herían en el alma.

———

—¿Qué excursión nos aconseja usted para esta tarde?—preguntamos al dueño del hotel.

—La Cartuja de Miraflores,—nos contesta amablemente el huésped.

Y en un pesado vehículo arrastrado por dos mulas escuálidas, emprendemos un viaje hacia el histórico convento fundado por Juan II.

Una gran nube azul se alzaba en el horizonte, rozando casi la tierra, como un inmenso biombo

que estuviera ocultando uno de los siniestros dramas del infinito.

Se preparaba una tormenta.

La nube se vino acercando, como si quisiera precipitarse sobre nosotros. Un polvo de sombra comenzó á invadir la atmósfera. Se oyeron rumores lejanos y profundos que anunciaban una gran perturbación. La noche se hizo. La nube se ensanchó hasta cerrar el horizonte, dejando solo un desgarrón hacia el Sur. Un relámpago que rasgó la obscuridad me pareció una gran horquilla de luz plantada sobre la tierra. Y un torrente de voces desconocidas y desmelenadas se esparcieron, sembrando el pavor. Parecía que extraños jinetes invisibles cabalgaban sobre el viento, arriando inmensas jaurías de animales rabiosos que se atropellaban y corrían, huyendo de un peligro misterioso y buscando una salida por la puerta que había quedado en el confín. Los truenos estallaban con un fragor formidable... Se hubiera dicho que gigantescas aereonaves, lanzadas con una velocidad increíble, desgarraban las masas de la atmósfera. Una lluvia gruesa y tupida azotaba los vidrios del carruaje, produciendo un ruido monótono y triste que completaba la amarga desolación de la aventura.

El cochero detuvo los caballos, bajó de su asiento y vino á preguntarnos si persistíamos en ir á la Cartuja.

Según él, los caminos debían estar intransitables.

Entonces regresamos al hotel, entreleyendo el Baedeker.

Y como salía un tren al atardecer, nos apresuramos á disponer las maletas.

—¿Se marcha usted, señorito?—nos dice la criada inocente y frescachona que nos presta ayuda.

—En el tren de las seis.

—¿Y por qué no se queda usted más tiempo?

—Porque se muere uno de tristeza en esta ciudad.

—Eso lo dirá usted en broma, porque no hay ciudad más divertida.

—¿Cómo?

—Pues, ¿cómo ha de ser? Siéndolo.

—¿Y cuáles son las diversiones?

—Verá usted. Hoy, de tarde, hay distribución de pan á los pobres en el convento de la Merced; mañana hay ejercicios militares alrededor del castillo y por la noche una procesión solemne que va de la catedral á la iglesia de San Lorenzo. De todos los pueblos comarcanos vienen las gentes á divertirse aquí. Si usted se aburre, sabe Dios por qué será.

Y los ojos de la buena mujer brillaron de una manera hostil que me llenó de tristeza.

—No es que me encuentre mal en Burgos, —le dije tratando de hacerla olvidar mi descortesía,—es que quiero estar mañana en Salamanca porque dispongo de poco tiempo y mi viaje por España no puede durar más de dos meses.

—Ahora me lo explico,—dijo moviendo la cabeza de una manera afirmativa.

Y se alejó, tranquilizada.

Yo subí al coche de la fonda para hacerme conducir á la estación.

...En la ciudad sólo se oía el toque marcial de las cornetas que parecían interrogarse de un cuartel á otro, y, eterna, invariable, como una obsesión de angustia y de muerte, la lamentación interminable de las campanas que gemían sobre la población como sobre un cementerio abandonado... Lloré al partir.

La tierra de Don Quijote

Salamanca.

A medida que nos internamos en Castilla, el aspecto de las tierras cambia y se diluye en un matiz descolorido... Cruces, muerte, fatalidad... Todo es somnolento, aun en medio de la ventura; todo es pausado, aun en las cóleras mismas... Los árboles flacos y sin hojas parecen cuerdas de un violín gigantesco que la brisa hace gemir... Desde la ventanilla del tren se ven aldeas terrosas y donde se diría que no vive nadie. Las torres maltrechas de las iglesias de los pueblos estiran por sobre los tejados sus brazos doloridos... La tierra casi roja da un aspecto ávido á todo cuanto la vista alcanza... A lo lejos surgen montañas rocallosas que ponen sobre el conjunto amarillo la pincelada azul de un ensueño imposible... Por los caminos sólo se ven parejas de guardia civil y mujeres que conducen cargas quiméricas sobre

famélicos asnos... Las gentes tienen un aspecto de abandono y de fatiga... Parece que todo en la naturaleza estuviera atacado de una tristeza incurable que nada puede distraer...

En los campos abrasados, las aldeas abandonadas y en ruinas anuncian una perturbación... Se diría que la guerra ha barrido el planeta con su ala roja... ó que una gran catástrofe se lo ha llevado todo, dejando solo la cáscara blanca que se endurece al sol... Como el horizonte se extiende vacío, y como no asoma gente por ningún lugar, creemos estar viajando por el porvenir... Apenas si al atardecer, por un camino blanco, bordeado de árboles mustios, vemos pasar cuatro mujeres enlutadas... mientras en el confín del horizonte, allá, donde muere el día, se juntan el amarillo y el rojo como en una bandera...

Un manchego que viaja en el mismo coche se asombra de nuestro asombro.

—No es tan triste la región como ustedes se la imaginan,—nos dice, un tanto ofendido por nuestros comentarios.

Y el tren prosigue su ruta lentamente, deteniéndose en todas las estaciones, como si la poderosa máquina de hierro participara del cansancio y de la somnolencia de la región, que parece un campo de batalla después de la derrota. Todos los caseríos se acurrucan alrededor de una iglesia, como si las casas tuvieran frío y se empujaran en torno á un hogar donde quedan aún las cenizas calientes. Fuera de las poblaciones, no se alza una sola habitación. Los campos abandonados y tajados por grietas, las llanuras amari-

llas interrumpidas por pequeñas lomas y los escasos árboles desgajados, alargan la monotonía de su paisaje descolorido, como una desgracia irreparable bajo la impasibilidad del cielo... Con la noche que empieza á verter su sombra doliente, aumenta en nosotros la melancolía...

Nuestro compañero de viaje nos ofrece cigarrillos, aguardiente y un ala de pollo que trae envuelta en un papel en el fondo de una canasta. Aceptamos el tabaco y nos excusamos en cuanto se refiere á lo demás, diciendo que comeremos en la fonda de la estación. Pero el manchego insiste obstinadamente y fuerza es aceptar una parte de su almuerzo. Su obsequiosidad nos alhaga... aunque hubieramos preferido alimentarnos á nuestro capricho ante la mesa del restaurant, donde cada cual es dueño de su hambre. Pero la cortesía es en España una de las formas de la opresión. Cada país tiene sus inconvenientes. En Rusia todos los transeuntes nos reclaman el pasaporte, en España todos los compañeros de viaje nos obligan á engullir la mitad de que llevan; y si es condenable la costumbre que atenta contra la libertad, no lo es quizás menos la que la emprende contra los estómagos.

Consumada la merienda, arrojadas las migajas por la ventanilla del coche, y vuelto todo á la quietud normal, encendemos el cigarrillo y comenzamos la lectura de un periódico de la región: «Joven aún y victima de traidora enfermedad falleció ayer el que fué en vida nuetro querido amigo X. X. y X. Dadas las bondades de su carácter, la firmeza de sus principios religiosos y la

pureza de sus costumbres, no es aventurado esperar que á estas horas goce de la terna bienaventuranza el alma de aquel amigo querido. Esto no obstante, rogamos á nuestros lectores que se sirvan encomendarle á Dios en sus oraciones»... Veamos los telegramas: «Los batallones de Ciudad R. han celebrado espléndidamente la fiesta de su patrona. A las once y media se dijo misa de campaña en el paseo de C., misa que oyeron los soldados y un inmenso gentío»... En cuanto se refiere á diversiones públicas, el diario anuncia «una corrida cómica en la cual no cesan un instante ni los revolcones ni las risas». Optamos por contemplar el paisaje sombrío que se prolonga indefinidamente...

*
* *

En una estación donde el tren se detiene mucho tiempo, bajamos á dar un corto paseo. Es una población pequeña de casas chatas. No sabiendo qué hacer, leemos los letreros que hay sobre algunas puertas: «Drogas de R. Monecal Morés», «Escuela de párvulos de la Virgen Santísima de la Medalla milagrosa», «Hotel de la Paloma de José Gonzaléz,...» Después un gran cartel; «Chocolates del Sagrado Corazón». Pero un chiquillo se acerca y nos propone guiarnos. Es un muchacho inteligente que maravilla con sus reflxiones.

—La ciudad data del siglo XII,—me dice—y

fué fundada sobre las ruinas de una población romana cuyo nombre se ha perdido. Fué un error construirla en este lugar, que es uno de los peores de la provincia. Sólo que...

—Pero,—interrumpo—¿cómo sabes tú que la situación es desfavorable?

—Como se saben esas cosas,—me contesta clavándome sus grandes ojos bien despiertos.— viendo lo que pasa. ¿No ha reparado usted en lo mal que anda todo esto?

Después nos muestra el castilló de Enrique de Trastamara, nos hace atravesar un riacho de aguas turbias, nos lleva á una ermita... Pero llega la hora de volver á la estación y nos separamos con sentiemiento.

—Abur,—nos dice metiéndose en el bolsillo del pantalón las monedas que le acabamos de dar, —y si pasa usted otra vez por aquí, pregunte por Paco, que ya le dirán dónde estoy.

Nosotros nos alejamos pensando en las contradicciones que ofrece España. En cada una de esas poblaciones dormidas, donde parece que todo ha concluido, hay centenares de muchachos como el que acabamos de ver. No es que la raza esté fatigada como algunos dicen; es que está ahogada por los que tienen interés en que nada viva. Abranse las puertas, déjese á cada cual su independencia, su iniciativa, su personalidad, y tornará la primavera y volverán á brotar flores. Lo que impide el progreso es el egoísmo de los que por defender las situaciones adquiridas sacrifican el bien general, y persiguen á los hombres nuevos hasta obligarles á callarse ó á huir... En todas

las poblaciones parece que hubiera una conspiración contra el pensamiento. No se persigue á las gentes abiertamente como en otros tiempos, pero se las sitia, se las hostiliza disimuladamente, hasta que acaban por rendirse, unas veces por hambre, otras por cansancio. El conservantismo reinante soporta de mal grado toda tentativa de argumentación. Hay que aceptar todo lo que existe tal y como está. Hay que someterse en un todo á lo establecido. El vicio de pensar, resulta el peor vicio de todos. Bien está que las gentes sean criminales, pero que piensen, eso sí, que no está permitido. Cuando el pobre lo intenta se le dice: «Eso está bueno para los ricos». Cuando el rico por excepción quiere hacerlo, se la argumenta: «Usted no tiene necesidad; esas son cosas para los pobres». Y los años corren y huyen sin que nada se mueva en las ciudades. Los hombres que mueren, son sustituidos por otros y todo sigue en el mismo estado. ¡Ay de aquel cuya voz desentone: O tiene que emigrar á los grandes centros donde sólo se le puede combatir con medidas oficiales y públicas, ó tiene que acabar por abjurar su verdad, aunque al hacerlo murmure entre dientes *é pur si muove*. La consigna es dormir. Cerremos los ojos. Si alguien tiene ideas, que las esconda bajo llave. Su situación y su porvenir dependen de su silencio. ¿Quieres hablar, imprudente?, pues vete á Madrid, á Barcelona, á Valencia, á Bilbao, á las *ciudades perdidas*. Aquí, en el pueblo, no darás ese escándalo. Acuérdate de tu padre: ¿Sintió él acaso la necesidad de tener ideas? Vive como él. No rompas con la tradición de la fami-

lia. ¡Mentecato! Crúzate de brazos para ser feliz. Y con ayuda del tiempo, que á menudo roe nuestros ímpetus y nos hace accesibles á la cobardía, la negativa hueste triunfa...

. . . .

Cuando volví á subir al tren, mi compañero de viaje me recibió con grandes muestras de regocijo.

—Creía que se quedaba usted en la ciudad—me dijo con la boca llena de buñuelos.

Y volviendo á su obsesión:

—Quiere usted probarlos? Son excelentes...

Pero yo rechacé resueltamente el regalo y, para disimular mi negativa, le pedí un cigarrillo.

—¡Fúmelos usted con confianza—afirmó entonces, tratando de dar valor al pitillo,—porque son de arroz y vienen directamente de Olmedo.

*
* *

Al bajar en Salamanca nos encontramos ante un dilema: hay que ir á la fonda de la Burgalesa ó á la del Comercio. Pero nuestro compañero de viaje nos declara que lo mejor de todo es el parador de los Bordadores, donde se come excelente bacalao. Y nos señala una especie de establo que hay frente á la estación, ante el cual disputan unos arrieros que están dando de beber á sus caballerías... Como el aspecto del mesón no nos

seduce, nos despedimos del amable manchego y echamos á andar hacia la Burgalesa, ayudándonos con el plano del Baedeker. Nada más fácil que orientarse en una ciudad pequeña como Salamanca. Estamos seguros de dar con lo que buscamos... El mozo que nos trae las maletas, no sabe adonde nos dirigimos, y se obstina en recomendarnos una casa de huéspedes de la calle de la Rúa. Lo que en el fondo quiere, es saber quiénes somos.

Pensando acabar con sus solicitaciones, le decimos que conocemos la ciudad y que vamos á casa de un pariente. Pero...

—¿Es usted don Jaime Gordillo?—nos pregunta entonces.

—No, ¿por qué?

—Porque aquí se espera á un caballero que lleva ese nombre y debe venir de Avila.

—No soy el que esperan,—contesto, divertido con la curiosidad del gañán.

—Si no viene usted de Avila...—insiste,—de alguna parte ha de venir...

—Claro está.

—¿Es usted viajante de comercio?

—No.

El mozo se rasca el cogote, molestado por el laconismo, y prosigue, buscando un medio de excitar nuestra verbosidad comunicativa.

—¿Ha traído usted buen viaje?

—Muy bueno.

—¿De qué lugar dijo usted que venía?

—Yo no he dicho nada.

Se abre una pausa, durante la cual el hom-

bre parece tomar respiro para tendernos un nuevo lazo.

—Si trae usted equipaje, haga usted el favor de darme el billete para reclamarlo en la estación,—continúa, buscando todos los medios de satisfacer su curiosidad.

—No tengo más equipaje que las maletas,—contesto fríamente.

—Entonces no vendrá usted de muy lejos,—interroga tenazmente.

Hasta que, fatigado por la vaguedad de las contestaciones, resuelve callarse. En el fondo está tranquilo. Ya encontrará él manera de saber de dónde es el forastero que bajó del tren de las cinco y que, no siendo ni militar, ni cura, ni viajante de comercio, ni inglés, no puede venir á nada bueno.

*
* *

Salamanca es una ciudad-museo. Imaginemos una población amarilla de calles estrechas y tortuosas bordeadas de casas de dos pisos, y tendremos la primera idea general. Los edificios son vetustos y lúgubres. Los muros agrietados y rojizos parecen brotes de la tierra misma. Sobre ellos se recortan mezquinos agujeros protegidos por balconcillos de hierro. Por las calles mal empedradas y llenas de dobleces, pasan de tarde en tarde,

apoyándose en varas que son tan altas como ellos, unos hombres flacos, vestidos de pantalón corto, chaqueta y sombrero puntiagudo, apurando á sus borricos con gritos monótonos y somnolentos que se funden en el cansancio general. No hay ni tranvías ni carruajes. Muchos portales ruinosos ostentan escudos llenos de leones y estrellas que nos hablan de una aristocracia que murió. En una calle estrecha cuento hasta diez mendigos que solicitan con plañidera voz la caridad del transeunte. En los almacenes mezquinos y obscuros se recortan las siluetas ensimismadas de los dueños que entreleen un periódico, *oyendo* transcurrir el tiempo. En un balcón está una mujer pensativa que nos ve pasar con curiosidad y nos sigue con sus ojos tristes hasta que nos perdemos al volver la esquina. Dos chiquillos juegan en mitad de la calle con unos huesos... Atravesamos una recova instalada en medio de una plazuela. Detrás de los puestos miserables donde se alinean las legumbres bajo un toldo gris sostenido por cuatro estacas, dormitan unas mujeres de tez curtida, de edad indefinible, que parecen asistir á la vida como á una cosa que no les interesa, y que deben tener el alma triste, triste, como un camino de cementerio. Nada se mueve en la ciudad. Parece que cada cual tiene su puesto asignado y que las gentes son también piezas de museo, como la ciudad misma. En la calle sola no se vé más que al albeitar sentado á la puerta de la barbería y á un guardia distraído que se aleja á pasos cortos, con las manos cruzadas detrás de la espalda, como si aguardara alguna cosa. Un cielo gris ten-

dido casi á ras de los techos gravita sobre la población y la ahoga. Un grupo de estudiantes hastiados pasa lentamente, comentando un párrafo que uno de ellos señala con la uña en un libro de tapas negras. Dos monagos vestidos de rojo atraviesan la calle precediendo á un clérigo cuya estola blanca y cuya casulla llena de dorados se destacan sobre la uniformidad sombría del conjunto... Y en la ciudad somnolenta, que tiene la palidez de un enfermo, parece que todo prolonga la languidez de una agonía.

*
* *

En la posada nos reciben con afabilidad y nos conducen á una gran sala con alcoba donde nos instalamos.

—¿Hace usted el favor de su nombre?—nos dice la dueña, presentándonos esa eterna hoja policíaca con que se molesta inútilmente al viajero en todos los países del mundo, excepto en Inglaterra.

Y poco después, leyendo lo que acabamos de escribir:

—¿Es usted periodista?

—Si señora.

—Entonces debe conocer usted á un chico paisano mío que es tipógrafo y que está en Madrid en la imprenta de *El Universo*.

—No señora, no le conozco.

La dueña me mira con sorpresa. Adivino su pensamiento. Este se las echa de periodista, se dice para su coleto, pero ¡qué ha de serlo! si no conoce á Paquín, mi paisano.

Tras una corta gimnasia de cepillo y una ablución, consultamos las monografías que hemos comprado en París. Leemos, saltando los párrafos, «25.000 habitantes... Alfonso VI... Conde de Borgoña... Infanta Urraca... obispado... Alfonso IX de León... Universidad... 7.000 estudiantes... expulsión de los moros... 1610,.. Comuneros... Tiebaut... 1812... Arapiles... Wellington... etc., etc...» Y nos lanzamos de nuevo á la calle que el crepúsculo empieza á ensombrecer.

Un chicuelo quiere servirnos de lazarillo, pero preferimos librarnos á la casualidad que es el mejor guía.

Dos calles estrechas, un pasadizo angosto, y nos hallamos en la plaza Mayor, que es el centro de la ciudad. Bajo las galerías que la bordean circulan en grupos los charros de botones de plata, y los manchegos de pantalón ajustado, que han venido, ataviados según la moda de la región, desde Peñaranda, Zamora, Alba de Tormes, Tejares, Guijuelo y otros pueblos vecinos á hacer sus compras en la capital de la provincia. Las tiendas lucen en sus escaparates telas de colores muy vivos, sombreros pasados de moda y multitud de objetos de bazar que maravillan á los curiosos. En el centro de la plaza hay un jardín y un kiosco para la música militar que se hace oir en las noches de verano. Consultamos nuestro reloj con el del Ayuntamiento, construído por Churriguera.

Son las cinco y cuarenta minutos. Por una galería cubierta salimos á otro callejón, pasamos ante la iglesia de San Martín, ante una casa de arquitectura vetusta y original que un mendigo nos dice ser del marqués de Valdecarzana, ante el Seminario conciliar, la catedral nueva, la catedral vieja, San Esteban, la torre del Clavero, la casa de la Salina y algunas curiosidades más, de gran valor para el arqueólogo. Pero lo que á nosotros nos interesa no son los monumentos ni las reliquias históricas, sino la vida, las costumbres, el alma actual de la población.

Mientras compramos un puro en un estanco, trabamos conversación con el hortera. Hay excursionistas que solo conocen de las ciudades las fachadas de las casas. Nosotros queremos ver algo más. Al cabo de cinco minutos comenzamos á adivinar otra atmósfera. No reina allí la miseria general que al principio supusimos. Hay por el contrario muchos propietarios opulentos. Pero son gentes metódicas y avaras que olvidan que lo único que puede excusar la riqueza es la prodigalidad. Viven en casas incómodas que datan de tres ó cuatro siglos, comen mal, y ponen todo su cuidado en perpetuar las costumbres de sus mayores. Es verdad que están aprisionados en una sociedad de cleriguillos y de beatas bachilleras para la cual toda tentativa de movimiento es un pecado. Con pretexto de que un callejón ruinoso es muy característico y de que tales casas fueron edificadas hace quinientos años, nadie levanta en la ciudad una nueva construcción, ni modifica lo existente. La población no ha cambiado desde

hace un siglo. Las costumbres, las ideas, todo sigue siendo lo mismo. Y es como un cuarto cuyas puertas no se abren desde hace mucho tiempo: las gentes se asfixian á fuerza de respirar la misma atmósfera. Falta oxígeno. En vano un modesto librero llena su único escaparate con las obras de Zola, Reclus, Kropotkine, etc.; en vano un obrero desconocido pega en algunos muros un pequeño cuadrilátero de papel impreso en el que habla de fundar sindicatos profesionales... Sus intentos se mueven en el vacío. Y sólo el que tiene recursos para hacer de tiempo en tiempo una excursión á Madrid, puede decirse nuestro contemporáneo. Entre los demás, casi todos se mueren sin haber vivido...

Pero la noche se ha hecho dueña de las calles y fuerza es volver á la posada donde nos espera la mesa redonda, los viajantes de comercio, el oficial de guardia civil, el cura en excursión, el lenguado, los garbanzos, y la maritornes jadeante que enjuga los platos con su propio delantal.

*
* *

Y en la ciudad más vetusta, vive uno de los hombres más nuevos de España.

Algunos no comprenden cómo ha podido resignarse Unamuno á la reclusión que le impone su cargo de rector de la célebre Universidad. Pero

nosotros nos lo explicamos. Vencida la primer tristeza del destierro, pasadas las primeras semanas de malestar, ha comprendido las ventajas que tienen para el escritor las pequeñas ciudades. En ellas no nos sentimos solicitados por el tropel que pasa, ni interrumpidos por los mil y mil incidentes inevitables en las Babeles tumultuosas. La existencia se desliza tranquila, y nada se opone á la meditación y al estudio. Por lo demás, todos los que han dejado huella han vivido lejos de los grandes centros, desde los clásicos, hasta los escritores parisienses de hoy, que con pretexto de *villegiature* en verano, ó de *côte d' azur* en invierno, encuentran manera de no vivir en el bulevar más que dos meses.

Unamuno ha acabado por declararse partidario de esa vida que le permite desplegar una actividad y un empuje que seguramente se hubiera entorpecido en Madrid. La población anticuada y lóbrega ha sido un refugio para el pensador moderno y le ha ayudado quizás con sus mismas rugosidades características á evolucionar hacia el progreso, á independizarse del ambiente, y á ver por encima de la costumbre lo que ha sido un misterio para tantos. El escritor no se ha adaptado á la ciudad; ha impuesto á su espíritu una gimnasia implacable y ha conseguido realizar el imposible de mantenerse extranjero al medio, haciendo flotar libremente por encima de todo su vigorosa y fecunda intelectualidad.

Sólo en algunas regresiones del sentimiento religioso se nota en él la influencia del lugar triste y pavoroso en que vive. Como casi todos los

españoles tienen un alma de teólogo, y como la religión corriente resulta estrecha para sus ideales, contraria á su deseo de razonar y enemiga de mucho de lo que él acepta, ha concebido la idea al mismo tiempo grandiosa y pueril de una vasta reforma que determinaría en España lo que hicieron en el resto de Europa hace más de tres siglos Wiclef, Huss, Wasa, Lutero, Zwingle, Knox, y tantos otros. Unamuno tiene en cierto modo un corazón de hugonote. No se siente preparado moralmente para el método experimental con el cual vamos hasta las raíces mismas del problema, rechazamos toda religión después de constar que todas son igualmente falsas y nocivas, y, en cuanto se refiere á la existencia de un Ser Supremo, ni negamos ni afirmamos porque no hay pruebas ni indicios y todo cuanto se converse al respecto es obra exclusiva de la imaginación. Unamuno, que no puede llegar hasta ese extremo porque en el fondo es un místico, imagina que sería posible emprender la tarea de salvar en España lo menos comprometido de la religión, darle un barniz moderno y conciliarlo en lo posible con las certidumbres científicas y con el alma emancipada de la época. Según él, el pueblo de Castilla no podrá pasar sin transición de sus atavismos ultramontanos á la plena libertad filosófica. Hay que ofrecer una puerta de escape á su deseo de *irréel*. Y esa puerta sería quizá un protestantismo adaptado al carácter de la región. Desde el punto de vista social, sería indudablemente un beneficio introducir un poco de razón en cosas que han sido hasta ahora la negación de la razón misma. Pero no

vemos por qué no está preparado el pueblo español para la verdad, ni á causa de qué circunstancias inexplicables será necesario obrar con él de otro modo que con los otros pueblos. Lo cierto es que en el fondo de esa gran inteligencia brillante y sólida quedan los resabios de la educación. Una prueba de ello es la simpatía que manifiesta Unamuno por los primeros defensores de la reforma en Francia y por lo que subsiste aún de esa mentalidad en Toulouse y otras poblaciones del mediodía.

Pero, aparte de esas supervivencias parciales y atenuadas de la emoción antigua, ¡cuánta grandeza, cuánto vigor, cuanta elasticidad de espíritu en ese hombre admirable que es uno de los más sólidos y de los más congruentes de España! Su labor substanciosa es una de las que me inspiran más respeto dentro de la literatura de la península. No lo digo por formular un vano é innecesario elogio, sino porque debo decirlo. A raiz del prólogo que Unamuno puso á mis *Paisajes Parisienses*, prólogo en el cual juzgaba la obra según su criterio, severo al decir de algunos, justo en la opinión de otros, recibí buen número de cartas de autores sur-americanos que me urgían para que contestase á lo que llamaban la crítica violenta del rector de la Universidad Salmantina. No lo hice por dos razones: 1.° Porque entiendo que cada cual es dueño de condenar ó aplaudir la obra que presenta; los autores que salen disputándose con el prologuista, me hacen el efecto de los que en lances de honor acaban batiéndose con sus propios padrinos. 2.° Porque las objeciones del

prólogo en cuestión eran objeciones de temperamento y la discusión en casos tales no conduce á ningún fin. Cada cual continúa entendiendo según la esencia particular de su espíritu. Además, confieso que, sea porque mi susceptibilidad de autor es tarda y difícil de conmover, sea porque no encontré en la crítica nada fundamentalmente hostil, me pareció el prólogo más favorable que nocivo para el libro. Y mi estimación por Unamuno siguió siendo la misma. Al encontrarme con él en la ciudad muerta donde parece que nuestros pasos retumban como si anduviéramos sobre sepulcros, me pareció que le estimaba más todavía. En esa atmósfera es un prodigio realizar la obra que él ha realizado. Si escapan á su percepción algunas cosas, culpa es del medio que no le deja poner en acción toda su sinceridad emotiva. Pero sea como fuere y á pesar de todo, Unamuno ha conseguido llegar á ser lo que tantos han perseguido sin éxito: un guía para la juventud, un vigoroso escritor, y un gran hombre honrado.

Madrid de noche

Para el bonaerense intoxicado por el teatro por secciones y las marchas toreras, todas las calles de Madrid son como la decoración de la «Verbena de la Paloma». Pero esa manera sumaria de representarse una población, es infantil. Madrid es una ciudad de trasnochadores, pero no es una ciudad alegre. Pasado el gran atropello de gentes que invaden las calles desde el anochecer hasta que llega la cena (que se hace después de las ocho por no sé qué costumbre arcaica), todos los barrios caen en un adormecimiento mortal. Los cafés no ponen sobre la acera como en París la nota alegre de sus dos filas de mesas de hierro. Por el contrario, parece que se disimulan y tratan de escapar á las investigaciones del transeunte con sus cortinillas que impiden ver lo que ocurre dentro y con su única puerta estrecha

por donde entran y salen pelotones de embozados. Las calles se alargan en la soledad, taconeadas de tiempo en tiempo por un guardia, ó dos amigos que riñen y disputan acaloradamente, deteniéndose á cada instante y volviendo á andar para dar más alcance á las gesticulaciones que se retratan en los muros blancos, bañados por las grandes lunas de luz eléctrica. Sea porque es invierno, ó sea porque las gentes duermen ó han salido, todas las ventanas están cerradas, y si alguna queda abierta en una calle obscura, es para que asome una sombra femenina que contesta en voz baja á lo que le dice desde la acera un galán, que comprende su posición dudosa y se desvanece así que asoma un transeunte.

En el barrio central los teatros por secciones son los únicos que denuncian una palpitación de vida. En el vestíbulo lleno de humo, á cuya entrada vocean los revendedores, se apiña una multitud abigarrada y rumoreante que aguarda hasta que se oye un aleteo de aplausos, se abren las puertas y salen los de la tanda anterior en grupos compactos que se desparraman sobre la calle. Cuando se vuelve á levantar el telón, la sala está atestada otra vez, pero el público presenta un aspecto uniforme y monótono. Todas las sillas están ocupadas por hombres. Apenas si brota, en los palcos, sobre el conjunto gris, las manchas alegres y primaverales de dos ó tres trajes de mujer.

Concluído el teatro, las gentes regresan al café y reanudan su tarea de fumar cigarrillos ante una taza vacía. Otros frecuentan los centros

sociales donde se juega. Otros hacen la vida rumbosa de los salones y las fiestas sociales, porque la aristocracia madrileña es una de las más brillantes de Europa. Pero para el transeunte que no frecuenta los saraos y opina que los lacayos de peluca empolvada desentonan en las calles donde imploran los mendigos, la vida nocturna resulta lúgubre y desesperante...

En extraviadas callejuelas se oye á veces, á través de un vidrio roto, el clamoreo de un tango y una fiesta de arrabal. Esos lugares donde persiste aún el *cante flamenco* son casi siempre los mismos y, observados una vez, nada nuevo pueden brindarnos: el tablado estrecho, las enaguas almidonadas, el guitarrista, y las impertinencias de los vecinos. La manzanilla ha desaparecido casi, y se gritan hoy los ¡olé! con los labios húmedos de cerveza. Observemos una vez más el cuadro por la abertura que deja la cortina de la entrada y regresemos al centro de la ciudad.

¿A dónde vamos? ¿A la *Mayorquina* á tomar chocolate ó al estaminet de la calle de la Cruz á leer los periódicos extranjeros?

A *Fornos* no se puede entrar sin remediar las miserias de cien *golfos;* en el *Suizo* se habla demasiado de la Academia.

Quedan las redacciones de los diarios, pero la política hay que absorberla por dosis y no es juicioso hablar más de un cuarto de hora de Maura. Llenado el rito, volvemos á la calle larga por donde huyen los tranvías luminosos con un silbido sordo de insectos tropicales.

Hay en las aceras algunas gentes que se

pasean como nosotros, sin saber á dónde van.

Son las doce de la noche y la cuarta tanda no ha comenzado aún en los teatros. En el oasis de luz, frente á la puerta, hay grandes grupos de embozados que conversan en voz alta fumando cigarrillos. Entre ellos pasan voceando los vendedores de periódicos ó de billetes de lotería... «*¡Correspondencia!*, *¡Heraldo!*... ¿Quién quiere el gordo?» Nada más triste que la manera como resuenan esos gritos en horas avanzadas de la noche, cuando parece que todos debieran estar durmiendo.

Pero hay algo más lúgubre aún, y es la silueta miserable de la vendedora de cerillas que se acurruca en el portal cercano y extiende la mano rugosa á los transeuntes, pues su comercio es una manera de mendigar...

¿Por qué trasnochan las gentes con tan poco provecho? Los que van al teatro no van para ver la piececilla insulsa y tradicional que todos se saben de memoria, sino con el fin de tener un pretexto para dormir al día siguiente hasta las doce.

Subimos la calle de Alcalá lentamente hacia la Puerta del Sol. Un chiquillo andrajoso nos persigue repitiendo con una voz monótona y suplicante: «Una limosna, señorito, que tengo mucha hambre, señorito, que no he comido en todo el día...» Dos mujeres de mirada dolorosa quieren llevarnos hacia una calle extraviada. El cielo obscuro, sin una estrella, gravita sobre la ciudad... Un carruaje suntuoso, arrastrado por dos soberbios animales, pasa rápidamente, haciendo saltar chispas del empedrado... Y no queremos ver más...

«¡Sereno!»

Tras un minuto de espera, aparece el guardián con su farol, su chuzo y su manojo de llaves. Nos mira recelosamente, y después de habernos reconocido se decide á abrir. Es un hombrachón parsimonioso que nos acompaña hasta el fondo del zaguán para ofrecernos una cerilla.

—«Que descanse usted».

—«Muy buenas noches».

EL REY

EN LAS CALLES DE MADRID

De dos á tres, cuando el sol cae de lleno sobre las calles de Madrid y en las aceras estrechas se empuja una multitud desocupada y rumoreante, la Puerta del Sol, la calle del Arenal y la de Alcalá toman algunas veces, de pronto, un aspecto raro.

Grandes grupos de agentes de policía ocupan los puntos estratégicos y se escalonan de un lado y otro de la calzada. El público se detiene, formando detrás de ellos un ancho cordón que se prolonga hasta el límite. Las gentes se interpelan y se empujan disputándose el primer puesto. Y la palabra ruidosa y los gestos fáciles que son una de las distintivas del español, cobran en el enervamiento de la espera, mayor amplitud y más vivacidad.

El extranjero, que, ajeno á las costumbres del país, no se explica á veces la razón de tal efervescencia, hace mil conjeturas, hasta que in-

terroga á un vecino. Y como el vecino es casi siempre hombre verboso, contesta inevitablemente en estos ó parecidos términos.

—Es que va á pasar el rey. ¿No le ha visto usted todavía? Pues ya le conocerá. A esta hora sale casi siempre en su carruaje... con unos caballos y unos cocheros... que no le digo más.

Lo cierto es que la calle de Alcalá, que por ser algo empinada ofrece una hermosa perspectiva, está cubierta por la multitud. En todos los balcones hay racimos de hombres y de mujeres cuyas sombrillas multicolores abiertas al sol dan á las casas un aspecto alegre de fiesta nacional.

Porque para los desocupados de las ciudades el cortejo de un monarca es una diversión, como para los de los pueblos lo es la llegada del correo. Aguardar á que el rey pase y formular un comentario sobre su actitud, es un medio de acortar el día.

Veremos pasar al rey.

Para evitar los atropellos nos instalamos en el hueco de un portal, frente al salón del *Heraldo*. Hay allí un hacinamiento de gentes obstinadas que quieren apartar á las demás para ocupar el mejor sitio.

—Quite usted de ahí,—dice una mujer del pueblo, empujando á un vejete emprendedor,—que los pobres no podemos ir al teatro y lo único que nos distrae es el aparato real y las procesiones.

En lo que la buena mujer dice, no hay ironía. Expresa su pensamiento con tanta ingenuidad como exactitud. Sus palabras traducen la opinión de la muchedumbre. Lo que hace que todos se es-

trujen para ver mejor, no es precisamente la fidelidad al príncipe, sino el deseo de recrear los ojos en la pompa de la caravana.

Lo primero que aparece es un heraldo ó *piqueur* con muchos galones y con sombrero de dos picos. Pasa al trote de su caballo, mirando á derecha é izquierda como si revistase al público.

Después viene un landó con algunos altos dignatarios.

Y detrás, en un coche abierto, rodeado de soldados de caballería, un hombrecito pequeño y delgado, vestido de militar, que saluda distraidamente. Es el rey. Algunos se descubren. Otros le contemplan sin ninguna muestra de consideración, con el sombrero calado. La impresión que produce es indecisa. No falta una comadre que le señale con el dedo y se burle; no falta un anciano que agite su sombrero y le aclame. Lo que parece evidente es que no goza de universal prestigio, que no se impone á la admiración, que no domina á su pueblo.

Porque el pueblo español tiene demasiado apego á las fórmulas tradicionales y á las imágenes convenidas, para estar satisfecho de un monarca que abulta tan poco.

—Pobrecillo,—dice una chula,—tan chiquitín y con ese kepis que le debe pesar como un mundo sobre la cabeza...

Otros opinan que parece el edecán del general que le acompaña.

La verdad es que tiene una cara tan sin expresión, tan muerta, que no inspira sentimiento alguno. Además, el coche, rodeado y defendido

como un bastión, no contribuye á acortar las distancias. El público le ve pasar de lejos, como una figura de cinematógrafo, como algo completamente extraño á él...

Y hay detalles desgraciados. Junto á mí está un agente de policía secreta que observa los movimientos de cada uno. Como ese polizonte hay cien, diseminados en el trayecto. El público no lo ignora. Los enemigos se sienten molestados por la precaución, los partidarios se juzgan ofendidos por la desconfianza. Y nadie está satisfecho.

Por otra parte, la teatralidad de ciertas invenciones encaminadas á mantener el prestigio mal seguro, resulta pesada para todos.

Casi en cada paseo hay un incidente que después comentan los diarios. En ningun país se ha recurrido tanto á la «tentativa de agresión» como en España. Basta que un impaciente pretenda acercarse con el fin de presentar un memorial, para que haya carreras y aspavientos y circule la noticia de un atentado. La maniobra es inútil y hasta contraproducente... Un político hábil no consentiría en jugar con fuego. Pero esa, es una manera más de rendir culto á la tradición: hay que aceptarla...

En cuanto desaparece el cortejo, las gentes se dispersan y se arremolinan en pelotones tumultuosos y rumoreantes que desbordan y acaban por inundar la calle entera. Cambian impresiones sobre la actitud del soberano. Comentan su salud. Entran al café. Miran los escaparates....

El madrileño parece haber venido al mundo

para ambular desganadamente por las aceras, envuelto en su capa, fumando cigarrillos....

El barrio toma poco á poco su fisonomía habitual... Pero no por mucho tiempo, porque dos horas después regresa el monarca y se renueva el espectáculo.

A pesar de la frecuencia con que estas exhibiciones se repiten, no cansan á nadie. Los transeuntes de Madrid ponen siempre el mismo apresuramiento por acudir de todas partes así que cunde la noticia de que el cortejo se acerca. Y en eso se parecen quizás á los de todas las ciudades del mundo, porque la ingenuidad no conoce fronteras y el hombre que se maravilla ante el oropel es un producto universal.

ESPAÑA TRISTE

Contra la manera de ver de esas gentes vacías que no dan nunca su opinión sobre nada, escriben sin apoyar la pluma y pasan desapercibidas, como un transeunte sin rasgos propios, por las avenidas de las letras, nosotros creemos que en nuestro siglo de combate todos tienen el deber de declarar su opinión sobre todos los asuntos. Estamos acostumbrados á que la vida resulte mejor en los libros, como las cosas resultan más bellas reflejadas en los espejos. Pero hay que reaccionar contra esa enfermedad bizantina y esa pobreza de alma. Aprendamos á afrontar la verdad y á tener la audacia de decirla. Nada más lastimoso que las perplejidades pueriles del que, seguro de una cosa, no se atreve á expresarla por el temor de herir la susceptibilidad, la vanidad ó el orgullo de una colectividad ó de un hombre. Nosotros pensamos que hasta es hacer injuria á un pueblo

suponer que sólo puede respirar en una atmósfera de falsedad y de hipocresía.

Por eso nos atrevemos á afirmar que, en conjunto, España es el país más triste que hemos visto. Todo respira en él el desaliento y la muerte. Hasta la literatura. Veamos cómo describe en *El Liberal* el notable escritor D. José Nogales su entrada á un cementerio:

«Al entrar en el espacio limitado por las cuatro altas y blancas tapias en que la cal deslumbra cuando le da el sol, no me pareció aquello ni triste, ni lúgubre, ni espantoso. Más bien me pareció un prado alegre y tranquilo. Hay á la entrada dos altísimos alcornoques, dos soberbios ejemplares de la flora ibérica, de panzudas corazas y robustos troncos, pregoneros de la salud y de la vida. Andando por allí entre la hierba que nos llegaba al pecho, encontramos el rinconcillo *habitado*, unas seis ó siete sepulturas. Allí estaban los muertos del año. Un campesino sexagenario, alto y delgado y rugoso como un pedazo de rama de cualquier encina de aquellas, segaba hierba con una hocina cuya hoja relumbraba. Después cogía brazadas y las aventaba por la tapia. Recuerdo que al ir por el aire, las amapolas figuraban un llamear de fuego, un como reguero de ascuas vivas temblando sobre el fondo azul»...

Es que las gentes están habituadas á la tristeza lúgubre de sus vidas monótonas, y en cualquier parte respiran mejor que en su casa, hasta en el cementerio.

*
* *

Nunca olvidaré la melancolía de un entierro en un Campo Santo de las cercanías de Madrid. Detrás del ataúd del editor Bernardo Rodríguez Serra nos habíamos agrupado aquella tarde muchos escritores jóvenes y algunos viejos. Todos los jóvenes le debíamos algo,—yo especialmente, de quien Rodríguez acababa de publicar un volúmen titulado *Cuentos de la Pampa*. Los viejos le debían también algo quizá, pero no lo confesaban. El caso es que á la llegada al cementerio, bajo el crepúsculo gris, en la calma misteriosa del atardecer, me pareció que la tierra naufragaba y que todos nos desvanecimos en una somnolencia singular. Porque nada hay más solemne y más tétrico que esos alrededores de Madrid donde al caer la noche parece que todo tiembla y huye bajo una amenaza misteriosa.

*
* *

En un interesante libro de Angel R. Chaves, *La Corte de los Phelipes*, hallamos estas estrofas:

> Rufianes, peruleros, corchetes y curiales,
> tapadas, barbilindos y damas del tusón,
> veladas y festejos de los palacios reales,
> que eternizar supieron los versos inmortales
> de Tirso y de Moreto, de Lope y Calderón.
> Enanos y meninas, monarcas y privados,
> que retrató Velázquez con sin igual pincel;
> corrales de comedias por fuera retocados,
> mas huérfanos por siempre de actores tan loados
> como Jusepa Vaca, Juan Rana y Peñafiel.

. . . .

No diremos que esa España arcaica existe todavía, pero sí que queda aún mucho de ella. Los mendigos que imploran á la puerta de las iglesias, las dueñas que pasean por las calles ofreciendo juventudes marchitas, los aventureros que acechan al recién llegado y pretenden engañarle con viejas historias en desuso, nos dan la sensación de una corte á la antigua usanza, de una de esas viejas ciudades al propio tiempo pervertidas é ingenuas de que nos hablan los autores del siglo XVII.



Los motines de Salamanca dieron una idea del espíritu que domina en el país. Lo propio de la policía no es en ninguna parte evitar el desorden, sino provocarlo. De suerte que no nos asombra lo ocurrido. Para evitar tales desgracias fuera menester cambiar el punto de apoyo de la sociedad y llevarlo de la fuerza á la solidaridad. Nuestra civilización modernísima es puramente de fachada; todavía están de pie los viejos muros de la Edad Media. Y de la contradicción entre las solicitaciones del porvenir y las supervivencias del pasado nacen esos choques Pero el principio y la idea de autoridad tendrán que transformarse en España mas que en cualquier otra parte. La policía no puede seguir siendo la cancerbera legendaria, la diosa de la mordaza y del hierro. Fuerza

será que acabe por comprender su verdadera misión de protectora, de apaciguadora, de hermana mayor que conduce, pero que no castiga.

*
* *

Cuando un hombre empieza á tener costumbres, es que ha llegado al máximum de su crecimiento: ya no se puede esperar de él más que repeticiones. Cuando un pueblo empieza á tener tradiciones, es que ha dado ya todo lo que podía, y entra en el período del descenso. España tiene muchas tradiciones, demasiado plomo en las alas.

*
* *

Paseando por una calle estrecha encuentro á una mujer pálida vestida de negro que me recuerda los versos de Gautier:

Carmen est brune. Un trait de bistre
Cerne son oeil de gitana...
Les cheveux sont d' un noir sinistre;
Sa peau, le diable la tanna...

No sé si se llama Carmen, pero parece ser la ilustración de la estrofa. Y en el silencio de la calle desierta, la sigo á distancia, sin explicarme

por qué, atado á sus pasos, obsesionado por su silueta, como si aquella mujer desconocida se llevara la síntesis de un sueño.

*
* *

Solo un país hace las glorias dentro de sus fronteras: Francia. Todos los demás aguardan á que el nombre les venga ya glorioso y hecho del extranjero. Porque en el mundo subsiste aún ese atavismo animal que hace que el vecino, el compatriota, el compañero, traten de ahogar todo lo que surge á su lado.

Por eso es que Rusiñol ha venido de Barcelona á Madrid por el camino de Francia.

*
* *

En Madrid no hay tiempo para nada. La ciudad se apodera de uno y lo lleva, lo trae, lo exprime. Las horas pasan como en sueño y al cabo de un mes nos parece que nos han escamoteado los días. No porque nos solicite la alegría ó nos distraigan las diversiones, sino porque nos invade un cansancio singular, inexplicable, que es como la solicitación de la tierra que nos apura y nos llama para dormir el sueño eterno.

*
* *

Larra decía que sólo puede conocer la carencia de una cosa, el que la misma cosa conoce; de donde se infiere que si todos los individuos de un pueblo conociesen su atraso, no estarían realmente atrasados.

En España toda la ilustración consiste en saber latin. De ahí que la ignorancia de cualquier otra cosa parezca pecado venial.

¿Por qué no decir la verdad, en vez de contemporizar con la opinión errónea del público, como hacía Larra al decir: «¡Oh infernal comezón de vilipendiar este país que adelanta y progresa de algunos años á esta parte más rápidamente que adelantaron esos países modelos para llegar al punto de ventaja en que se han puesto!»

LA POLÍTICA

No es posible juzgar á una colectividad en un mes, ni retratar un estado social en media docena de páginas. Las agrupaciones modernas son tan complicadas y la lucha social reviste formas tan diversas en los distintos países, que bien pudiera ser aventurada esta nota sobre la política en España. Pero si nos equivocamos será de buena fe. Vamos á decir lo que creemos haber visto.

En España hay cinco matices de opinión:

1.° El reaccionario.
2.° El canalejista.
3.° El republicano.
4.° El socialista.
5.° El anarquista.

El reaccionario es el que ha estado hasta ahora sin interrupción en el gobierno. Los llamados «conservadores» y los llamados «liberales» son igualmente reaccionarios y con ellos la mayoría

de la nación. Representan algo semejante al nacionalismo francés y, aun después de la desaparición de sus jefes (Cánovas y Sagasta), están de tal suerte adheridos á los sillones ministeriales que serán necesarios grandes vuelcos para desalojarlos.

El canalejista es un matiz nuevo que se inspien la política que hoy impera en Francia. Representa el deseo de una evolución hacia lo moderno. Es avanzado sin ser subversivo y, en caso de subir al poder, desarrollaria una acción de propaganda laica, esfuerzo democrático, protección obrera y republicanización dentro de la monarquía. Con todos los defectos inherentes á este género de partidos, resultaría ser un paso hacia el porvenir, porque toleraría mayor libertad de propaganda y atenuaría las injusticias sociales.

Los republicanos, son el *mañana* de España.

Los socialistas, que con tanto calor condenaron al principio la nueva táctica inaugurada por Jaurés en Francia, forman una agrupación que si bien es poderosa en algunos centros, no tiene en el conjunto del país suficiente fuerza para determinar un cambio. Urgida por esa inferioridad numérica se ha inclinado últimamente á tolerar acercamientos con los republicanos. Su actitud fué condenable en los sucesos de Barcelona, pero esa pusilanimidad puede explicarse por el temor de comprometer, en un país cuyo sistema de represión es conocido, una organización obrera (sindicatos, cooperativas, etc.) que tanto ha costado poner de pie.

Los anarquistas, cuyos centros principales son

Cataluña y Andalucía donde representan todo el movimiento obrero, componen, á mi modo de ver, una fuerza mucho más considerable de lo que se supone, pero una fuerza mal penetrada aún de la conciencia de su valer, una fuerza que se deja llevar á saltos bruscos y á sacudidas peligrosas que engendran movimientos abortados y, como consecuencia de ellos, persecuciones nocivas para el triunfo mismo de la causa.

Los republicanos están colocados en una situación difícil. El problema político se presenta en España en tales términos que esa fracción tendrá que dividirse quizá en dos grupos: uno que irá á engrosar el partido canalejista y aceptará transitoriamente la monarquía para tratar de salvar el principio de propiedad y otro que acabará por admitir el colectivismo. Las dos tendencias existen ya y esa solución parece ser inevitable porque no hay lugar en España para un matiz de transición entre la sociedad que se va y la que viene. Aquí, como en Rusia, se saltará una etapa de la historia.

*
* *

Dadas estas bases, apliquemos un criterio científico á la situación y tratemos de presentar claramente las consecuencias que de ella brotan, procediendo por eliminación, que es el método más seguro. ¿Tienen actualmente los anarquistas suficiente fuerza para realizar en España sus

ideales y transformar la nación? No. ¿La tiene el partido socialista? No. ¿La tendrían los dos juntos si se unieran? Tampoco. La propaganda ha sido entorpecida con los continuos procesos que la reacción ha imaginado. La fuerza de la tradición es todavía temible. La preocupación religiosa y la falta de instrucción hace que la mayoría de los desgraciados se nieguen á tratar de mejorar su suerte, engañados como están por la palabra de los que dominan. Además, sopla un hálito de terror sobre las fábricas.

¿Qué conviene hacer ante una situación semejante? ¿Renovar intentos ineficaces y pueriles? ¿O tratar de desalojar á la reacción acantonada en el poder, facilitando la unión de todos los elementos que la combaten? Unir tres fuerzas es multiplicar 3 por 3. Y si solo así se puede alcanzar la cifra necesaria para sobrepasar en el recuento la cifra de la reacción, ¿no es evidente que, á pesar de cuanto se diga, (porque allí donde se presentan los hechos las ideas callan), la acción inmediata de los revolucionarios españoles tendrá que tender, por una fatalidad inicial, á apoyar á los republicanos? Favoreciendo en apariencia las ambiciones de ese grupo político y en realidad dejándose favorecer por las reformas que él implante, llegarán á alcanzar esa libertad de palabra y de acción que son la base indispensable de todo progreso en las ideas. Y con ello no romperán con la tradición de sus partidos (ya que los partidos revolucionarios empiezan á tener también tradición), porque en Francia, durante el asunto Dreyfus, anarquistas, socialistas y repu-

blicanos hicieron causa común contra la reacción enmascarada.

La lucha que llevamos de frente tiene muchas analogías con la que se llevó hace un siglo en favor de la abolición de la esclavitud. Y así como entonces fué preciso tener en cuenta en los comienzos los prejuicios corrientes, hacerse flexible, y resbalar entre las hostilidades para apoderarse de la plaza y libertar á media humanidad, hoy es forzoso aprovechar todas las sinuosidades del terreno para acercarnos al fin que perseguimos, que es la destrucción de las barreras que separan á los hombres y el libre reinado de la fraternidad.

*
* *

Del capítulo de Montjuich sólo diremos dos palabras:

Toda ley política de represión es culpable, porque atenta á la libertad del pueblo; y pueril, porque siempre produce un efecto contrario al que el legislador persigue. Así como en las cosas literarias el renombre se hace más que con los elogios que nos conceden, con las críticas con que nos abruman, en las cosas de la política la persecución que sufre un partido es casualmente lo que más contribuye á fortificarlo. Lo que dió alas á la herejía fué la Inquisición, lo que difundió la idea republicana fué el tesón con que la persiguieron los reyes, y lo que mejor trabaja ahora por el comunismo es la hostilidad desigual y ner-

viosa de los gobiernos. Tal es la fuerza incontrarrestable que traen en sí las nuevas ideas, tal es la fatalidad de la evolución impuesta por el siglo, que hasta los más resueltos adversarios se ven obligados á trabajar en favor del advenimiento de lo que condenan.

Una administración ilustrada y hábil comprendería que, tanto más activa y violenta es la propaganda, cuanto más rudas y frecuentes son las vejaciones con que favorece el poder á los propagandistas. Lejos de matar una idea, la persecución sólo consigue agriarla, darle una forma agresiva, y conducirla á la exasperación. Si el gobierno francés hubiera movilizado sus soldados para vencer la resistencia que los bretones oponían á los encargados de aplicar la ley contra las congregaciones, si hubiera tratado de disolver bruscamente los grupos y de imponer de golpe la medida votada, sólo hubiera conseguido fortalecer el espíritu religioso del país... Podríamos citar mil casos en que los que pretendían sofocar un movimiento han contribuído á fomentarlo... Pero quizá es mejor dejar que los gobiernos prosigan su obra. Son los que más han favorecido hasta hoy la expansión de las ideas del siglo.

Sin embargo, duele presenciar todavía en nuestra época tales atentados. Las leyes represivas son un resto de la barbarie feudal. Ya se apliquen ellas al individuo á causa de una falta personal, ya á un grupo de ciudadanos á consecuencia de una doctrina que la autoridad conceptúa peligrosa para ella, siempre afirman una misma injusticia. Castigar, es vengarse. Y las ideas

filosóficas recientes, todas de mansedumbre y de equidad, nos aconsejan otra cosa.

Si la represión ha desaparecido casi del seno de la familia y de la educación del niño sin que se produzcan las catástrofes que algunos vaticinaban, ¿por qué no ha de comenzar á desaparecer del Estado, que es una familia grande? La pena de muerte, el destierro, la prisión, resultan anomalías en nuestro tiempo. Y esas anomalías son particularmente odiosas cuando se producen en detrimento de la libertad de pensar.

Decir nuestra opinión sobre todos los asuntos, es tan natural como respirar. No vamos á volver á discutir en el siglo XX lo que ya se impuso en el siglo XVIII. Cada hombre tiene, no sólo la facultad de alimentar las convicciones que le parecen justas, sino también el derecho de tratar de inculcarlas á sus semejantes. ¿Por qué inconcebible obstinación quieren ignorar los poderosos que cuanto más se apoye la injusticia reinante sobre la injusticia, más acortará su reinado?

DON JOSÉ CANALEJAS

Unos me decían que Canalejas era un gran político, otros que era un lamentable soñador; estos me alentaban á solicitar una entrevista, aquellos me disuadían de ello. «Ha perdido todo su prestigio», murmuraban allí. «Es el hombre más popular de la península», declaraban allá. Esas mismas divergencias de apreciación contribuyeron á decidirme. Ser discutido, es ya una prueba de tener real importancia. La celebridad empieza con la diatriba. Los elogios y los ataques, quizá más éstos que aquéllos, acabaron por inspirarme cierta curiosidad, y ¿por qué no decirlo? cierta simpatía por ese hombre moderno que en próximas é inevitables conmociones puede llegar á tener en sus manos los destinos del país.

Huertas, 11,—me indicó el portero del hotel. —Y por la Puerta del Sol, la calle de San Jerónimo, y la del Príncipe, me encaminé á pasos cortos, preparando mi formulario de preguntas. Había

que arrancarle una declaración sobre este punto, tantear su opinión sobre el otro, llevarle á disertar sobre lo de más allá, extraerle la savia de lo que puede interesar á los lectores, *le vider*, como dicen en el *argot* periodístico de París. Entre dos cigarrillos precisé mi plan. Pero muy pronto me dí cuenta de que tantas esperanzas tendrían que resultar ilusorias. ¿Cómo arrinconar á un político y obligarle á decir lo que no debe? Un político es como el viento: se filtra por todas partes, se escurre, se nos escapa de la mano, vuelve, nos acaricia, desaparece, es poderoso, es dúctil, es invisible, sabe recorrer todos los tonos, da voz al silencio, y en el agradable susurrar de sus palabras armoniosas y vacías deja, cuando habla, suponer todo lo que no afirma y afirma todo lo que no deja suponer. De ahí que sea la maginación el gran auxiliar de los especialistas de la interviú... Pero ¿qué vale más? ¿Inventar declaraciones que serán desmentidas después, ó contar buenamente las cosas como pasaron?... Monologando estas razones, llegué á la calle de las Huertas y pocos pasos después á la casa del popular exministro.

Vivienda de aspecto señorial, portero ceremonioso, muros grises, gran patio desierto donde suenan y repercuten los pasos, todo ello está en contradicción con las ideas del ocupante. La mansión parece dormir. Es húmeda y fría como un sepulcro. ¿Por qué buscan los españoles la antítesis? Unamuno está ejerciendo de condestable en uno de los barrios más viejos de Salamanca; Canalejas se confina en un especie de castillo vetusto y lúgubre... Pero no pude continuar hilvanando mis

reflexiones, porque se abrió una puerta y me encontré en un pasillo alfombrado de rojo.

La docoración cambió como por arte de magia. Todo era fresco y sonriente en torno mío. Hasta el criado. ¿Será que estas viviendas son como los españoles de otros tiempos, que tenían el exterior rudo y en el corazón una almáciga de rosas?

El despacho donde me han hecho entrar es una pieza grande, sin cortinas, con una amplia ventana que mira al sol. Sentado en un cómodo sillón, junto á una mesa cubierta de periódicos, dejo vagar la vista por los muros claros, sobre los cuales resaltan algunas buenas telas. Pero Canalejas no se hace esperar. Apenas he podido darme cuenta del sitio en que estoy, cuando aparece con la mano extendida y la sonrisa entre los labios.

De regular estatura, sólido, ágil, con la sonrisa envolvente que le ilumina la barba en punta y los ojos vivos, con la locuacidad afable y feliz que le hace adivinar las preguntas para evitarlas, Canalejas realiza el tipo del parlamentario sereno y temible, que aprovecha todas las ventajas y se sirve de todos los medios para llegar á su fin. Su sinceridad de superficie es agradable y simpática, hasta en el esfuerzo que hace á menudo para esconder la reserva. Tiene sinuosidades de carácter y baches interiores, pero todo ello está cubierto por el musgo fresco de una fisonomía invariablemente afectuosa. Habla sin interrumpirse, no por verbosidad enfermiza, sino por cálculo, para no abandonar el timón de la amistosa charla y poder evitar las desviaciones. Pero su monólogo es agradable como una música. De su ambición sólo

puedo decir que el ex ministro desaría volver á serlo. (Es una debilidad muy humana). De su energía sé muy poco, porque los hombres como él parecen inofensivos hasta cuando derriban. (Condición de triunfo). De su lealtad de partidario, creo poder decir que hasta ahora ha sido consecuente consigo mismo. (El desinterés es una forma de la ambición). ¿Cómo hacer entonces para dar en dos líneas la silueta moral del diputado demócrata? Yo le compararía con un unctuoso y beatífico misionero que entra en país enemigo repartiendo bendiciones para poder sacar planes y preparar el camino á la invasión de la cual es una avanzada. Eso en cuanto á sus tendencias.

En lo que respecta á su carácter, declaro que es un espejo en el que cada cual cree que existe su propia imagen. Canalejas tiene la sabiduría de no saber contradecir. Para todos trae una condescendencia que se deslíe en una digresión oportuna. Si le llevamos un militar, un anarquista y un obispo, los tres saldrán encantados de la visita. Pero ninguno sabrá decir exactamente lo que ha oído. Son frases que al nacer parecen llenas de promesas y que se desvanecen al fin sin dejarnos nada, porque están hechas de pedazos contradictorios que se equilibran y se anulan.

Así de nuestra entrevista. Cuando me despedí de Canalejas y me encontré en la acera, me acordé de que hubiera debido arrancarle una declaración sobre este punto, tantear su opinión sobre el otro, llevarle á disertar sobre lo de más allá y poner en ejecución aquél famoso plan de campa-

ña combinado entre dos cigarrillos. Pero ya era tarde. Y aunque hubiese vuelto sobre mis pasos, me hubiera ocurrido lo mismo. Los políticos han nacido para recibir muy amablemente á los periodistas y no decirles nada.

Lo que recuerdo es que Canalejas se sentó frente á mí en actitud familiar y resuelta, se interesó largamente por mi salud, me recitó sobre América dos hermosas páginas de geografía y, urgido por mis solicitaciones, puesto el pie del nuevo muro, pareció resolverse un instante á conversar de lo que me interesaba:

—Ya lo dije en mi prólogo al libro *El Instituto del trabajo* de Buyla, Posada y Morote—empezó. Aquí se hace sentir la necesidad de una reforma del impuesto de consumos, de una modificación del régimen de gobierno, y de una ley que determine el derecho de asociación en lo que respecta á las congregaciones religiosas y á los sindicatos obreros. Estimo que concertar entre el obrero y el que lo emplea una paz fundada en la justicia es el gran problema de nuestra época. El socialismo ha entrado en una faz evolutiva y hay que contemporizar prudentemente con él. Sin acoger utopías, ni soñar en suprimir de raiz todas las imperfecciones humanas, resta mucho que hacer en España y para hacerlo mucho que estudiar. Se me combatió en la Cámara diciendo que subvertía los fundamentos de la sociedad. Mi deseo de evitar los estragos que ocasionan los *latifundios* dió lugar á que se molestaran algunos colegas. Pero seguiré en mi propósito. Es indispensable redactar un programa mínimo, que constituya un límite

constante y progresivamente ampliable para la expansión de las nuevas tendencias.

Y aprovechando un descuido se me escurrió amablemente de entre las manos y me habló de Castelar, de Andalucía, de la guerra ruso-japonesa y del gran turco.

El sol entraba á chorros por la ventana, se quebraba en la alfombra roja, hacía relampaguear los cobres de la chimenea, y se diluía en polvo de oro en torno nuestro. A través de los vidrios se veía un jardín lleno de flores. Junto á mí, en la biblioteca de nogal, se destacaban los 45 tomos de una edición reciente de Voltaire y creo que, en un ángulo, el tomo de Maquiavelo. Tuve la sensación de que me sería imposible saber más... Por eso me levanté, me despedí, y, al estrechar de nuevo aquella mano amistosa, agradecí al exministro la buena voluntad con que se había prestado á conversar de todo lo que me era indiferente. Pero lamenté su laconismo sobre aquello que nos interesa á todos.

BENITO PÉREZ GALDÓS

La primera vez que le vi fué en el vestíbulo del teatro Español. Estaba en un grupo con Manuel Bueno y con Francisco Ycaza. Me presentaron. Pero quiso la mala suerte que así que cambiamos un saludo sonase la campanilla del entreacto, se desencadenase en los pasillos el atropello de los espectadores y todos volviésemos, llevados casi por los grupos, á ocupar nuestros asientos, diseminados en los cuatro extremos de la sala.

La segunda vez fué en la casa editorial de la calle de Hortaleza, donde el sobrino del Sr. Galdós hace maravillas como editor inteligente. Al entrar tuvimos la sensación de hallarnos en país anglosajón. Todo desmiente allí las características de la ciudad parsimoniosa y descuidada. Aquello huele á actividad, á decisión, á fuego, á vida moderna... Sobre el conjunto animado pasea su serenidad el administrador, un hombre alto y robusto que sonríe bajo su gorra de viaje, como un inglés

que mezclara á su corrección la afabilidad de un latino.

Galdós estaba en su gabinete; me recibió con esa buena franqueza de los que tienen conciencia de su propio valer y no necesitan improvisarse una superioridad con vanas fórmulas protocolares. Nada más llano y más afectuoso que su apretón de manos. Y nada más sencillo que su conversación, que se hace familiar gradualmente, hasta acabar en charla de amigo. No cedió á la debilidad de deslumbrarme con frases preparadas de antemano. No se libró á disertaciones doctas. Habló de América, de la literatura, de París, de todo, con interés, con modestia y con sinceridad. Sus palabras parecían tender á hacer olvidar al literato. Era un compañero que emitía opiniones y hacía preguntas ingenuamente, sin cuidarse del efecto que podían producir. Y en esa *camaraderie*, en ese abandono, no había la *pose* que hemos notado en otros hombres célebres, sino el deseo de ser verdaderamente humano.

Porque en el fondo de su alma, Galdós es un hombre tímido. Tiene el renombre, la salud y la fuerza, pero le falta esa seguridad de actitud que tantos otros que valen menos ostentan en todas partes. Se siente un tanto cohibido en público. Y esa es una de las distintivas de los grandes.

Los españoles son generalmente entusiastas y amigos de la paradoja. Pero Galdós desmiente esas enfermedades de la raza. Es hombre metódico, calculador, y amigo de la exactitud. Prefiere la verdad á la fantasía. De ahí que su conversación lleve una marcha ordenada y lógica, sin esos

saltos excéntricos al propio tiempo absurdos y brillantes que son una de las características de la tierra. Prefiere la verdad modesta al sofisma resplandeciente. Es un ejemplo de honradez intelectual. Y como entramos en épocas en que la literatura tiene que dejar de ser una habilidad clownesca para convertirse en verbo de la colectividad, esa tendencia, que algunos le reprochan, resulta ser para nosotros su mejor mérito.

En cuanto se refiere á ideas generales, Galdós es uno de los hombres avanzados de España. Librepensador y demócrata, toda su obra tiene no sé qué fermento de humanidad en gestación. Es uno de los pocos españoles que no se entregan á la cómoda somnolencia del escepticismo. Cree en la posibilidad de reformar el medio, cree en la eficacia de la acción. Y, alto, vigoroso, de cerebro sano, tiene el aspecto de lo que es: un trabajador infatigable y sonriente. Escribe una novela en el tiempo en que otros amasan penosamente un artículo. Todos los años lanza sus dos volúmenes. Tiene en suspenso la atención de todo un público. Y sus obras, traducidas al francés, al alemán, al inglés, al noruego, y á casi todas las lenguas, son las que más han hecho valer en el extranjero la intelectualidad de España. Porque Galdós es uno de los pocos que exteriorizan una tendencia universal en este país ensimismado y engreído, donde casi todos se contentan con celebridades de provincia.

Como todo gran trabajador, tiene un corazón sensible. He oído varias anécdotas que pintan su carácter. Entre otras la siguiente: Al pasar por

una calle de la ciudad de Santander, donde habita en verano, notó Galdós que ante los escaparates de un bazar se estacionaba un niño harapiento que miraba los juguetes con envidia. El rapaz tenia los ojos fijos en un pequeño caballo de madera que por lo flaco y mal entrazado parecía un remedo de Rocinante. Galdós entró al bazar y á los pocos minutos salió con uno espléndido, de crines bien peinadas.—«Tómalo,—le dijo al pobre muchacho que no se había movido del escaparate.—¿verdad que es mucho más hermoso que el que codiciabas?... pero, aquí tienes también el pequeño—(y extrajo de su bolsillo al mal entrazado Rocinante)—... con él,—continuó,—obsequiarás á otro más desgraciado que tú. *Quiero que tu felicidad sea completa.*»

JUAN VALERA

La silueta es de un gran señor, de un gentil hombre de las letras. Desde que le ví sentí una afectuosa simpatía por ese hombre de cabello blanco y maneras afables que surgió de la media sombra de su gabinete con la mano extendida, como si el joven desconocido que acababa de entrar fuese ya un viejo amigo estimado.

En casa de Valera se respira una atmósfera de bienestar y de buen gusto.

Su franqueza me dió ánimo para hablarle de todo. Conversamos de la lengua española; del francesismo, de la Academia, de las libertades de lenguaje que nos tomamos en América, y el viejo conservador de las letras, el legendario cancerbero del estilo, no me pareció tan intratable como algunos se complacen en afirmar. Antes bien, convino en que los idiomas deben transformarse y buscar sangre nueva, y aprobó algunas de las innovaciones que los sur-americanos, inquietos y

ávidos de precisión y de exactitud en el estilo, comienza á difundir y á hacer entrar en el castellano. Condenó la inútil manía reformista que lleva á algunos á usar voces extranjeras ó bárbaras cuando en la propia lengua existen equivalentes. Pero toda idea que no alcanza traducción inmediata, todo objeto que no encuentra representación formal en un modismo del país, tiene derecho á la vida y por lo tanto á buscar fuera de las fronteras la palabra que debe representarlo y hacerlo tangible ante la multitud. No se puede exigir que las ideas mueran por patriotismo, ó se suiciden porque no encuentran puerta de cliché abierta en el diccionario. Valera aprobó la manera de ver de los reformadores. Hizo naturalmente sus reservas, formuló sus distingos, porque la Academia que es un museo y no un taller de porvenir, impone á sus fieles el deber de ser reservados.

Sin embargo, confieso que nunca imaginé que Don Juan Valera, cuya reputacion de escritor castizo le perjudica tanto en el Río de la Plata, se aventurase á hacer declaraciones tan revolucionarias y se mostrase tan liberal en lo que se refiere á reforma de lenguaje.

Y es que todo comienza à darse cuenta de lo que señalaba hace poco Unamuno en un notable artículo de *La España Moderna*. Es imposible seguir encerrando los pensamientos en los calabozos arcaicos. La atmósfera de la lengua castellana ha acabado por hacerse irrespirable. Si queremos seguir evolucionando dentro de ella, traduciendo las palpitaciones de la vida, (no repitiendo viejas fórmulas y coreando frases clásicas), fuerza es

abrir ventanas de trasformacion y remover el fondo de la lengua al mismo tiempo que le añadimos nueva savia.

Don Juan Valera me dió la sensación de un hombre moderno, que no es más moderno todavía porque se lo impide el medio en que vive. Pero en el fondo de sus ironías delicadas, en la médula de sus frases agradables y sonrientes, se nota una naturaleza emancipada que lucha por hacer entrar en la vida parte de lo que borbolla en su espíritu enamorado de la belleza.

La modestia negligente y sencilla con que Valera conversa de sus obras, de toda su labor de tantos años, es una de las más bellas prendas de su carácter. Su sonrisa tiene algo de Anatole France y mucho de Beaumarchais.

Si quisiéramos establecer antinomias, diríamos que Valera es todo lo contrario de Echegaray. La tragedia no encuentra eco en ese corazón bien educado, en esa alma mundana y de buen tono de filósofo incrédulo, que asiste á la vida con curiosidades de *amateur*.

A pesar de su casticismo y de cierto apego involuntario á las opiniones del país, apego que es una de las formas en que se manifiesta la tiranía del medio, Valera es uno de los escritores españoles en que más se nota la influencia francesa. La delicadeza y á veces el preciosismo de sus frases cortas y elegantes, el diletantismo que se advierte en sus procedimientos para estudiar las cosas del alma, y la falta de emoción real, la ausencia del entusiasmo y de fuego en sus períodos, asignan á este gran escritor español un puesto aparte en la

literatura de su país, donde todo tiene el desborde, la abundancia, y la vegetación de los trópicos.

Por eso es que al estrecharle la mano en la media luz del salón sencillo y sobrio donde todo nos habla al espíritu como si las cosas tuvieran cara, sentí por Don Juan Valera esa profunda simpatía que nace de las analogías de sentimiento, de preferencia, de concepción general. Porque en la prosa impecable del autor de *Pepita Jiménez* hay mucho de lo que perseguimos en América: la concisión en el estilo, la exactitud de color, la precisión, la sencillez y la verdad. Lo único que podemos reprocharle es la superficialidad de su obra, la falta de doctrina central. Pero ese mal proviene más de la época que del hombre. Valera nació en tiempos en que la bandera era «el arte por el arte». Hoy buscamos el arte por la verdad. El vivió en el siglo de los artistas. Hoy entramos en el de los apóstoles. Pero la belleza es inmortal.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Rara vez se encuentran reunidas en un solo hombre la sensibilidad exquisita del artista y el ancho gesto del orador popular. Parece que lo que se gana en delicadeza de percepción se pierde en energía y en carácter. Los grandes filósofos, novelistas y poetas, que nos encantan y nos seducen con sus creaciones, han sido casi siempre incapaces de coordinar en público dos palabras. En cambio, los oradores poderosos que arrebatan á las multitudes, carecen por lo común de la sentimentalidad indispensable para hacer arte escrito. Parece que sea el hombre como una balanza. Ganar en un sentido es perder en otro. Ser á la vez filósofo y caudillo, poeta y hombre de Estado, teórico y ejecutor, resulta casi imposible. De ahí el asombro, la estimación y el cariño que nos inspira la figura de Vicente Blasco Ibáñez. En él se reúne todo. Novelista, polemista, tribuno, hombre de acción, con el libro, con el periódico, con la palabra

y con el gesto, es un gran distribuidor de belleza, de razón, de entusiasmo y de justicia. Es el hombre integral, tal cual lo concebimos en nuestra imaginación.

Algunos le reprochan esa universalidad de espíritu. Acostumbrados á los hombres monocordes, especialistas y fragmentarios que no tienen mas que una función y un gesto, les sorprende que puedan coexistir en un mismo individuo tantas y tan diferentes aptitudes. No sospechan que en la sociedad de mañana, cuando consigamos desarrollar libremente toda nuestra actividad y vivir á plenos pulmones, esto que hoy resulta excepción, será, con mayor ó menor intensidad, la regla. Confinarse en un sólo género de labor es vivir parcialmente. El sér humano debe tener el espíritu siempre despierto, interesarse por todo, opinar sobre lo que le circunda, sentir, ver, comprender, amar la naturaleza entera y expresar su pensamiento, su sensibilidad ó su pasión en las formas que le parezcan pertinentes, haciendo flotar en todo sitio y circunstancia el pabellón de su personalidad.

Blasco Ibáñez, llevado por su carácter altruista ha distribuído sus riquezas intelectuales á todos los vientos, ha dejado su huella en todas partes, ha entrado y ha salido por todas las puertas de la vida.

La extrema movilidad de su carácter y su inquietud de espíritu le dan una facilidad de improvisación que deslumbra.

Escribe como nosotros conversamos. De ahí la frescura y el encanto de esas páginas inolvidables

de *La Barraca*. De ahí la fraternidad, la *camaraderie* que se establece en seguida entre el lector y el autor. Parece que se nos estuviera contando una historia entre dos cigarrillos ante la mesa del café. Y en estos tiempos en que el hombre, libertado de los esnobismos torpes, vuelve á la sinceridad y á la naturaleza, esa franca y comunicativa claridad es el mejor mérito.

Batido por las tempestades, Blasco Ibáñez ha sabido, como los peñascos de la costa, resistir á todo y á todos. Las olas han pasado sobre él, le han cubierto un instante, se han ensañado y han vuelto cien veces, pero no han podido conmover el bloque poderoso. Cuando ha llegado el caso se ha expuesto personalmente. Y la casualidad, que ayuda á los buenos, le ha hecho saltar por sobre todos los peligros.

Maravilla y seduce ese carácter adaptable á las más diversas circunstancias de la vida y, sobre todo, el empleo que de él ha hecho Blasco Ibáñez. Lejos de ponerse al servicio del poder y de sacar ventajas de su posición, ha marchado resueltamente contra la injusticia, sin contemporizaciones, con el vigor y el entusiasmo de los justos. Sus campañas vibrantes, sus afirmaciones claras, su acción resuelta, han popularizado su nombre. En Valencia, su ciudad natal, se ha convertido en atmósfera. Lo respiramos y lo sentimos en las calles, en las casas, en la población toda. Parece que sea como el alma colectiva, y que en él se reúna la síntesis de los deseos y las aspiraciones generales.

En un teatro de Madrid asistí una noche á una

fiesta dada en honor del novelista de *La Catedral*. Fuí como escritor, y quizá como partidario, porque aunque mis convicciones socialistas me llevan mas allá del programa de Blasco Ibáñez, simpatizo naturalmente más con los librepensadores amigos de las reformas obreras, que con los reaccionarios clericales. Decir, como algunos principistas hoscos, que todos los partidos burgueses son igualmente enemigos del socialismo, es encerrarse en un capricho infantil. ¿Cómo ha de ser igualmente adversario el que nos da la libertad de propaganda que el que nos la niega; el que exige rudas leyes restrictivas, que el que acepta nuestro programa mínimo de reformas? El caso es que fuí á la velada, como escritor y como simpatizante. Y en el teatro ahogado de gente, donde no quedaba lugar ni para un hombre más, sentí ese mareo del espíritu que se llama «el entusiasmo». La palabra sobria de Menéndez Pallarés, las metáforas de fuego de Dicenta y la voz caliente y arrebatadora de Lerroux diseñaban como dedos de escultor en el inmenso hueco de la sala una gran estatua moral de líneas llenas que crecía, cobraba amplitud, y parecía romper el techo con la frente. Entonces ví á Blasco Ibáñez en su verdadera estatura.

SALVADOR RUEDA

La víspera del estreno de *La Musa* entré al Museo de Reproducciones, atravesé las galerías largas y desiertas atestadas de excelentes copias de cuanto nos maravilla en los museos de Italia y Francia, y empujé una puerta obscura y alta sobre la cual hay una placa de bronce que dice «*Dirección*».

Salvador Rueda estaba sentado ante su mesa de trabajo.

Es un hombre pequeño, afable y nervioso que se levanta de su asiento, nos estrecha las dos manos y nos hace mil preguntas sobre la vida intelectual sur-americana. Su conversación llena de color y de brío salta de un asunto á otro, mostrando una brillantez vertiginosa. La savia andaluza se le escapa al poeta en giros imprevistos y en imágenes nuevas que sus dos manos impacientes de gesticulador meridional parecen estar amasando y modelando en yeso. Me contó el ar-

gumento de la obra dramática suya que María Guerrero debía poner en escena veinticuatro horas más tarde. Me confesó ingenuamente sus temores y su desconfianza ante un público donde tiene innumerables amigos pero donde cuenta también algunos adversarios. Y después de una hora de remover recuerdos y esperanzas, salimos del Museo y bajamos por la calle de Felipe IV hacia la fuente de Neptuno, él envuelto en su capa española, yo arrebujado en mi abrigo, porque soplaba un viento invernal...

Cuando nos separamos, me alejé pensando en el carácter á la vez vigoroso é infantil de aquel hombre franco que en el dintel de un éxito vacilaba y confesaba su vacilación...

...La noche del estreno, el teatro está atestado de gente. En los pasillos se codean todas las notabilidades de Madrid. Y en la atmósfera de espectativa se cruzan las predicciones más contradictorias. Unos vaticinan un éxito, otros temen un fracaso. Pero nadie sabe decir dónde está Rueda. Sus amigos más íntimos le buscan inútilmente.

Por una casualidad feliz mi vecino de butaca es Ramón del Valle Inclán, un hombre flaco y expresivo, de palabra agradable y de inteligencia ardiente, que se apasiona por todo, adora el arte, amontona paradojas, y es quizá el primer cuentista de España. Le felicito por su triunfo en el concurso de *El Liberal* y conversamos.

Pero se levanta el telón, se produce en el público ese rumor de espectativa entrecortado por toses, que es uno de los rasgos característicos de

los teatros de Madrid y toda nuestra atención se reconcentra en la escena. *La Musa* se apodera del público desde el primer cuadro. Hay allí una frescura, un color, una atmósfera de ideal que inunda la sala y marea á todos. El cielo, los horizontes, las viñas, los rústicos, la gitana, los canarios y, sobre todo, esa gran mariposa blanca que se llama María Guerrero, nos hacen olvidar que estamos en el teatro y nos mienten un hermoso domingo lleno de ilusión y de sol al borde del mar con el corazón lleno de rosas. No son las palabras las que nos conmueven, sino el secreto perfume que emana de la verdad y la sinceridad del medio y de las situaciones. El aplauso estalla desde la segunda escena. Y, terminado el acto, todos se precipitan al saloncillo del primer piso donde debe estar el autor.

El espectáculo que se nos ofrece al entrar es inolvidable. En medio de un gran grupo de hombres que se empujan y se arremolinan, gesticula Rueda con la cara muy colorada y los ojos vidriosos, agradeciendo con palabras entrecortadas las enhorabuenas con que le saludan todos, en esa confusión vibrante y conmovedora de los éxitos. El poeta está emocionado como un niño. Y el grupo, que se renueva á cada instante, que se agranda con los que van llegando, le lleva y le trae como una gran ola de simpatía cuya espuma son las manos que se extienden por encima de los hombros de los demás.

En un ángulo del salón, un amigo me describe la alegría de Rueda al convencerse del éxito. Cuando se desencadenaron los aplausos y se le

llamó por primera vez á la escena, se libró á una alegría desbordante. Todos los poetas tienen un alma de niño. Y Rueda echó á correr ingenuamente como un colegial por entre las bambalinas, lanzando en alto su sombrero, dando voces y abrazando á todos.

Los dos actos que siguieron confirmaron la victoria. El éxito fué definitivo. Y al día siguiente, cuando nos encontramos, Salvador Rueda dió libre salida á su verbosidad... Estaba satisfecho. Preparaba dos obras más. El teatro era el porvenir, el teatro era la vida. Era necesario «dar baños de belleza al público», hacerle aspirar todo el perfume de la naturaleza. Había que luchar por hacer sentir. Era un deber de todos. «Las montañas, el sol, el mar, las vendimias, el viento, las nubes blancas, el hálito de la creación»... Y cuando se fué, me pareció que se iba con él el alma de Andalucía.

ANTONIO DE VALBUENA

Una tarde, al pasar por la calle del Príncipe, frente á la Comedia, tuve la sorpresa más grande entre las posibles. El amigo que me acompañaba me apretó el brazo, me obligó á detenerme y señalándome un hombre pesado y vulgar que fumaba su cigarrillo ante el escaparate de una librería, «ahí le tiene usted—me dijo,—ese es Valbuena». Creí haber oido mal. No era posible que un escritor serio como mi amigo tomase en cuenta al zapatero remendón de la gramática. «Aquel—continuó, insistiendo—el que lleva la bufanda azul». Entonces no pude contenerme. «¿Pero usted cree que el señor Valbuena tiene algo que ver con la literatura?, le dije». Y no volvimos á hablar más del autor de los *Ripios*.

Pero por las conversaciones tenidas con otras personas y por la lectura de los periódicos he venido á caer después en la cuenta de que el se-

ñor Valbuena es casi una personalidad en Madrid. ¿Cómo negarle entonces cuatro líneas?

El señor Valbuena usufructúa desde hace muchos años el género chico de la crítica, y hace bien. Cada cual entiende el arte según su temperamento, y no es juicioso exigir de Sancho palabras de Don Quijote. Empuñar la espada de combate, requerir la rodela, salir al campo y retarle á duelo, sería librarse á una heroicidad de gatomaquia. No está mal que respondamos á los ataques como se retribuye un saludo, pero nos está mejor callar lo personal y conversar de los procedimientos.

Como todo lo malo hace escuela, no ha podido faltar un desocupado travieso y goloso de juegos infantiles que haya detenido al señor Valbuena en mitad de la calle ó de un párrafo para gritarle, combatiéndole con sus mismas armas: No se dice, «Doña Emilia se conoce que había oído que la garduña persigue á las gallinas...» (pág. 183 de Destrozos) sino, «se conoce que doña Emilia... etc....» porque tal trasposición nos autorizaría á escribir: «garbanzos parece que comeremos» en vez de «parece que comeremos garbanzos». Pero ningún hombre sensato consentirá en descender á tales nimiedades. Nada es más fácil que coger un libro y hacer pajaritas de papel con los capítulos, siempre que el operador disponga de la malevolencia necesaria. El hecho de que el señor Valbuena caiga á menudo en los mismos errores de que se burla, no nos autoriza á seguir su ejemplo y á criticarle con su crítica. Ni tenemos vocación de «valientes literarios», ni

aspiramos á multiplicar ediciones. Además, los fabricantes de crítica menuda nos hacen el efecto de mujeres feas y mal ataviadas que se consuelan de su humillación aprovechando el entrevero para arrojar vitriolo sobre los trajes de las otras.

Nada más grotesco que esos bravucones de la literatura que así que adivinan un recién llegado escupen por el colmillo, se calan la gorra, se restregan las manos y dicen volviéndose hacia sus compañeros de taberna: «Ya vais á ver cómo le pongo». Algunos afirman que semejante actitud no es más que un medio de ganarse la vida... ¿Por qué no imprimir entonces en las primeras páginas del libro que todas las necedades que contiene han sido escritas por orden de un tercero que las paga y quiere que se le sirva á su antojo?

Pero seamos justos. Nunca he podido creer que el verdadero criterio literario del señor Valbuena sea el que exterioriza en sus obras. A pesar de cuanto me han dicho, me he negado á admitir que un hombre que sabe gramática y un poco de literatura sea capaz de escribir en serio tales ingenuidades. Lo hace por la cuenta que le tiene, como otros fabrican ó manipulan cosas que huelen mal. Y en vez de enfadarse con él, hay que compadecerle.

Cuando el señor Valbuena entra á su despacho y contempla, alineados en las estanterías, los volúmenes que han nacido de su pluma, debe experimentar una tristeza mortal. *Ripios aristocráticos*, *Ripios académicos*, *Ripios vulgares*, *Ripios ultramarinos*, *Agridulces*,... ¡Cuántas pági-

nas en blanco! Á los cincuenta años, cuando todo escritor ha cultivado su pequeño jardín, el señor Valbuena no ha hecho más que arrojar piedras al de los vecinos. Las dos ó tres veces que ha intentado una novela, lo ha hecho con tan mala suerte, que se han reído hasta las estatuas. En cada una de esas excursiones ha recogido un desengaño. Y ahogado por el despecho, ofendido por el fracaso ruidoso, ha reanudado cada vez con más proligidad su lamentable labor de monomaníaco. Si no podemos crear, ha debido decirse, tratemos por lo menos de destruir. Pero, hasta para destruir es necesario tener talento. Y la empresa demoledora del señor Valbuena es, hasta el día de hoy, otra tentativa frustrada. Todas sus «víctimas» gozan de excelente salud. Es más. Parece que el ataque tiene la virtud de redorar las reputaciones literarias más comprometidas. «Dime quién te critica y te diré cuánto vales». Más de un poeta fósil de América ha sido salvado de un naufragio por el autor de los *Ripios*. Cuando el señor Valbuena cree arrojar un obús, arroja un salvavidas. Quizá es un filántropo que obra así deliberadamente, con el fin de provocar una reacción en el público y dar realce á las obras de todos los escritores. Pero de todos modos, resulta una personalidad curiosa que se relaciona con la literatura, aunque no está dentro de ella.

Tosco, ceñudo y pueril, trágico á fuerza de ser cómico, como un médico de Molière ó un personaje de Marc Twain, le veo pasar por mi imaginación, desmenelado y heroico, á caballo sobre una tortuga, por los caminos de la gramática, ejerciendo

de general salvador y difundiendo el espanto entre los participios. Y la épica evocación de esa figura digna de ser inmortal, me hace sospechar los abismos ue la suficiencia vanidosa que es la ópera bufa del alma.

VICENTE MEDINA

No se puede decir que los poetas son precisamente populares en este principio de siglo. Lo fueron en Grecia, en Roma, y en la India, en tiempos en que vibraron al unísono del alma nacional y tradujeron las palpitaciones de su época. Pero después cayeron en la inmovilidad y no vieron que los siglos se iban alejando paulatinamente de ellos y dejándolos solos en medio del pasado. Con pretextos que escondían mal su pereza y sus prejuicios, siguieron hablándonos de todo lo que no nos interesaba (mitología, ascetismo, heráldica),... Haciendo excepción de Hugo, que está fuera de toda clasificación, y de una media docena de dioses mayores que le acompañan, le siguen ó le preceden, se puede decir que el parnaso universal es un amontonamiento de mediocres que no han traducido nada, que no han sugerido nada, y que se han pasado la existencia hinchando metáforas artificiales y combinando mosaicos

con las rimas. Sus pobres vidas estériles, se han agotado sin dejar nada que merezca un recuerdo. Las estrofas glaciales combinadas pacientemente en el sonambulismo de sus vidas monótonas, agonizan lamentablemente, llenas de polvo en las estanterías de las bibliotecas de donde nadie piensa en retirarlas. «Justo castigo á su perversidad», como dice el fabulista. Porque si en vez de reeditar actitudes de museo y de obstinarse en exhumaciones pueriles, se hubieran librado ingenuamente á los caprichos del corazón, la humanidad les pertenecería. Todas las generaciones, todos los pueblos han esperado con ansiedad un poeta que traduzca la mentalidad de su tiempo y haga vivir en la frase lo que borbollean las fibras de la colectividad. Pero pocas veces han tenido la dicha de encontrarlo. Y su espíritu ha llorado sin expresión, ha muerto sin dejar retrato... Porque hay pensamientos colectivos que se extinguen en el misterio, como flores que el tiempo mata, sin que nadie las haya visto.

Murcia ha encontrado su poeta y ese poeta es Vicente Medina. No hay arte nuevo sin alma nueva, y toda alma diferente busca una forma diferente para manifestarse. De ahí que los versos de Medina no pertenezcan á ningún género definido. No son los productos de un jardín inglés, donde la naturaleza militarizada obedece á la voz de mando del agricultor, sino de una amable huerta «á la antigua» donde todo crece al azar, bajo el cielo acribillado de estrellas. Ese carácter selvático es su mejor mérito. Son poemas unas veces en prosa, otras en verso. Son al propio tiempo tristes y agra-

dables. Llevan no sé qué lágrimas que gotean entre las líneas de los párrafos. «Me he asomado—dice Medina al final de un cuento—y he visto la madre y la niña muertas y tendidas en el puro suelo... el niño abrazado á la madre y llamándola con dulce balido: *¡Mamaíta!... ¡Mamaíta!...* el padre con la cabeza hundida entre las manos, sin removerse á nada... como si fatalmente, así, en aquel estado de desesperación infinita hubieren de estar todos siempre». Son párrafos que dejan un escalofrio en el alma, porque son reales, porque retratan miserias que todos hemos hallado alguna vez á nuestro paso. Y en todo cuanto ha escrito este poeta popular, hay la misma emoción intensa.

Le cabe la gloria de ser el verbo de una región. Retrata el alma de su provincia y expresa en palabras de oro las ideas y los sufrimientos de esas buenas gentes murcianas que me decían cuando pregunté por él al llegar á Cartagena:—«¿Don Vicente Medina? ¡Vaya si le conocemos! Todo cuanto escribe lo llevamos nosotros en el corazón. Adivina lo que sentimos. *Paese* que nos hubiera creado»... Los que mañana quieran conocer la mentalidad del pueblo de Murcia tendrán que leer los *Aires*, la *Canción* y cuanto ha escrito este hombre sencillo que, como Mistral, ha renunciado á fáciles generalizaciones y ha cavado tan hondo, tan hondo en su pequeño jardín, que ha llegado hasta las raíces mismas de la vida. Tiene para mí condiciones inapreciables. Ha comprendido que para ejercer alguna influencia en nuestro siglo, es necesario ser sincero y natural, que cada día que

pasa nos aleja más de lo artificioso y que en el más modesto rincón del mundo se puede ser grande y hacer bien. Esos tres méritos valen un pedestal y una corona.

JOAQUÍN DICENTA

En el vestíbulo de la Comedia, una noche de estreno.

Yo conversaba con Nuñez de Arce y escuchaba con respetuosa atención las palabras inseguras del viejo poeta de las décimas sonoras, herido por la enfermedad que le llevó pocos meses después á la tumba.

A nuestro lado, en un grupo donde discutía Ruiz y Contreras, entonces director de *La Revista de Arte Dramático*, estaba un hombre de regular estatura, ojos vivos, bigote negro y ademán afable que alguien designó con un nombre célebre: Joaquín Dicenta.

Me produjo la impresión de un alma vigorosa y franca. Aquel escritor sencillo, de mirada leal y traje de luto, que dejaba decir á los demás, que sonreía con cierta tristeza lejana, que veía pasar á todos como desde las alturas de un alma serena, despertó en mí una simpatía inmediata.

Ruiz y Contreras me llamó para presentarme y ya me había despedido yo del autor de *El Vértigo*, cuando un grupo de amigos tumultuosos y locuaces rodeó á Dicenta y le arrancó de allí entre una vegetación tropical de gesticulaciones. Quedamos en que la presentación se haría en el entreacto siguiente. Pero le buscamos sin éxito. Dicenta había desaparecido envuelto en aquella ola que le arrastró quizá fuera del teatro.

Pocos meses después, estaba yo en América y leí transcrito en un diario local un artículo de Dicenta sobre un libro mío *La novela de las horas y de los días* que acababa de publicar el editor Garnier, de París. Dicenta desentrañaba la moral revolucionaria de la obrilla, ponía en evidencia su espíritu avanzado y afirmaba una vez más sus convicciones de amigo de los tristes. Era una de esas crónicas brillantes y sustanciosas que llevan á veces como oro líquido las columnas de *El Liberal*.

Esta inmerecida bondad me hizo pensar en cierta *Silueta* de Dicenta que yo había publicado un mes antes en un diario de Montevideo. La coincidencia era curiosa. No habíamos conversado nunca y nos habiamos recordado al mismo tiempo. La silueta decía así:

«Es el poeta épico de la miseria. Ha vivido en la atmósfera del arrabal, ha visto las escenas lúgubres de las guardillas y las tabernas, ha sentido el estremecimiento de dolor y de cólera de los vencidos y los desterrados. Cuando la multitud se arremolina ó se agrieta agotada por huracanes de pensamientos; cuando en las noches heladas vemos una mujer infeliz que apura la labor empuja-

da por el hambre, cuando los niños pálidos nos piden pan en las encrucijadas ó á la puerta de las iglesias, todos sentimos un relámpago de bondad y de ternura dentro del alma. Pero pasado ese instante, muy pocos sueñan en cuajar la sensación, en transmitir el sacudimiento á los demás hombres, en enternecer, en lanzarse á la lucha y en esgrimir la lágrima como piqueta demoledora. Dicenta ha comprendido la necesidad de dar voz á los que no la tienen y se ha convertido en verbo de las mayorías angustiadas. Su prosa ostenta todo el color, la vivacidad y el fuego de los suburbios populosos de casas viejas y calles empinadas donde los hombres se amontonan, beben, juran, se agitan y tienen pasiones hoscas ceñidos por la ignorancia y por el hambre. En sus obras, como en el fondo del mar y de la plebe, borbollea una confusión de cosas contradictorias, primitivas, tiernas, ásperas, ingenuas, feroces, un desborde de vida real que subyuga al lector y le entusiasma. De la frase elástica y tendida salta siempre el pensamiento como una flecha Sus concepciones brillan, no se sabe si como navajas ó como rayos de luna, sobre la sombra de la vida. Ceñudo unas veces, otras fraternal como un niño, tiene siempre la fuerza y la bondad; en una mano la tea y en la otra el ramo de rosas. Y es, para las muchedumbres, el amigo y el educador, el compañero y el guía».

LA LITERATURA

España es un país contradictorio, de espíritu incierto, donde se entrechocan muchos antagonismos y se mezclan muchas cosas. Los que se lo imaginan en el extranjero como un torreón medioeval, cerrado á todas las manifestaciones del alma moderna, caen en un error lamentable. No es posible que, en este comienzo de siglo en que asistimos á una colosal ebullición de pensamiento, exista un país que se sustraiga á todo y se enclaustre en sus viejas ideas tradicionales. Aunque esa región estuviera gobernada por un tirano que castigara de muerte toda tentativa de pensamiento actual, y aunque levantara en sus fronteras grandes murallas de muerte donde acabaran los ferrocarriles y el telégrafo y por sobre las cuales fuera imposible arrojar una sola hoja de papel impreso, el pensamiento del día, la atmósfera contemporánea, acabarían por entrar. Las ideas se infiltran por todas partes. Demás está decir que no es el

caso de España donde se traduce y se lee todo lo bueno que se produce en el extranjero, como lo prueban las traducciones de Buisson, Carlyle, Engels, Finot, Garófalo, Grave, Kropotkine, Lombroso, Mommsen, Nietzsche, Rouskin, Tarde, etcétera...

Lo que es indiscutible, es la vetustez de España como representación nacional, como fisonomía colectiva. Su acción como grupo político distinto está casi siempre en contradicción con la época. Pero ese hecho no prueba que toda la nación sea retardataria, sino que su gobierno está en manos de gentes que lo son. En España, como en todas las regiones del mundo, hay dos mentalidades antagónicas: la que se inspira en el pasado y la que tiende hacia el porvenir. La primera es mucho más fuerte que la segunda. Es la que monopoliza la dirección de los asuntos generales, la que impone su sello á todo, la que sintetiza ante el extranjero el alma del país. Pero frente á esa fuerza que es aquí más poderosa que en cualquier comarca de Europa, se alza toda una España nueva, vivaz, contemporánea, que no todos han visto, porque en nuestras opiniones sobre el extranjero hacemos siempre prueba de más docilidad que independencia. Cada país se materializa ante nuestros ojos en una figura de rasgos simples y gruesos, sin detalles y sin matiz, que creemos que lo representa todo, y que en realidad solo exterioriza una parte de su ser. Son visiones clásicas que nos vienen á la memoria así que evocamos el nombre y que nos llenan todo el pensamiento con su paisaje convencional. Pero salvando esa pri-

mera capa superficial y metiéndonos en el corazón mismo de España, encontramos que el pensamiento europeo tiene allí representantes de valer como Altamira, Ganivet, Dorado, Salillas, Posada, Sanz y Escartín, Buylla, Unamuno y entre los muy jóvenes toda una legión brillante y animosa. La concepción social que ese grupo representa está naturalmente en pugna con lo que existe y no se transparenta en los discursos oficiales, ni en las notas de cancillería. Es «otra España» que casi no se conoce en Europa. Y esa España, digan lo que digan l s españoles apegados al casticismo y á la vieja manera de ver, está bajo la influencia directa del pensamiento francés.

El «casticismo» ó para ser más exacto, el «academicismo», es sólo una manifestación de la enfermedad que roe á España, porque, si bien se mira, el apego á los viejos procedimientos literarios y á la antigua manera de expresión sólo es una forma del espíritu conservador. La lengua está desde hace algún tiempo estancada, inmóvil; no evoluciona con la época y se anemia más y más todos los días. Se van borrando palabras por desuso y no se reponen. El idioma resulta ser como un jarro que pierde el agua por las rajaduras del tiempo, pero que no recupera la que pierde, porque nadie vierte agua nueva en él. De suerte que si alguien no lo remedia llegará un instante en que será tan pobre, que tendremos que hablar como ciertas tribus salvajes con *clichés* aproximativos. El purismo hace tales estragos, que un español deja á menudo de decir una idea, sacrifica un pensamiento, porque no encuentra en sus re-

cuerdos una fórmula clásica en que verterlo. Hay muchísimas ideas y objetos que no tienen palabras que los traduzcan con precisión y rapidez en español. *Boudoir*, *prélèvement*, *chalet*, *enhardir*, etc., carecen de equivalente. Muchas veces hay que dar un rodeo y emplear varias palabras para indicar una cosa que se dice en dos sílabas en francés ó en inglés. Otras hay que emplear expresiones absurdas como *mechero de gas* para designar el pico de luz de un sistema de alumbrado que ha hecho casualmente innecesaria la mecha. Para ser breves, muchos escritores jóvenes se han visto obligados á emplear palabras que no contiene el diccionario, como *bulevar*, etc. Porque, después de todo, no es lo propio que las ideas estén al servicio del lenguaje, sino el lenguaje al servicio de las ideas. Las lenguas, como las religiones,—decía el Sr. Unamuno en un artículo reciente, publicado en *La España Moderna*,—viven de herejías. El ortodoxismo lleva á la muerte por osificación; el heterodoxismo es fuente de la vida. Y en cuestión de lenguaje, una herejía se transforma muy pronto en ortodoxia». Este movimiento en el sentido de modernizar el castellano .se inspira en fuentes francesas. No todos quieren confesarlo en España, pero tal es la verdad. Abandonando la ceremoniosa y vaga verbosidad del castellano antiguo, empiezan algunos á ceder al reclamo de la época, tratando de dar un poco más de precisión y exactitud á sus frases. Los escritores hispano-americanos, cuya cultura es exclusivamente francesa, fueron los primeros en libertarse del purismo y comenzar la evolu-

ción. Algunos exageraron la tendencia y llevados por su deseo renovador, escribieron en un ridículo dialecto incomprensible. Pero el tiempo, que se encarga de poner todas las cosas en su lugar, ha corregido esos apasionamientos y ha reducido la tentativa á sus verdaderas proporciones. No faltan hoy en España, entre la juventud, los escritores concisos y brillantes que atienden más á la rapidez de expresión que á las tradiciones de la forma. Tienen la desventaja de no contentar á los meticulosos «hablistas» que se pasan la existencia haciendo *pastiches* de los retratos antiguos, pero tienen en cambio la ventaja de que el público los lea con interés. «Hemos procurado dar al castellano un avance progresivo en estos últimos quince años,—dice el Sr. Salvador Rueda en un notable estudio,—haciéndolo sanguíneo hasta la congestión, pictórico hasta hacerlo retratista, luminoso hasta el deslumbramiento, plástico hasta el relieve y alado cuando conviene hasta el punto de disolver en sí las ideas y darlas hechas música y tonos». Y este es el primer resultado de la influencia de la literatura francesa en España.

Como el francés es experimental y el español es especulativo, como el español no tiene vocación por la verdad, es ergotista y ama demasiado la paradoja, algunos concluyen que el genio francés no encuadra en la mentalidad española y que cabe mejor en ella el genio alemán, más místico y menos sometido á las ideas de Diderot. Nos parece que, en cierto modo, esta afirmación es errónea. Ante todo, España es más religiosa que mística; adora más las fórmulas que la esencia del

catolicismo. Y el cariño que profesa á esas fórmulas viene más de su costumbre que de su convicción. Hay que recordar que España es una nación que desde hace varios siglos viene viviendo de rentas. Lleva una vida ensimismada que hace que los efectos de una sensación se prolonguen en ella por muy largo tiempo. Esa supervivencia del rito no puede impedirla comprender y estimar el pensamiento francés. Su misma vida borrada la predispone para ello. Desde hace algún tiempo no nace allí ninguno de esos hombres verdaderamente célebres, que se ven desde todas partes. Quizá es á causa del estado social que divide á los ciudadanos en dos secciones, sin clases intermedias. En España no ha habido nunca burguesía, y la nación es una gran multitud dividida en dos bandos. Pero sea lo que fuere, no hay incompatibilidad entre el carácter español y la cultura francesa.

No hablemos de la región catalana donde las ideas, las costumbres y los procedimientos franceses ejercen una influencia decisiva. Barcelona es hoy un verdadero centro intelectual, cuya actividad literaria es digna de atención. Puede presentar escritores de primera fila como Guimerá, Gener, Rusiñol, Maragall, Perés y tantos otros de verdadero mérito que pueden competir con los mejores de las otras regiones de España. Pero la literatura catalana resulta ser del otro lado de los Pirineos, lo que es en Francia la literatura provenzal. La lengua reduce su público á los límites de la provincia. Y los escritores catalanes son considerados en España casi como extranjeros. No

aprobamos esa manera de ver, porque á pesar de todo, nadie puede negarles esas concordancias de carácter y de espíritu que hacen la unidad política de los pueblos. Pero vale más concretarse á la literatura castellana, á la que se traduce en la lengua nacional. La influencia de Francia en Cataluña es un hecho indiscutible que todos conocen. Lo que muy pocos saben en el extranjero es la influencia creciente que durante estos últimos ha comenzado á ejercer la literatura francesa en las regiones de Castilla, donde el espíritu español se mostraba hasta hace poco lleno de intolerancia y de exclusivismo.

La novela, que ha evolucionado de acuerdo con la vida, lejos de reducirse ahora á vanas resurrecciones de siglos muertos, ataca valerosamente las costumbres contemporáneas y retrata lo que nos rodea. Ya en 1883 la señora Emilia Pardo Bazán defendía en España la obra de Emilio Zola. Sus artículos de *La Época*, reunidos después en volumen bajo el título de *La cuestión palpitante*, contribuyeron poderosamente á hacer aceptar del otro lado de los Pirineos la concepción renovadora y moderna del autor de *Germinal*. Las ideas de la señora Pardo Bazán se han modificado un tanto, como lo demuestra un artículo suyo publicado en uno de los últimos números de *La Lectura*, de Madrid; pero sigue siendo suyo el mérito de haber introducido el naturalismo en su país. Desde ese tiempo, la novela española ha recibido cada vez con mayor intensidad la influencia francesa. Aparte de las novelas de la misma señora Pardo Bazán, que son como una

confirmación de su libro de crítica, son muy numerosos los autores en cuyas obras se observa una gran preocupación por adaptar al idioma castellano algunos de los procedimientos extranjeros.

El señor Pérez Galdós, que es sin disputa uno de los grandes escritores europeos contemporáneos, es una prueba de lo que venimos diciendo. En sus sesenta novelas, especialmente en las últimas, hay muchas páginas de inspiración francesa, no en el sentido de imitación sistemática, sino en el de un esfuerzo para pensar con el siglo. Sus *Episodios Nacionales*, de los cuales se han publicado ya treinta y dos tomos, son por el asunto una obra netamente española, pero por la forma en que están tratados indican una mentalidad alimentada con ideas diferentes de las que predominan en su nación. En uno de ellos, *Cádiz*, si no me equivoco, ridiculiza el espíritu retrógrado y hace hablar á un ultramontano que se indigna contra «las ideas impías de los franceses herejes que, al mando de Napoleón, pasan distribuyendo pecados sobre el mundo». Al burlarse, aprueba. Por otra parte, en el volúmen *Narváez* que acaba de aparecer, leemos lo siguiente: «Sin saber de dónde venían, yo sentía esperanzas que aleteaban dentro de mí. La verdad estaba próxima... Amanecía»... donde se nota la influencia de Zola. Al recordar esta analogía no lo hacemos con el propósito de despreciar la obra del autor de *Electra*, sino, por el contrario, con el deseo de avalorarla más aún. Son precisamente sus tendencias un tanto internacionalistas las que contribuyen à hacer del señor

Galdós el primer novelista de su país y uno de los mejores de Europa.

Pero más aún que en el señor Galdós, se nota la influencia francesa en el señor Blasco Ibáñez, cuyas obras realistas y elevadas se han hecho célebres en pocos años. *Cañas y barro*, la novela que publicó el *Heraldo de Madrid*, es, como las otras, un gran drama general y humano vertido en el molde de una intriga regional. Y á pesar de la corrección del lenguaje, á pesar del visible esfuerzo por conservarse dentro de la tradición literaria del país, hay en esa obra un hálito de independencia que se manifiesta no sólo en los pensamientos, sino también en el estilo. Blasco Ibáñez es un escritor que tiene gran parentesco con Paul Adam, con los hermanos Margueritte y con los Rosny.

Si citáramos á todos los novelistas españoles en quienes se nota la influencia francesa, alargaríamos demasiado este párrafo. Basta completar estas notas recordando el nombre del señor Picón, cuyo discurso sobre *El desnudo en el arte* es una pura página parisiense por las ideas y por la forma.

Pasando á los poetas, nos encontramos con un grupo que sigue las huellas que dejaron en Francia los simbolistas. Es necesario confesar que el movimiento llegó á España un poco tarde, cuando comenzaba á agonizar en su país de origen. Pero así y todo, es una prueba de la verdad que venimos diciendo. No hay manera, en el siglo en que entramos, de poner fronteras al pensamiento. Los señores Jiménez, Martínez Sierra, Machado, Pérez de Ayala y cinco ó seis más forman un grupo

notable que lucha en la revista *Helios* por transportar al español la modalidad de arte que representaron en Francia Mallarmée y Rimbaud. De acuerdo con su propósito de renovar las ideas y las formas de expresión, son un tanto enemigos del casticismo. Quizá hay un poco de exceso en la manera como entienden su admiración por las tentativas extranjeras, pero, en conjunto, su tarea es plausible. Las literaturas solo se asimilan lo adaptable á su genio y á su carácter, de suerte que la exageración no significa un peligro. Y el que estos revolucionarios hacen correr á la de Castilla, es menos grave que el adormecimiento y la morosidad en que la ha sumido hasta hace poco la pereza egoísta de los clásicos.

El periodismo ha evolucionado también «á la francesa». Se ha hecho más rápido, más vivaz. Los mismos artículos políticos son desde hace algún tiempo menos pesados y menos verbosos. Todos los grandes órganos de la prensa madrileña tienen un corresponsal en París, y algunos de esos corresponsales son escritores renombrados como Luis Bonafoux (*Heraldo de Madrid*) ó Enrique Gómez Carrillo (*El Liberal*). Como esos mismos diarios no tienen corresponsal especial ni en Londres, ni en Berlín, ni en ninguna otra capital europea, no es aventurado concluir que el pensamiento francés es el que tiene mas aceptación en España. El Sr. Ricardo Blasco (*Imparcial*) y el Sr. Pérez Jorba (*Globo*), dos cronistas de espíritu muy parisiense, informan también diariamente al público español de lo que ocurre de notable en el Bulevar (teatro, política, literatura, etc.) y man-

tienen siempre vivo su interés por las cosas de Francia.

Pero donde la influencia es más visible, es en el arte dramático. El teatro del Sr. Echegaray que ha reinado en España durante más de veinte años, no está en consonancia con el espíritu moderno. El Sr. Echegaray resulta hoy uno de esos hombres que ni son de una época ni son de otra, y eso es lo que le perjudica. En todas sus obras, desde sus comienzos hasta *Malas herencias*, hay conflictos dogmáticos que son incompatibles con la mentalidad de hoy. Por eso empieza á ser desalojado por otros autores dramáticos de espíritu más jóven y más abierto. El Sr. Pérez Galdós en *La de San Quintín* ha hecho drama moderno, á la francesa. Y el Sr. Sellés en *La mujer de Loth*, se ha puesto resueltamente al servicio de las corrientes nuevas. Veamos cómo explica el mismo Sellés sus propósitos en el prólogo del drama: «Ascensión (la heroína) personifica la España nueva que por la instrucción, el trabajo y el amor ha de refrescar lo seco y rejuvenecer lo envejecido. La sociedad enamorada de los siglos vetustos que conlleva sus achaques con melancolías de mujer desposada con un viejo, está representada por un general aristócrata: la fuerza y la tradición juntas en una sola persona. Pedro representa el espíritu revolucionario, seguro de su victoria, fuerte en su derecho, decidido á luchar por él. Reclama lo que le pertenece por conquista de su amor y de su trabajo...

En resumen, la obra va dirigida contra el arcaísmo nacional y á la par contra el abati-

miento y la desesperanza de los que se dejan morir de inanición».

En España ha predominado durante mucho tiempo la manera de ver de esas gentes vacías que no dan nunca su opinión sobre nada. El escritor que se pasa la vida prometiendo ha sido hasta hace poco un tipo nacional. Por eso causa una alegre extrañeza ver que los autores la emprendan al fin valientemente con los problemas que nos emocionan. Dicenta, autor de *Juan José*, una de las obras dramáticas que más éxito han tenido en España en estos últimos tiempos, es también un escritor que sufre, quizá sin saberlo, la influencia francesa. En *Aurora*, su última producción esa influencia es tan evidente que creo que ni los más obstinados defensores del españolismo se atreverán á negarla. Y si de las obras de Dicenta pasamos á las de Benavente la afirmación resulta indiscutible. Benavente es un escritor moderno y nervioso á la manera de M. Maurice Donnay. Sus comedias tienen esa filosofía profunda pero ligera, corrosiva pero amable del verdadero teatro parisiense. Y casualmente Benavente, el más francés de los autores dramáticos españoles, es en España el más aplaudido por el público.

Si hay todavía quien hable de incompatibilidad entre el genio francés y el alma española, defenderá conscientemente un sofisma. El teatro independiente del señor Ruiz Contreras, autor de *Pródigo* y de *Los Padres y los Hijos*, ha sido inspirado en el repertorio de Antoine, Gémier y Lugné Poé. Buena parte de las obras del llamado «género chico» son adaptaciones inteligentes de lo que se

estrena en París. Y aun cuando no existiera todo lo que venimos diciendo referente al teatro, bastaría contar el número de obras traducidas directamente del francés que se estrenan todos los años, para dejar establecido que la influencia de la literatura francesa es cada día más decisiva y más fundamental.

Se puede decir que España respira por los Pirineos. Porque hasta lo que toma de otras naciones, (Alemania, Inglaterra, Italia)... lo toma después de haber pasado por Francia. Se lee á d'Annunzio después de su triunfo en París; para conocer á Ibsen, se traducen las traducciones del conde Prozor; y Tolstoi mismo llega al lector español traducido dos veces. Hasta en la política, que parece ser la fortaleza del espíritu retrógrado en España, se nota esa influencia. El señor Canalejas defiende un programa inspirado en el del señor Waldeck Rousseau.

En vano negarán algunos españoles, que se sienten molestados por esta especie de tutela que Francia ejerce sobre su país, la importancia de la influencia francesa en España, en vano reprocharán á los catalanes y á los americanos del Sur la facilidad con que adoptan el pensamiento y la cultura francesa. A pesar de la hostilidad de algunos, hay un gran movimiento triunfante que comienza á imponer en ese país, hasta ahora sordo y cerrado, la victoriosa hegemonía intelectual de París. ¿No son los autores franceses, los más leídos actualmente en España, en cuanto se refiere á la filosofía, la sociología, etc.? Por cada libro italiano, inglés, ó alemán que se traduce al espa-

ñol, se traducen diez libros franceses. Basta consultar los catálogos de los editores. Y este movimiento está lejos de decrecer. Algunos lo consideran nocivo, porque según ellos tienden á destruir las características del alma nacional. Pero los jóvenes saben que de la persistencia y de la intensidad de tal empuje depende la regeneración de España, que parece comenzar á despertar ahora, después de los vuelcos y las desazones que ha sufrido á causa de su tendencias á la inmovilidad.



Sin embargo, hay quien insiste todavía contra la influencia francesa. Mi amigo el excelente escritor Ramiro de Maeztu me dedicó en *El Imparcial* el artículo que transcribo sin cambiar una coma:

«Era prematura la noticia que transcribí de *La Prensa* de Buenos Aires, hará cosa de un año. Aun no ha muerto la poesía modernista en la América del Sur. Lo demuestran, con testimonio irrecusable, diversos fascículos de papel posteriores á la fecha indicada, que yacen desparramados sobre mi mesa de escribir y revelan en los títulos (*Frases rítmicas*, *Gérmenes*, *Poemas de color*, *Gesta*)... las aficiones peculiares á esa literatura. Son versos laudatorios para las musas de Baudelaire y de Verlaine, el cuervo de Poé, las fantasías «vesperales», la Roma de Augústulo, el futuro rojo, las teorías de igneos aspides, el bello país de

Francia y la Venus citerea. ¡La inmensa mayoría de los libros que recibo de América son tomos de poesías! Al pie de las composiciones pueden leerse las fechas en que las redactaron los poetas—1900, 1901 ó 1902;—casi todos estos folletos acusan su procedencia con una serie de letras que dice: *Buenos Aires*, y digo casi todos porque hay alguno que afirma estar escrito en la *Comuna del Arte*, pero no se espere hallar en ellos, al menos á primera lectura, otra señal que fije á lo largo del tiempo y á lo ancho del espacio el punto en que hubieron de escribirse. Son poemas concebidos por encima de las categorías nacionales: sus autores nacieron, según parece, junto á las orillas del río de la Plata, mas nada impide que lo hicieran en los bordes del Rhin ó del Ganges. En vano menudean en sus versos los pronombres de primera persona y hablan los poetas de sus penas, y sus ansias, sus amores, y sus odios con egotismo infatigable; los sentimientos y las ideas que descubren son de la más perfecta universalidad; sus palabras favoritas—tecnicismos y nombres propios—pertenecen á un volapuk que ha invadido el planeta y hasta las imágenes sinestésicas que con más gusto emplean, son ya patrimonio del modernismo intercontinental. Por las obras sólo se llega á saber de las personas que han leído á los poetas parisienses, pero ¿no pueden hallarse en igual caso los estudiantes de Yokohama?... ¿Serán realmente americanos los autores? ¿No se tratará de composiciones traducidas al neocastellano del ruso ó del gaélico?... ¿O habrá que repetir la pregunta formulada á propósito de varios

admiradores suyos, americanos de nacimiento, por un pintor francés: *Mais ces gens lá n'ont pas de pays?*

«¿Qué es la América latina? ¿Cómo se vive allí? ¿Cómo se goza? ¿Cómo se sufre? ¿Qué cosa es Buenos Aires, la segunda ciudad latina por su población, la primera después de París? ¿Qué es la Pampa? ¿Qué ideales agitan actualmente el espíritu argentino? ¿Existe algo que pueda calificarse de «espíritu argentino»? Los libros bonaerenses no nos lo dicen. Aquellos escritores cierran los ojos á lo que les rodea; parecen presa del más extraño sonambulismo. Son como esos lunáticos de que habla Baudelaire, su poeta favorito, que viven en el lugar donde no están y aman á la mujer que no conocen.

«Pero este cerrar de ojos, ¿no es significativo? Si fuera Buenos Aires como París, como Londres, como Berlín, una de las capitales intelectuales del planeta, ese universalismo tendría plena justificación. El romano contemporáneo de Augusto no necesitaba preocuparse de Roma; ¡harto la estudiarían cuantos súbditos del imperio acudieran á la corte de los Césares! Lo propio del romano era el mundo; toda hegemonía lleva aparejada una responsabilidad equivalente; el carácter mundano del *civis romanus* le imponía el cuidado de las ideas y los sentimientos generales.

«Buenos Aires no es Roma. ¿Qué significa entonces su cosmopolitismo, ó mejor dicho, su «parisianismo» intelectual? ¿Es resultado directo del cosmopolitismo de la ciudad? Hay, efectivamente, en Buenos Aires, muchos italianos, muchos espa-

ñoles, muchos alemanes, bastantes franceses, bastantes ingleses y bastantes judíos de todas nacionalidades, más ó menos mezclados con los hijos del país. Mas todos ellos forman juntos una población que es Buenos Aires, y no Chicago, ni Nueva York, ni París, ni Londres, ni ninguna otra de las que pasan por cosmopolitas, sino Buenos Aires, con sus calles, sus casas, sus periódicos, su régimen político y social, su campo, su cielo, su clima, su espíritu y su modo de ser, en una palabra, que no es seguramente el de París... ¿Por qué no lo describen sus escritores?

«¿O será ese decadentismo simbolista y aparisianado «lactancia intelectual», «alimentación fofa», y «puro babuceo de tilingo», como asegura el escritor vasco-argentino, Francisco Grandmontagne en su interesantísima disección de «Vivos, tilingos y locos lindos»?—El «tilingo» argentino es próximo pariente de nuestro señorito gótico, es otro señorito gótico aun más endeble y alambicado que el nuestro, tal como pudiera cultivarse sobre un suelo más fértil y bajo un clima más benigno. —Y, en efecto, entre esos simbolistas debe de haber mucho «tilingo», pero no todos son «tilingos». A las veces, sus poemas nos devuelven un castellano más joven y más bello, que contrasta triunfalmente con nuestra prosa usual de misa y olla, un castellano dulce en Ruben Darío, con dulzura que supera á la del italiano y el francés, y majestuoso en Leopoldo Lugones con majestades de órgano... ¿Verdad, amigo Grandmontagne, que no es todo «tilinguismo»?

»¿Por qué, pues, esa afición á un simbolismo

tan extraño á la vida americana? ¿Por qué ese terco cerrar de ojos á las ideas y los sentimientos circundantes? ¿Acaso es tan hostil y dolorosa la realidad argentina, que se hace necesario el opio del arte por el arte para no ver el espectáculo de una tristeza que no está en nuestras manos remediar?

»Realmente, si hemos de creer á Grandmontagne, el único escritor americano que nos deja ver algo de lo que en la actualidad es Buenos-Aires, «aquello» no es halagüeño para el intelectual imbuído de las ideas contemporáneas; la República Argentina dista mucho de ser el país de fuerza desbordante, positivista, invasor y agresivo que la moral de Darwin coloca á la cabeza de los pueblos modernos.

»Roe su energía fisiológica el sensualismo; ha carcomido su riqueza material una generación de políticos imprevisores que han hipotecado el porvenir á la usura británica, comiéndose por adelantado la herencia de los nietos; el equilibrio interior está roto por esa congestión de Buenos-Aires que cuenta un millón de almas, mientras el territorio de la república, cuádruple ó quíntuple que el de España, sólo encierra de cuatro á cinco. Los campos, en que falta la seguridad personal, están desiertos; los inmigrantes se reconcentran en las ciudades, donde no pueden contribuir al enriquecimiento nacional; la población nativa se consagra á las profesiones burocráticas y brinda diez títulos académicos para desempeñar cada empleo vacante; las familias de abolengo criollo desaparecen una á una; los ricos huyen á París; los in-

migrantes, estacionados en las ciudades, se entregan al alcoholismo, que, según datos recogidos por el Argentino Sr. Aguirre, se extiende por la metrópoli sudamericana como epidemia en pueblo sin higiene; los partidos políticos no saben lo que hacerse con una inmigración poco seleccionada; las compañías extranjeras absorben los productos saneados del país... ¿Es extraño que ante semejante espectáculo los espíritus delicados prefieran inquietarse con los dolores imaginarios del «alma encantadora de París?» «Platón, dice Nietzsche, es cobarde frente á la realidad; «por consecuencia» se refugia en el ideal».

»Pero el sueño no modifica la realidad, ni nos liberta de su poder; sólo hay un sueño libertador, la muerte; y los pueblos no mueren en un día. Al cabo se desvanecen los efectos del opio parisiense, y el problema se presenta como antes, peor que antes, puesto que lo ha agravado el absentismo de los intelectuales. ¿Qué hacer? Por de pronto, hay que cerciorarse de lo que es la realidad, hay que abrir los ojos, hay que ir á ella poco á poco, si no se puede de golpe, abroquelados en la ironía, si no nos atrevemos á pecho descubierto. ¿Y luego?... Luego se plantea el problema práctico, el problema de los medios y de los fines, á saber: Dada esta tierra—valor real, hipotecas, etc, etc,—y dados estos hombres, ¿cómo haremos del suelo americano un país habitable?

»Y aun antes será preciso ponerse de acuerdo respecto del ideal que ha de presidir el desarrollo de la vida sudamericana. ¿Conviene á la República Argentina el tipo de existencia precipitada,

neurasténica y ambiciosa que ofrecen los Estados Unidos, tal como en ellos la ha formado la carrera universal hacia el dinero?... ¿Se acomoda mejor con las condiciones de la tierra argentina ese espíritu inerte y fatalista «renunciador de todo empeño», como dice Grandmontagne, que muestra el gaucho en sus canciones populares, las «vidalistas?»

Palomita blanca,
vitalitá
que voló y se fué...

«La primera condición para el budhismo, dice Nietzsche, es un clima muy suave, una gran dulzura, liberalidad en las costumbres y ausencia de militarismo».

»¿Pero es posible realizar ese ideal de renunciamento ante los apetitos de los acreedores y de los inmigrantes?

»He ahí, amigo Ugarte, todo un mundo de preguntas vitales. ¿No entrevé usted en ellas un contenido tan interesante como el que pueden encerrar los geroglíficos de Mallarmé? ¿No cree tarea digna de los intelectuales argentinos la de escudriñar la vida americana hasta que en la cantera de lo «actual» aparezca el filón de lo «posible?»... Pero no me haga usted caso. Si no fuera ya tiempo de firmar este artículo, me arrepentiría de lo escrito; acaso estén ustedes en lo firme... Mallarmé es preferible á Buenos Aires; más agradable es poner el pensamiento en el «fru-fru» de París, que en la Pampa vacía. No me haga usted caso;

tal vez dicte la envidia estos reproches míos: la envidia del que ante males colectivos tan grandes ó mayores que los que pesan sobre su país, no ha encontrado todavía la manera de cerrar los ojos —sin que los párpados se le conviertan en retinas».

*
* *

A ese artículo contesté yo con las cortas líneas que van á continuación:

«Nada es más agradable y más benéfico que estas conversaciones corteses en que se agitan ideas y se remueven asuntos que interesan igualmente en América y en España. Discutir es una manera de fraternizar. Estamos separados por la distancia y por la falta de intercambio de ideas. De suerte que debemos aprovechar todas las circunstancias que tiendan á aproximarnos. A aproximarnos digo, porque sólo está en tela de juicio una manera de juzgar que podrá ser diferentemente apreciada de uno ú otro lado del Atlántico, pero que nada tiene que ver con las susceptibilidades nacionales. Parece inútil repetir que los hispano-americanos conservamos por España la estimación profunda que tiene por su padre el hijo emancipado. Y al discutir el francesismo, el americanismo y el españolismo, lo hacemos desde un punto de vista doctrinario é intelectual, sin esas

ingenuidades patrióticas que nuestro siglo de fraternidad y de luz comienza á tener la cordura de relegar á los museos de arqueología. El asunto es interesante, y lo abordo sin sentirme cohibido por mi situación de huésped, con verdadero placer, porque me permitirá decir algo de lo que pienso sobre la influencia francesa en la naciente literatura hispano-americana.

»Cada siglo tiene la fisonomía de una nación. Aquella cuya potencia intelectual es más vigorosa desborda por sobre las fronteras y se infiltra en el pensamiento universal, realizando lo que podríamos llamar una conquista de almas. Esas hegemonías intelectuales son hechos indiscutibles, abonados por centenares de ejemplos. Roma ejerció esa dictadura antes del cristianismo; España la ejerció en el siglo XVI; Francia la ejerce ahora. Son corrientes intelectuales que dominan una época y se imponen en todas las regiones. Es un pensamiento nacional que se transforma en atmósfera. Y resistirse, es quedar rezagado. ¿Cómo reprochar á los hispano-americanos que tengan el espíritu de su siglo? ¿No se siente también la influencia francesa en España?

»Eso, en cuanto el francesismo. ¿Pero la literatura hispano-americana es exclusivamente afrancesada? Yo creo que es más bien cosmopolita. Sobre la base del pensamiento francés, que es el eje central de la intelectualidad contemporánea, se han reunido allá elementos italianos, noruegos, rusos, etc.... Por su composición etnológica, aquellos son pueblos en formación, sin más espíritu nacional que su multiplicidad de espíritu. Y la

literatura se resiente naturalmente ahora de esa confusión de tendencias, que acabarán quizá por armonizarse y fundirse en un carácter nacional que derivará de todas y no se parecerá á ninguna. Exigir que un país adquiera personalidad propia en un siglo, es como pedir que un escritor tenga estilo original á los diez y ocho años. La personalidad no se improvisa, se elabora con retazos de otras personalidades condensadas y fundidas al calor de un temperamento. Y á veces los resultados se hacen esperar mucho, como en ciertas naciones europeas donde subsísten aún varias mentalidades, acantonadas cada cual en su región, sin que consiga el tiempo diluirlas y unificarlas en un alma nacional. La literatura hispano-americana ha tenido que reflejar esa incertidumbre de carácter. ¿Cómo dar á la novela ó al verso rasgos propios, cuando todavía no los tiene la nación en que se producen? De ahí que los hispano-americanos cultiven en cierto modo un arte internaciol...

»Pero, ¿todo arte no es internacional por definición? Y admitiendo que no lo sea; ¿el «nacionalismo» artístico consiste en los *asuntos* ó en la *forma*? Si consiste en los asuntos, Loti no sería un escritor francés; si en la forma, d'Anunzio no podría llamarse italiano. Lo cierto es que nuestra época se inclina á prestar más importancia á la geografía de las ideas que á la de los países y que los hombres comienzan á olvidar las divisiones territoriales para agruparse según sus analogías de alma.

»Maeztu, reprocha á los escritores hispano-americanos su desdén por las cosas de su país, y

les dice que deben aprovechar la savia de la tierra, haciendo obras nacionales. Convengo en ello. Tuve ocasión de decir algo parecido en una obra titulada *Crónicas del Bulevar*: «En el fondo de esa vida americana, hay mucha «cantera» de arte para el porvenir.... Nuestras peculiaridades nativas, las costumbres de nuestros campos y nuestro pasado pintoresco, ofrecen maravillosos asuntos al escritor». He publicado una colección de *Cuentos de la Pampa*. Pero, esa tendencia á utilizar lo nacional, ¿debe llevarnos á desdeñar lo extranjero? ¿Conviene que nos encerremos en nuestro país y nos desinteresemos de todo lo que pasa fuera de él? Comprendo que una nación con abolengo y pasado, se *defienda* de la influencia extranjera; pero un pueblo en formación, ¿no tiene acaso el deber de adoptar lo bueno de los demás, de acumular en su alma las excelencias de los otros, de *hacerse*? Si levantásemos en nuestras fronteras una muralla china, si nos obstinásemos en improvisarnos una originalidad antes de que la originalidad brote de nosotros, llegaríamos por conclusión lógica á adoptar el proyecto del Sr. Abeille, el inventor del «idioma argentino». Y es necesario confesar que sería un error lamentable. El castellano es un molde donde caben las ideas más modernas. Los españoles y los americanos tendremos en el porvenir una sola literatura, matizada según la región ó la genealogía intelectual de cada autor. Todo concurre á reunirnos; y, además, el espíritu moderno trabaja por universalizar, reconciliar, unificar, y recordar á los hombres su fraternidad de orígen. No es rechazando los presentes que nos

hicieron nuestros padres, como favoreceremos esa tendencia.

»Los excesos del simbolismo y del decadentismo, excesos que todos hemos condenado, no pueden servir de argumento contra lo que decimos. No es solidaria una colectividad de los errores de algunos individuos. Por otra parte, esa racha artificiosa no se localizó en América. También hizo algunos estragos en España. Y no sería juicioso achacar á una región la responsabilidad de una perturbación atmosférica. De todo ese movimiento ha quedado lo que debía quedar. Y la intelectualidad sud-americana, enriquecida por aluviones que le trajeron limo y oro, comienza á dirigir la proa hacia horizontes más definidos. Busca el arte social, la literatura de ideas. Trata de sustituir á los «poemas de color» los poemas humanos. Se siente sacudida por un estremecimiento de sinceridad que la pone en contacto con los problemas del siglo. Y todo indica que sobre las ruinas del arte por el arte, comienza á nacer allá no el arte docente, que es una disminución, sino el arte por la verdad, que es la vida.

»Lo que no se ha hecho sentir aún en América es la tendencia regionalista. Pero sobre ese asunto las opiniones difieren considerablemente. Estos se felicitan de ello; aquellos se lamentan. Depende del alma de cada cual: unos encuentran la patria demasiado grande y se refugian en el provincialismo; otros salvan hasta las fronteras del planeta y adoran la creación. Pero, por ahora, debemos confesar que, en conjunto, somos un tanto *déracinés*. Tenemos por nuestras comarcas

el cariño que tienen todos por la región en que han nacido, pero no nos domina la afición al terruño. Esa tendencia universal de los hispano-americanos podrá serles nociva ó benéfica, pero es un hecho que les hace lindar con el porvenir.

»He ahí, en esencia, lo que creo oportuno decir sobre el «francesismo de los hispano-americanos». No me ha empujado la vanidad de «tener razón», sino el deseo de llegar á ella. Pero antes de terminar estas líneas quiero agradecer á mi querido amigo Maeztu la buena oportunidad que me ha ofrecido y al director de este diario la franca hospitalidad que me concede».



Todo ello deriva quizá de que se conocen poco en España las nuevas tendencias de la literatura francesa.

El romanticismo, que tuvo por predecesores á Dante, á Shakespeare y á Lope de Vega, y que alcanzó en Francia con Hugo su escalón más alto, sólo fue un «liberalismo aplicado á las cosas de literatura». Hegel, en su *Estética* lo define: «el alma que encuentra en ella misma lo que antes buscaba en el mundo sensible». El movimiento se inició en Alemania y en Inglaterra con Goethe y con Byron, pero Chateaubriand le dió atmósfera, el prefacio de *Cromwell* lo impuso, y esa revolu-

ción de forma y de fondo, se apoderó de todas las manifestaciones del espíritu y fué el verbo de una nación hasta que un capricho de la moda le usurpó su poderío.

Tras el romanticismo vino una nueva resurrección de la cultura clásica,—porque parece que la historia artística, como la historia política de los pueblos, es un continuo flujo y reflujo de dos grandes tendencias primordiales que se suplantan periódicamente... Modernizados y compuestos bajo el nombre de *Parnasianos*, reaparecieron los antiguos escritores glaciales y escrupulosos. A la indiferencia ante la vida le llamaron «la noble serenidad del arte». Volvió á reinar la forma, volvió á agonizar el fondo. Y la literatura se convirtió de nuevo en un rompecabezas de retórica.

Esa vuelta ofensiva del espíritu retrógrado, que tuvo un reinado fugaz, preparó el advenimiento de una escuela de desequilibrio, llena de contradicciones y de rayos, que personificó Baudelaire—el Baudelaire teatral que hizo la apología del vicio, que glorificó en 1846 al gendarme que azotaba á los insurrectos, y que, á pesar de sus imprecaciones ruidosas y su *pose* de hombre libre, estaba tan adherido al pasado. La blasfemia, según la frase clásica, sólo es una plegaria invertida. Y el autor de *Fleurs du Mal* fué uno de esos hombres indecisos y atormentados que, como Huysmans, pasan del satanismo al misticismo, sienten á ratos un inexplicable placer en profanar lo que en el fondo adoran, y acaban siempre, tras largos y tortuosos vagabundajes morales, por re-

fugiarse en un profundo fanatismo religioso que está hecho en sus tres cuartas partes de miedo.

Sea lo que fuere, los *simbolistas* y *los decadentes* hicieron triunfar en un momento dado sus concepciones. Se puso de moda el desequilibrio. Los que no se afeitaban las cejas como el noble predecesor, fingían vicios ridículos, se acantonaban en detalles, ó se libraban á graves investigaciones sobre el color de las letras. Hasta que la avalancha pasó... dejando, como todo, un surco de cosas buenas y de cosas malas. Entre las buenas, una libertad de lenguaje de que todos nos felicitamos hoy. Entre las malas, la sospecha de lo que puede ser un manicomio.

Después de la desaparición de esas *chapelles*, vino una época de desorientación, de anarquía intelectual, en que cada escritor obró á su antojo, y en que todos evitaron las afirmaciones decisivas. Hasta que se reanudó paulatinamente la vida, se despertó de nuevo el espíritu de lucha, se encendió otra vez la iniciación ambiciosa, y nacieron nuevas corrientes y fuerzas jóvenes. Pero la orientación había cambiado. A lo artificial había sucedido lo natural. Los artistas no se empeñaban ya en hacer lo que no se había hecho todavía, sino en buscar qué era lo que se debía hacer. Cada cual se encerró dentro de sí mismo y se preguntó hacia que punto del horizonte debía poner la proa. Ya resultaba infantil eso de *épater le bourgeois*. El burgués había visto tanto, que no le quedaban asombros. Quien volviese á afirmar, como Baudelaire, que se alimentaba con sesos de niño, corría riesgo de pasar por *raseur*. Además, todas esas

enormidades inútiles han acabado por provocar legítimos movimientos de repulsión. El marqués de Sade, *(le divin marquis)* nos resulta hoy un simple malhechor extraviado en las bibliotecas.

De ahí que los escritores hayan comprendido la necesidad de ensayar rumbos nuevos. «Nuevos», en cuanto pueden ser nuevas las cosas en la vida... Pero, hagamos un rápido esbozo de las nuevas tendencias de la literatura en Francia.

Naturismo, humanismo, arte social, etc, todo ello emana de una misma sinceridad emotiva, de un mismo intento generoso, de una misma reconciliación con la naturaleza. Solo hay entre los diferentes grupos una diferencia de palabras. Coinciden en un deseo de vivir con la época, de traducir las palpitaciones de la vida, de favorecer la emancipación y la felicidad de todos. Son esencialmente humanos. No afectan ante los hechos esa indiferencia ilógica de la precedente escuela, cuyos fieles se aislaban en torres de marfil para evocar siglos muertos. No las echan de sobrehombres, ni miran á la humanidad con desdén, desde la torre de cartón de su orgullo. Se resignan á ser nuestros contemporáneos, á romover nuestro propio vivir, á hablarnos de lo que nos interesa, á borbollar con nosotros. Y en esa modesta actitud traen su mejor mérito, porque al dejar de ser *literatos* para ser hombres, no posponen la humanidad á su orgullo.

«El arte, sin la vida,—decía recientemente Fernand Gregh hablando de *Pellèas et Mélisande*, —no es más que una forma vana. El arte no es nada en sí; sólo existe por la realidad que expre-

sa. ¿Y qué realidad conocemos fuera de nosotros mismos? El arte sigue siendo, según la vieja y profunda frase, *homo additus naturae*. Las obras en apariencia más objetivas, las mismas obras plásticas, están *llenas de humanidad*. Todas las grandes épocas del arte (el siglo de Pericles, el siglo de Augusto, el renacimiento italiano, la Pléyade, el siglo de Luis XIV, el romanticismo,...) son aquellas que han hecho la síntesis de la belleza y de la vida, aquellas en que el artista, al mismo tiempo que artista, ha sido hombre. Músicos, poetas, dramaturgos, novelistas, pintores, escultores, cada cual con sus medios de expresión particulares, debemos todos hacer hoy, á nuestra vez, la síntesis de la vida y de la belleza. Debemos bajar al fondo de nosotros mismos y tratar de encontrar allí el resumen del mundo, para expresarlo después en una forma hermosa, que será universal y eterna porque será humana».

Si hay, como afirma Remy de Gourmont, en *Le Problème du style*, «una forma general de sensibilidad que se impone á todos los hombres de una misma época», esa es la forma general de hoy, en cuanto se refiere á la literatura.

El movimiento tiende:

1.° Hacia la democracia.

(Cada individuo empuja *personalmente* hacia ese fin. Unos se alistan en los partidos avanzados; otros obran al margen, sin admitir clasificación; pero todos combaten el atavismo guerrero, la tiranía del capital y el poder religioso. No se limitan á vanas declamaciones y entran de lleno en la batalla: escriben en periódicos de lucha, dan con-

ferencias en las Universidades populares, y se mezclan al pueblo que después retratan y enaltecen en sus obras. En las grandes agitaciones (lo hemos visto en el asunto Dreyfus) ocupan resueltamente su puesto de combate. Y son al propio tiempo que buenos artistas, excelentes ciudadanos).

2.° Hacia la naturaleza.

(El arte artificial y enfermizo que dominó en Francia hasta 1880, había pervertido el gusto del público, habituándole á preferir las plantas de invernáculo á las que se estiran al sol, sin más techumbre que el cielo. Reaccionando contra ese error, los nuevos escritores nos hablan del mar, de las montañas, de los vastos horizontes, y nos hacen sentir su inmensidad y su belleza. Nos ponen en contacto con el universo. Hacen palpitar la naturaleza ante nuestros ojos. Y al mostrarnos la ebullición de lo que vive, y perdura, nos devuelven á la humildad y á la conciencia de nuestra pequeñez).

3.° Hacia la sinceridad

(Es casi una consecuencia de las dos tendencias anteriores. El artista, desdeñando necias vanidades y orgullos pequeños, se decide á mostrarse tal y como es. No quiere seguir engañando al público con falsas perspectivas de alma. No estudia ante el espejo las actitudes que trata de inmortalizar después. Se libra á la ingenuidad del sentimiento, entra en la sana y vivificante acción, y es un huésped sincero en la mesa redonda de la humanidad.)

De suerte que este último empuje de la savia

nueva en Francia, empuje que ha repercutido en España trae muchas ventajas sobre las doctrinas anteriores. Podrán discutir algunos su orientación política, condenar sus tendencias filosóficas, hacer salvedades sobre su radicalismo, pero todos convendrán en que vale más una juventud apasionada por utopías generosas, (admitiendo que sean utopías) que una juventud incrédula, llena de llagas y de sordideces como fué la que reinó hasta hace poco en la literatura francesa.

Las raíces de la nueva mentalidad arrancan del siglo XVIII. Los enciclopedistas han sido, á la distancia, los padres de esta floración reciente Demás está decir que el espíritu de Diderot y d'Alembert ha sufrido las modificaciones que el tiempo exige. De las antiguas generalidades doctrinarias, ha pasado el hombre á la aplicación precisa de la verdad sobre los hechos. Conquistada la libertad filosófica, dirige su esfuerzo á conquistar la libertad material. Lucha por hacer palpable la doctrina. Y es claro que la fórmula del siglo XVIII ha tenido que sufrir, de acuerdo con la época, las modificaciones que hemos sufrido nosotros mismos.

Aparte de los enciclopedistas, que son como los abuelos de nuestro siglo, el movimiento tiene por predecesores á Hugo, Blanqui, Comte y Barbés; y entre los recientes á Marx, Bakounine, Zola y Tolstoi. De suerte que, lejos de ser una cosa nueva, parece ser un complemento y una resultante de lo que ya ha triunfado.

Los modernos teóricos de la democracia como Kautsky, Jaurés, Bernstein, Ferri, etc., han sido

los precursores políticos de la nueva escuela literaria, del mismo modo que Nietzsche ha sido la sanción filosófica del decadentismo y el simbolismo. La literatura, que al fin no es más que una forma de exteriorizar el alma del siglo, tiende á confundirse más y más con la vida cívica. Si el arte consiste en traducir y encarnar en personajes el pensamiento contemporáneo, claro está que habiendo sido heroico en Grecia y místico en el siglo XV, tiene que ser hoy democrático. Y á medida que más unificamos y centralizamos las tendencias de nuestro espíritu, de más en más se confunden á nuestros ojos los horizontes del arte con los de la política. Admitiendo que pueda llamarse «política» á esos sentimientos humanitarios que son como una resurrección práctica de antiguas creencias.

Además de esos precursores en las ideas, tiene el movimiento actual otros precursores en los procedimientos artísticos: Flaubert, Balzac—y Verlaine, que, aunque considerado por algunos como decadente, es un ingenuo cantor de su alma y de la naturaleza. Para distinguirle de Mallarmée basta recordar aquellos versos suaves y melancólicos que comienzan:

Il pleure dans mon coeur,
comme il pleut sur la ville,...
Quelle est cette langueur
qui pénètre mon coeur?...

Tales son las fuentes de que ha nacido la nueva generación que comienza á imponer en Francia sus ideas. Muchos partidarios de la antigua mane-

ra de ver, han abandonado las viejas posiciones para evolucionar de acuerdo con la corriente. Gustave Khan, Laurent Tailhade, Adolphe Retté y Paul Adam, se escaparon hace mucho tiempo de la prisión simbolista. Hoy les siguen otros. Y el movimiento parece destinado á acentuarse progresivamente hasta el triunfo.

La nueva juventud trae escritores de verdadero valer.

Ante todos, Saint Georges de Bouhélier, fundador de la *Revúe Naturiste*, autor de *L'hiver en méditation*, *La tragédie du Nouveau Christ*, *Histoire de Lucie fille perdue et criminelle*, *Chants de la vie ardente*, etc. Es, sin discusión, uno de los escritores de lenguaje más fácil y de pensamiento más alto que existen hoy en Francia. Tiene una sensibilidad delicada y un espíritu generoso. Ha publicado diez volúmenes. Es redactor de *El Fígaro*. Y goza entre la juventud de una autoridad merecida.

Fernand Gregh, que escribe también en *El Fígaro*, y es autor de *La fenêtre ouverte*, *La beauté de vivre*, y otras obras notables. Como todos los escritores de este grupo, une una gran delicadeza de alma á un temperamento de luchador. Es uno de los más activos propagandistas en las Universidades populares.

Louis Lumet, autor de *Le Chaos* y crítico literario de *La Petite República* que deja á menudo su pluma de literato para escribir párrafos sueltos sobre asuntos de política palpitante al lado de Louis Maurice, Albert Surier y otros buenos prosistas.

Eugéne Montfort, autor de *Sylvie ou les émois passionnés* que escribe en las revistas, notables artículos en defensa de las doctrinas nuevas; Maurice Leblond, autor de *Essais sur le naturisme*, y fundador del colegio de Estética moderna, uno de los críticos más altos de su generación; Marc Lafargue, autor de *Le jardin d'oú voit la vie*, espíritu preocupado por los problemas del siglo; Paul Fort, autor de las célebres y melancólicas baladas, soñador enternecido por la miseria que le rodea; Maurice Magre, poeta de gran vigor que glorifica las artes del obrero en estrofas inspiradísimas; Charles Louis Philippe, cuyo nombre se hizo popular á raíz de la publicación de su curiosa novela *Bubu de Montparnasse*, y Louis Lamarque que en *Un an de caserne* escribió el proceso del militarismo y de la vida interior de los conventos rojos.

Podríamos continuar la enumeración, pero nada adelantaríamos con ello. La fisonomía de un grupo no la da la característica que separa á cada escritor de los demás, sino las analogías que los unen.

Si todos ellos no coinciden exactamente en una concepción determinada, si no forman, por así decirlo, *escuela*, representan una gran tendencia general y armónica. Les separan diferencias de detalle. En lo fundamental, están completamente de acuerdo.

Ninguna de las obras que ha producido hasta ahora este grupo puede ser considerada como definitiva. Verdad es que casi todos los que lo forman son muy jóvenes. Están en la época de orientación y de ensayo. Así y todo, pueden presentar

tres libros de verdadera importancia. *Bubu de Montparnasse*, *La Tragédie du Nouveau Christ* y *Le Chaos*. El primero es de Charles Luis Philippe, el segundo de Saint Georges de Bouhélier y el tercero de Louis Lumet. Son tres novelas que afirman personalidad, dominio del idioma y sobre todo un soplo altruista tan puro y tan fresco, que parece que cada página tiene un perfume de flor silvestre ó de fruta en sazón.

A los demás volúmenes les falta para ser populares esa soltura de expresión, ese *sans-gêne* literario que sólo adquiere el escritor tras largas luchas, cuando comprende que su personalidad se impone y que su nombre comienza á alzarse ante el público como una torre luminosa. Porque ocurre con los que escriben lo mismo que con los que frecuentan los saraos y las recepciones aristocráticas. Durante los primeros tiempos, se sienten cohibidos por la aparente solemnidad del lugar en que entran, pero al fin acaban por posesionarse de su papel, y dominar el medio. Mientras el escritor se siente aislado y desconocido, su estilo tiene no sé qué amaneramiento particular que nace de la misma timidez con que escribe; cuando se sabe que se está sostenido por una parte de la opinión ó apoyado por un comienzo de celebridad, sus frases cobran un desenfado y una familiaridad de buen tono que impone respeto á los más hostiles. Y este estiramiento en el estilo es el que perjudica generalmente á todos los jóvenes. Algunos de los de este grupo han tropezado en él. El éxito les emancipará mañana.

Pero fuera de la falange que ha levantado

como bandera las doctrinas que más arriba hemos expuesto, existen, en la generación anterior, muchos escritores que han aplicado y hecho triunfar el mismo programa individualmente. Esa tendencia social del arte está representada en Francia con singular brillo por escritores de la talla de Octavio Mirbeau, Paul Adam, Lucien Descaves, J.-H. Rosny, Paul y Víctor Margueritte, Paul Reboux, etc. Bastaría citar el *Journal d' une femme de chambre, La Charpente* y *Josette*, para apoyar esta afirmación. Sin contar con el gran Zola, que fué el apóstol más decidido de la nueva manera de ver. El mismo Anatole France, á pesar de su escepticismo elegante, ha hecho obra social en *L'Orme du Mail* y en *Le Mennequin d'osier*, así como en su actuación política que, como se sabe, no careció de importancia durante el asunto Dreyfus. De suerte que no arriesgábamos una paradoja al afirmar que el grupo juvenil que hoy ocupa la atención del mundo literario en Francia, es la confirmación de una tendencia que ya había hecho sentir su hegemonía victoriosa.

El proceso que tuvo hace algunos años tan extraordinaria resonancia política y social, delimitó los partidos y dió bases nuevas para que se agruparan los hombres. A consecuencia de él cobró importancia el arte social. A raiz de él se consumó en la literatura una demarcación clara. Los simbolistas, los decadentes y los autoritarios, se opusieron á la revisión; los partidarios del arte social la reclamaron. En esas dos actitudes está el mejor retrato de las dos escuelas. Charles Maurrás escribía lo siguiente para tratar de establecer

que la injusticia social es necesaria: «El mundo sería menos bueno si contuviera menor número de hostias ignoradas que se sacrifican á su perfección. Hostia ó no, cada uno de nosotros, cuando es juicioso y comprende que nada existe fuera del orden común, se regocija de la forma que le atribuyó la suerte, sea ella cual fuere, y no compadece más que á los desgraciados turbulentos, cuya suerte es sin forma y cuyo destino les lleva á una caída infinita». En cambio, Anatole France declaraba que «de una sociedad más equitable y más feliz que la nuestra saldrá un arte más amable y más hermoso...» Son dos concepciones que sería imposible conciliar. La juventud francesa se ha decidido por la última. Y de esa elección han resultado los nuevos grupos que bajo el nombre de *Naturistas*, *Humanistas* ó partidarios del arte social están empezando á imponer sus concepciones en este principio de siglo.

Sería curioso saber hasta qué punto son las nuevas escuelas una continuación del naturalismo y precisar la influencia de Zola en este movimiento. Desde luego, no es el naturalismo tal y como lo concibió el cenáculo de Médan. La idea ha sufrido modificaciones que la atenúan y la hacen más conciliable con los prejuicios corrientes. Pero esta investigación nos llevaría á definir el naturalismo, á hablar del desnudo en el arte y á agitar mil cuestiones que alargarían desproporcionadamente este capítulo.

Con lo dicho basta para dar una idea de la nueva orientación literaria que empieza á tomar la juventud francesa. No se trata de un simple ca-

pricho de la moda, ni de uno de esos movimientos efímeros que provoca un escritor para improvisarse jefe de un grupo y deslumbrar á los curiosos, sino de una gran corriente preparada por los acontecimientos y destinada á cambiar la fisonomía artística del país.

Hasta los más fervientes sostenedores del decadentismo y el simbolismo han sufrido la influencia de los ideales nuevos. Jean Moréas ha dado á las prensas un tomo de *Stances* de una pureza de expresión y una claridad de pensamiento que contrastan con las antiguas exageraciones. Henri de Régnier está publicando en *Le Journal* una simple novela... Todo tiende á volver, después de una excursión más ó menos larga por países brumosos, á su cauce sano y normal.

Por eso es que cuando Ramiro de Maeztu, en el artículo de *El Imparcial* de Madrid afirmaba (con un desconocimiento de las cosas de América que la distancia justifica) que allá todo es hoy por hoy imitación de los decadentes y simbolistas franceses, decía una inexactitud palpable. El simbolismo y el decadentismo murieron hace ya algunos años. Y no es posible imitar una cosa que no existe. Si quedan algunos rezagados que repiten fórmulas anticuadas, su voz se pierde en el vacío. La juventud de América ha entrado también en la corriente que nos devolverá un arte noble y generoso capaz de alzar y regenerar la prole.

La naturalidad, la sinceridad, la sencillez empiezan á reinar de nuevo en la literatura. No diremos que volvemos á una época en que será posible escribir novelas como las de Bernardin de

Saint Pierre, pero sí que nos alejamos de esos años tormentosos y envenenados en que la literatura fué una escuela de desmoralización. Willy con sus *Claudines* ha sido la última palpitación de un arte subalterno que muere. El público está cansado de que le sirvan eternamente la misma tontería disfrazada de perversidad. El naturalismo de Zola es sano y vigoroso porque es retrato fiel de lo que existe, pero no así el de esos pobres cocineros de lujuria que se torturaban el cerebro para inventar nuevas pornografías. De suerte que el movimiento actual es en este sentido una medida de higiene.

En sentido más vasto, en conjunto, es un triunfo de la razón sobre la imaginación, de lo positivo sobre lo probable. Los escritores abandonan el reino peligroso de la quimera para volver á entrar en lo humano y someterse á la vida. Y no por eso resultarán menos altas y menos grandiosas sus concepciones porque en lo que perciben nuestros sentidos están los gérmenes de la vida toda, y hasta nuestro mundo interior es un reflejo de la naturaleza.



Dígase lo que se diga, en España se hace sentir la influencia francesa mucho más de lo que algunos creen. El viajero que observa y juzga sin prevenciones, encuentra en la literatura española de hoy un poco del perfume y del alma del bulevar.

BARCELONA INDUSTRIAL

Barcelona.

La actividad de las ciudades modernas, el vértigo de labor de las grandes poblaciones por cuyas venas circula la vida, ha inspirado á muchos escritores una lamentación irrazonada. Según ellos el vapor, la electricidad, las fábricas, el comercio, las mil manifestaciones del vigor expansivo y fecundo de las colectividades, son circunstancias desfavorables para el cultivo de la poesía y del ideal. Mil veces se ha repetido en todos los tonos que en «nuestro siglo utilitario», el arte y la belleza han huido de los grandes centros y se han refugiado en las selvas vírgenes, lejos del humo de las locomotoras y del estrépito de las máquinas. Todo ello es excelente para hacer una crónica según las fórmulas en uso. Pero la realidad es otra. El arte no ha sido el mismo

desde el principio de los tiempos; ha sido el producto variable de cada mentalidad y cada época. Filosófico en Roma, heroico y místico en la Edad media, cortesano con Luis XIV, sentimental en 1840 y decadente á fines del siglo pasado, sus formas sucesivas no fueron más que la resultante del espíritu que dominaba por entonces en la colectividad. Los poetas, que son el corazón y la palabra de las generaciones, traducían las palpitaciones del alma de su tiempo y eternizaban en la piedra, en la tela, en el pentágrama ó en el verso la emoción ó la preocupación universal del momento histórico por que atravesaban. Cuando los emperadores fueron eclipsados por los Papas, los sobrevivientes de la mentalidad vencida se lamentaron también como ahora de la muerte del arte. Pero otro arte brota de la nueva atmósfera y ese arte triunfó y reinó sobre los hombres, hasta que á su vez fué sustituido por otro, nacido de una nueva concepción de las cosas. Cada vez que la humanidad ha renovado sus moléculas y ha emprendido un nuevo movimiento de rotación alrededor de su destino, se han escuchado las mismas frases. No puede asombrarnos, pues, que se repitan hoy, en esta que podríamos llamar la época cuaternaria de la civilización. Ello durará lo que dura una agonía y de la nueva mentalidad vigorosa y triunfante acabará por nacer un arte que sea su expresión. No es verdad que el vapor, la electricidad, las fábricas, el intercambio y la fiebre productora sean enemiga de la poesía y del ideal. ¿Por qué ha de haber más belleza en una diligencia que avanza pesadamente por los cami-

nos pantanosos al trote lento de las mulas bajo las imprecaciones del mayoral, que en un amplio vagón de ferrocarril que huye por los campos como un ave gigantesca que roza la tierra con el ala? ¿Por qué han de ser más ideales las tartanas de Valencia que los *cabs* de Londres? ¿Por qué ha de haber más ensueño en un frío soneto parnasiano que en cuatro estrofas descriptivas que nos muestran á los obreros saliendo en pelotones de la fábrica y dispersándose por la ciudad entre himnos de redención? La inquietud y la movilidad de la vida moderna ofrecen á los artistas ancho campo de fantasía y de tiempo. Fuerza será que convengan todos en que la edad en que vivimos es tan suceptible de ser idealizada como cualquier otra...

Tales eran, en síntesis, mis reflexiones al visitar los arrabales oleosos de la ciudad más moderna de España.

Los techos erizados de chimeneas humeantes, los carros cargados de mercaderías, la actitud resuelta y diligente de los transeuntes, la atmósfera de prosperidad y de abundancia, hacen de Barcelona un centro excepcional entre los de la península. Después de atravesar los viejos barrios que formaron el primer núcleo de la población, entramos en la vorágine de la ciudad fabril y obrera. Aquí una casa de comercio; allí una cooperativa de producción; más lejos, en Tarrasa, en San Gervasio, en Sarriá, en Sans, en las Corts, verdaderas nidadas de fábricas, y sobre el conjunto rumoreante, un hálito de voluntad viril, de perseverancia victoriosa, de valiente iniciativa.

Una sola fábrica como la de Sala, Baladía y Guinjoan, da al mercado 2.500 pares de medias al día. Una sola empresa como la de Ortiz y Cussó, fabrica 1.200 pianos al año. La cooperativa Primera del Ter, que comenzó á funcionar en 1886 con 22 duros, posee hoy en edificios, terrenos, máquinas, etc., más de 500.000 pesetas. En todas las clases de la sociedad se nota la misma tendencia á trabajar, á abrir surco, á dejar huella. Los conflictos entre patronos y operarios son violentos y frecuentes, pero á pesar de las injusticias sociales, que corregirá el porvenir, á pesar de la organización económica deficiente, que deja escapar y perder en beneficio de algunos lo que debiera aprovechar á la colectividad toda, se respira un aire sano de actividad y de progreso. Barcelona irradia sobre España y sobre América el sobrante de su producción. Tejidos, mosaicos, licores, papel, tules, litografías, artículos de viaje, retortas, básculas, cepillos, aceites, calzado, conservas alimenticias, ventiladores, dulces, muebles, mapas, correas, sederías, espejos, fundición, especialidades farmacéuticas, chocolates, juguetes, objetos de amianto, jabones, peines, cuanto necesitamos para nuestra vida diaria, cuanto consumimos y ahogamos en la tromba de nuesta existencia múltiple, viene en muchos casos de esa aglomeración de talleres que palpita á los pies del Tibidabo. Que otros hagan el elogio de los pueblos contemplativos que se estancan y se momifican en una actitud de fakir; nosotros decimos ingenuamente nuestra admiración por las comarcas industriosas que aumentan el bienestar común,

que facilitan la existencia y que difunden el progreso.

* * *

Desde mi llegada á Barcelona, sentí á mi alrededor las palpitaciones de una vida intensa. Se ha dicho que el catalán une á la flexibilidad de espíritu del francés, la nobleza del castellano. Yo añadiría que tiene además la solidez y la aspereza de los pueblos del Norte. La afabilidad y la sonrisa aparecen muy de tarde en tarde. Lo que se nota á cada instante es un espíritu práctico, amigo de las certidumbres. Esto se hecha de ver á cada instante en la conversación. Recuerdo que en una comida, al servir el champagne, se habló de las cosas de América. Nuestro cónsul general, el Sr. Gache, hizo alusión incidentalmente á algunas costumbres de la Pampa. Entonces uno de los invitados, diputado á Cortes y hombre de gran mérito, quiso saber exactamente lo que significaba la palabra *pampa*. Se le dió la explicación consiguiente. Pero la inevitable vaguedad de la definición no le satisfizo. Nuestro amigo hubiera deseado que le dijéramos: la Pampa se extiende desde el grado tal hasta el grado tal, y comprende tal número de kilómetros cuadrados. A la larga, este carácter acaba por conquistar las simpatías. A la sorpresa sucede la confianza. Hay, á menudo,

más lealtad en una cara adusta que en una fisonomía obsequiosa.

De ello me convencí pocos días después de mi llegada: Fuí á visitar al director de un periódico y como no se hallaba en la redacción, me dijeron que lo podría encontrar en el local de un centro político que preside, y en el cual da audiencia de 2 á 4 á los solicitantes pobres. Me recibió cortésmente, conversamos, y me recomendó al despedirnos, que cuando deseara verle, fuese á la imprenta donde me presentaría á los redactores. Pocos días después tuve necesidad de algunos datos que sólo él me podía suministrar, y como pasaba cerca, entré de nuevo al local del club. Hice pasar mi tarjeta, y el mismo director salió en seguida á recibirme. «¡No le he dicho á usted que no venga por aquí!»—me gritó enfadado. Yo sonreí ante tan extraño saludo. Pero en seguida comprendí el sentido de la frase, porque me dió unas palmadas en el hombro y completó su pensamiento, diciéndome: «¡Ahí están esos amigos de la redacción que le estiman, que desean conocerle y que no consiguen verle á usted!» Después de lo cual, me hizo entrar en su gabinete y me facilitó cuanto necesitaba. Estos rasgos, que apenas es posible indicar sumariamente en una crónica, dan al catalán una fisonomía al propio tiempo bondadosa y ceñuda, que despierta la simpatía y se apodera de la voluntad del viajero.

Cuando por indicación de algunos amigos se me ofreció la tribuna del Ateneo Barcelonés para dar una conferencia sobre el socialismo y la evolución, temí que ciertas ideas un tanto revolucio-

narias desentonasen en aquel centro, al parecer aristocrático y conservador. Así lo manifesté á su presidente el ilustre poeta Don JuanMaragall. Pero mi asombro fué grande, cuando se me dijo que en ese mismo Ateneo, frecuentado por la clase burguesa de Barcelona, se había discutido á fondo hace algunos años la cuestión social, y que por iniciativa de Don Juan Salas Antón se había invitado á las corporaciones obreras, libertarias y socialistas, á designar dos miembros cada una para que vinieran á tomar parte en el debate, á formular sus reclamaciones y á exponer su concepción económica.

Tanta ventaja lleva Cataluña en estas cuestiones sobre el resto de España, que cuando las Cortes dictaron la ley de accidentes del trabajo, ya se habían adelantado á ella los habitantes de la región. Por acuerdo mutuo de fabricantes y obreros, sancionado por la costumbre, se daban desde mucho antes indemnizaciones más generosas y más amplias que las que especifica la disposición legislativa. De estos hechos sacan los catalanes la consecuencia de que, dado el desarrollo económico é intelectual de la provincia, no es posible gobernarla como á las demás. Las disposiciones que son pertinentes en Castilla la Vieja—dicen—no lo son en Cataluña. Para cada pueblo hay que legislar según las condiciones económicas, el desarrollo industrial y el grado de progreso que en él se contrasta. De ahí ha nacido ese movimiento catalanista tan complejo y tan difícil de sintetizar.

*
* *

A primera vista, el regionalismo parece una forma local del espíritu conservador. En él militan los hombres más acaudalados del país y muchos que hacen gala de ultramontanismo. Pero de que dentro del partido hay personalidades que abrigan esas ideas, no se deduce forzosamente que sean esas ideas las que dominan en el programa de la asociación. Desde luego, ella no persigue ideales políticos, sino reivindicaciones económicas, según me han declarado gentes imparciales que siguen el movimiento á distancia. Dentro del catalanismo parecen caber todos los matices de la opinión. Monarquía, república, democracia organizada, individualismo anárquico, todo ello está lejos de inquietarles realmente. Lo que persiguen y reclaman sin descanso es la autonomía, que les permitirá desarrollar plenamente su actividad creadora. Una vez alcanzada esa libertad, todos los problemas políticos, sociales ó religiosos podrán debatirse dentro de la región. Y cada cual tomará partido según su temperamento. El regionalismo cuenta, según parece, entre sus partidarios á gentes de opiniones muy diversas y se mantiene á igual distancia de todos los partidos en lucha. No prejuzga sobre ninguno de los problemas en litigio. Afirma simplemente el anhelo de autonomía en una región que se cree sacrificada al resto del país.

Tales son los ideales del catalanismo, según se desprende de las declaraciones de personas autorizadas, de la lectura de los periódicos y de mis observaciones personales. No es imposible que algunos apasionados superpongan su concepción íntima á la del grupo, sustituyendo al ideal colec-

tivo su propio deseo. No es improbable que las fuerzas de la reacción, al acecho de cuanto les permita infiltrarse en la vida contemporánea, imaginen monopolizar en beneficio propio una corriente de opinión que todavía no tiene clara orientación filosófica. Pero lo que es seguro, es que el movimiento regional no es ni tan separatista como algunos suponen, ni tan conservador como muchos se complacen en afirmar.

Por temperamento y por educación somos en América enemigos de las patrias chicas. Productos ocasionales de emigraciones y de circunstancias recientes, no tenemos felizmente el arraigo de otros pueblos que están atados á sus vetustas tradiciones locales y realizamos en cierto modo un tipo un tanto *déraciné*, un tanto universal é internacionalista que es como el presentimiento de la humanidad superior de mañana. De ahí que estas aspiraciones regionales, esta tendencia á establecer círculos concéntricos de patrias cada vez más estrechas, despierte en nosotros una inevitable antipatía. Por medio del telégrafo y del libro vivimos á diario fuera de nuestras fronteras. Los vastos territorios que habitamos resultan pequeños para la inquietud de nuestro espíritu. Estamos habituados á ver entrar y salir por nuestros puertos todas las costumbres y todas las civilizaciones. Y nuestros ideales son tan amplios, que nos duele asistir á una nueva subdivisión, á un nuevo desmigajamiento, cuando el deseo tiende más bien á una unificación general.

Pero está probado que las causas económicas son las que marcan el destino de los pueblos. Y

el movimiento regionalista, despojado de sus desvaríos separatistas y de sus torpezas reaccionarias, indica una necesidad material incontrarrestable. Algunos han dicho que se trata de una agitación artificial. Desearíamos poder corroborar esa afirmación. Pero para quien conoce las cosas de España parece tan imposible que puedan coexistir holgadamente dentro de la misma organización exageradamente centralista las apáticas regiones del Sud y las borbollantes comarcas del Norte, que, á pesar de cuanto se pueda objetar en teoría, resulta justificado y natural el movimiento.

He tenido ocasión de conversar largamente con el Sr. D. Federico Rahola, cuyo reciente viaje á Buenos Aires en compañía del Sr. Zulueta, dió tan buenos resultados para el comercio entre ambas naciones; con el Sr. D. José Puigdollers Maciá director del Crédito Ibero-Americano; y con el Sr. D. Alberto Rusiñol, jefe del catalanismo y diputado por Barcelona. Este último me expuso en síntesis las reivindicaciones de los catalanes. La actividad de estos—me dijo—está entorpecida por la administración central. Los políticos de la capital proceden con Cataluña en la misma forma en que procedieron con Cuba y con Filipinas. Las oficinas públicas están llenas de empleados incapaces, que ni conocen las necesidades de la región, ni responden á las exigencias de la actividad de un gran centro comercial. Grandes servicios nacionales, como el correo, son tan deficientes que retardan y dificultan la vida de la región. (Todavía no existen en España ni el giro,

ni la encomienda postal). El ensimismamiento en que yacen los poderes públicos, obliga á los catalanes á suplir con la iniciativa privada las negligencias del Estado. Cuando el vigor expansivo de la región exigió un gran puerto, los particulares tuvieron que cotizarse para construirlo. En una palabra, la provincia, se siente molestada por un gobierno que sólo se acuerda de ella para reclamar contribuciones que permiten vivir en la holganza al resto del país. Lo que quieren los catalanes es administrar ellos mismos sus riquezas en beneficio de la mayor prosperidad de la región.

Claro está, que en todo esto, puede haber alguna afirmación excesiva. Los hombres estamos de tal suerte organizados, que nos es imposible alcanzar la completa serenidad de juicios. Pero en tan vigorosas protestas hay una sinceridad que conquista y que atrae. ¿Cómo no han de tener derecho á la autonomía las regiones—nos dice el poeta que todos llevamos dentro—si la tienen las ciudades y los individuos?

*
* *

Pero la fracción que domina realmente en Barcelona es el partido republicano. Se ha apoderado del ayuntamiento haciendo entrar en él una mayoría guiada sabiamente por el director de *La Publicidad*, Don Eusebio Corominas; ha enviado al Congreso un brillante núcleo de diputados demo-

ledores, unos hábiles y fríos como Zulueta, otros ímpetuosos y desbordantes como Lerroux; y ha contribuido á crear en el país un ambiente favorable á todas las reformas, ambiente que se va ensanchando, hasta salvar los límites de la provincia

El republicanismo se presenta en España con un programa tan avanzado, que se acerca al programa mínimun del socialismo. Pi y Margall, que fué un gran demócrata y un genial previsor, comprendió la importancia que alcanzaría más tarde la cuestión social y en la exposición de principios redactada por él le concedió lugar preferente. Así vemos que los republicanos españoles reclaman hoy: la separación de la Iglesia y del Estado, el impuestro progresivo sobre la renta, la supresión de la subvención al culto, la entrega á las corporaciones obreras de las tierras públicas y de las que los particulares hayán dejado incultas durante más de cinco años, la expropiación de las minas y los ferrocarriles; la jornada de ocho horas en los establecimientos del Estado, la fijación de un mínimun de salarios, el jurado mixto para resolver las cuestiones entre el trabajo y el capital, el apoyo á cuanto pueda ensanchar dentro del hombre la idea de la patria y hacer de la humanidad un todo orgánico, la abolición de la pena de muerte, la supresión de la guerra, etc... Esto en cuanto se refiere al programa oficial. Individualmente, algunos republicanos van mucho más lejos.

Así se explica las resistencias que halla la idea republicana en las clases conservadoras. Su victoria determinaría un movimiento acentuado hacia

la democracia, y muchos retardatarios consideran ese movimiento como un cataclismo. Otros aseguran que desencadenado el vendaval nadie puede prever donde se detendría, porque las multitudes mal preparadas para la libertad rebasarían por sobre todas las barreras. De ahí que muchos que teóricamente simpatizan con la república y que saben la renovación moral y el progreso que ella significaría para España, se resuelvan á combatirla en nombre de intereses y temores individuales.

Pero en la región industriosa y fabril donde se alzan de trecho en trecho verdaderos bosques de chimeneas humeantes, en los campos fértiles de donde el esfuerzo del hombre hace nacer cosechas de prosperidad, en los arrabales tumultuosos donde anida la verdadera alma de la nación, casi todos se declaran sus partidarios entusiastas. Saben que la perseverancia y las energías que han dado á Cataluña su victoria, se desarrollarían mejor en un ambiente igualitario y harían quizá posible un mejoramiento de la condición de todos. Las barretinas de los cargadores de Barcelona parecen gorros frigios enlutados. En todas partes se oye predecir un imposible movimiento próximo, porque los hombres sencillos modelan siempre el porvenir según su deseo. Se aguza el oído. Se espera una palabra de orden. Y es innegable que cada cual sueña por las noches con fantásticos acontecimientos que hacen desaparecer lo existente como un telón de teatro y permiten ver, triunfantes en el escenario de la vida, sobre pedestales de verdad, las glorificaciones del trabajo

honrado y fecundo, que todo lo crea y lo purifica. Arma y blasón del hombre, la labor realizada es lo único que le permite ser inmortal.

LOS PUERTOS

Valencia.

Cuando salimos del centro de España y nos acercamos á las costas, sentimos bocanadas de vida, rachas de juventud que nos refrescan el rostro. Los puertos, con su intercambio, su animación, su coloreado entrevero de hombres, parecen organismos en cuyas almas el porvenir toca La Marsellesa. La península tiene á todo alrededor, como un fleco de castañuelas de oro.

Porque de oro parecen ser todas esas ciudades que renacen y prosperan, solicitadas por el vértigo universal de la civilización y del comercio. Después de haber visitado las poblaciones momificadas de algunas provincias donde las calles, las viviendas, las costumbres, y las almas tienen olor de sepulcro, nada es más agradable que pasar por las regiones que se extienden á lo largo de las playas y dejarse salpicar de nuevo por la espuma del mar y de la vida.

Las aldeas de pescadores ó los grandes puertos comerciales tienen siempre esa vivacidad, esa sonrisa abierta, de lo que está verdaderamente sano. Al sentir su calor, se pregunta uno si esa orladura de pueblos no es como un resplandeciente futuro que irá ganando campo, tierra adentro, tierra adentro, hasta inundar toda España.

Y lo que queda en nosotros de fundamentalmente español, lo que canta aún en nuestra alma la canción del origen, se regocija y cabrillea ante el probable despertar de la nación que nos dió vida.

Junto al mar, en la explanada cubierta de mercaderías, donde se hablan lenguas diferentes entre el crujido agrio de las cadenas de las grúas, desaparecen todas las prevenciones y se disipan muchos prejuicios. Frente al océano sin límites, cara á cara con el horizonte azul, el hombre se siente en contacto con el mundo entero. Y nacen en él no sé qué buenas tendencias universales y libres.

Los navíos, cargados de los más diversos productos, traen al puerto verdaderos palomares de ideas entre las jarcias. Unos vienen de Levante, otros de América, otros de los países del frío; pero todos tienen su gasolillo en la proa.

Desde el amanecer, al viento, bajo el sol, en los anchos espacios que separan el mar de las primeras casas, comienza el entrevero de mercaderes, de mozos de faena, de traficantes, de empleados, de curiosos, entre los cuales se destacan los trajes azules de los oficiales de los barcos. Chillan las sirenas de los vapores que van á sir-

gar á las goletas marcantes, se abren paso voceando los cargadores, intervienen los carabineros en las discordias de los que ofrecen fruta ó refrescos y, en la atmósfera dorada del día, entre el humo que sale á borbotones de las chimeneas, entre el bosque confuso de los mástiles y entre los vastos tinglados rellenos de cajones y de bolsas, parece pasar un hálito de triunfo.

Con la noche, cae el silencio sobre las aguas estancadas de las dársenas, y los grandes transeuntes del mar se acurrucan contra los murallones de piedra, haciendo crujir de rato en rato los cables que los aprisionan. El anfiteatro de la ciudad se salpica de luces. Y sobre las aguas dormidas, apenas pasa, como un secreto, una última canoa que deja un surco blanco bajo la mirada impávida de la luna... Pero, aun en esa muerte angustiosa de la noche, se cree oir la respiración caliente del trabajo que se prepara á reanudar, con la aurora, su tarea.

Como ese puñado de regiones, hay en España un puñado de espíritus.

Son almas modernas, hombres que vibran al unísono de los demás. No hablan con recuerdos, sino con ideas actuales. Tienen la fuerza y la reflexión. Y así como en una docena de puertos, (Barcelona, Valencia, Bilbao, Coruña, Almería, Cartagena, Málaga, etc.) está reconcentrado el vigor de la nación, en una docena de nombres (Acebal, Baroja, Benavente, Blasco Ibáñez, Bueno, Cristóbal de Castro, Dicenta, Maeztu, Martínez Ruíz, Unamuno, Valle Inclán, etc.), viene prisionero el porvenir. Son como ventanas abier-

tas que tiene el alma nacional sobre la plenitud de la vida, como puertos intelectuales por donde recibe el país el oro moral del extranjero y por donde da á conocer al mundo su mejor savia. En ellos recobra juventud el pasado y adquiere abolengo el futuro, porque los hombres sinceros son contemporáneos de toda la historia.

Si España resurje y vuelve á empuñar el cetro de otras épocas, lo deberá á esos animosos que, en vez de hundirse como los demás en una abstención egoísta, lanzaron á los mares, tanto en el orden industrial como en el orden intelectual, sus bajales cargados de riquezas y de pensamientos.

HACIA EL PORVENIR

En no sé qué tiempos fabulosos que la historia recuerda sin poder ubicar, en medio de una comarca todavía primitiva, pero ya destrozada por la rapacidad y el egoísmo de los hombres, junto á un río correntoso que ora parecía reflejar el cielo, ora llevar en sus aguas todo el limo y el rencor de ciertos corazones, vivía en un castillo medioeval lleno de almenas, un malvado señor de horca y cuchillo que dominaba la región y traía terrorizados á los habitantes. Sus siervos, diezmados por el hambre, la peste y los castigos, perecían á centenares y los cadáveres escuetos y lastimeros iban á dar al río que los llevaba quién sabe á dónde, entre el tumulto y el rumor de sus aguas. Gracián el Rudo, que así se llamaba el inflexible señor, los veía desaparecer con desdén y asistía impasible desde su torre á la desolación de la comarca, sobre la cual parecía flotar un hálito de muerte.

Una tarde en que Gracián jugaba con sus perros á la puerta del castillo, acercóse á él una de sus víctimas, Laudor, y le habló de esta manera:

—Tus graneros están atestados de provisiones, tus bodegas llenas del jugo de la vid, tus ojos impregnados de felicidad. ¿Cómo consientes que suframos nosotros?

Por toda respuesta, Gracián el Rudo hizo un gesto para llamar á sus escuderos, y estos se precipitaron sobre Laudor y le apresaron. Pero mientras le ligaban las manos detrás de la espalda, el siervo tuvo tiempo para hablar y se entabló un breve diálogo:

—¿Por qué nos niegas el trigo que hacemos brotar de la tierra con nuestro trabajo?

—Porque las tierras son mías.

—¿Por qué nos arrojas de las viviendas donde podríamos encontrar abrigo?

—Porque las necesito para mis caballos.

—¿Por qué nos persigues y nos diezmas, por qué nos obligas á morir en guerras cuyo motivo ignoramos, por qué nos impones tu capricho?

—Porque soy el más fuerte.

Y mientras el señor seguía acariciando á sus perros, los escuderos se llevaron al miserable con orden de encerrarle en la torre más alta del castillo.

Pero en la vida ninguna situación es segura.

Pocos meses después, en una de esas bruscas sublevaciones de la naturaleza que parece querer vengarse de la tiranía de los humanos, el río correntoso que pasaba al pie del castillo se arremo-

linó y desbordó sobre los campos desgajando los árboles, arrasando las casas y sembrando la desolación en el valle. Gracián el Rudo, que se hallaba cazando en sus tierras, quiso volver al castillo cuyas torres macizas surgían de la confusión como dos brazos inmóviles y gigantescos. En la ventana más alta distinguió la silueta de Laudor, su prisionero, que ayudándose con una larga cuerda salvaba á algunas de las víctimas de la catástrofe.

Sosteniéndose en las maderas que flotaban, Gracián consiguió llegar hasta el pie del castillo.

Al principio Laudor fingió no verle; después se entabló este diálogo:

—Has salvado ya á muchas gentes, no tienes más que volver á soltar la cuerda, ¿cómo puedes dejarme perecer?

Laudor se encogió de hombros.

Pero Gracián, extenuado y á punto de sucumbir, insistió:

—¿Por qué me niegas la ayuda de tu brazo?—suspiró.

—Porque mi brazo es mío,—contestó Laudor.

—¿Por qué te desinteresas de mí, por qué me condenas á desaparecer?—gimió el tirano.

—Porque soy el más fuerte,—contestó el prisionero...

Las aguas arremolinadas y confusas saltaban en espumarajos y se retorcían. El náufrago trataba de sostenerse con las uñas en las paredes del castillo. Un minuto más, y desaparecía para no volver...

Entonces Laudor tuvo un gesto inmenso.

—Después de todo es un hombre,—pensó.

Y le arrojó la cuerda.

Pero si se salvó Gracián, no se salvó su orgullo.

¿Para qué formular la moraleja?

*
* *

Como después de una crisis de lágrimas el ser humano recupera su virginidad moral, después de una conmoción profunda recuperará probablemente España su vigor y sus virtudes. Hasta ahora las cosas han marchado á la buena de Dios, sin que los hombres hagan gran cosa para dirigirlas. Pero todo anuncia una época en que triunfarán las energías personales. En España se acumula una fuerza para el porvenir. Todo consiste en saber dirigirla hacia grandes móviles altos y universales. Veamos por encima de las patrias.

Para que la juventud sacuda su marasmo, recobre su vigor y vuelva á hacer el servicio de avanzadas de la humanidad, será indispensable que rompa con esa preocupación, origen de su estancamiento, que se traduce casi siempre en estas ó parecidas palabras:—«¡Para qué luchar!» «¡Es tan difícil remover lo existente!» «¡De todos modos nosotros no lo hemos de ver!»—Error lamentable. Cada piedra de un edificio no puede aspirar á completarlo ella sola, ni tener la pretensión de atribuirse todo el mérito del trabajo. Sepamos resignarnos á ser obreros en una gran

construcción que quizá no veremos terminada. En nuestro esfuerzo anónimo no busquemos más satisfacción que la del deber cumplido. Tengamos el patriotismo de la especie, y hagamos el bien, no por el provecho que ello nos puede procurar, sino por el bien mismo, por la suprema felicidad de poder aplaudirnos interiormente

Para alcanzar esto, es indispensable poner en juego la facultad que tiene el hombre de dominar la vida. Tratemos de convencernos de que *nada es*, de que todo se hace según la voluntad de cada uno. El sér humano, que tiene vigor para modificar su mundo interior, lo tiene también para transformar lo que le rodea. Cada cual debe posesionarse del Dios que lleva dentro. Seamos fuertes para poder ser buenos. Un hombre tranquilo y seguro de tener razón, puede apoderarse en un momento dado de la humanidad perpleja.

Para comprender algunas cosas, no temamos recurrir á los ejemplos. Si colocamos un jarro con agua hirviente dentro de otro jarro con agua fria, la temperatura de ambos será al cabo de pocos minutos la misma. El uno ganará un poco de calor, el otro un poco de frialdad. Seamos como las cosas. Que el poderoso en ideas, en dinero, en habilidad, dé al débil una parte de lo suyo, y el débil le dará en cambio quizá la felicidad que le falta. Equilibremos la temperatura social.

No saquemos de nuestra preparación intelectual ningún orgullo mezquino. El talento y hasta el genio sólo son fuerzas de la naturaleza, como la electricidad. No están en nosotros, las captamos. ¿Qué pensaríamos del ingeniero que por ha-

ber canalizado la energía que da vida á una fábrica, la proclamara obra suya? El hombre no crea nada, combina lo existente. De ahí que todos nuestros pobres orgullos humanos sean ingenuidades sensibles de insectos que pretenden hincharse hasta contrabalancear el volumen del mundo.

Opongamos una poderosa organización moral á todas las solicitaciones de la vida fácil. El desinterés debe ser el pedestal de nuestra existencia. El hombre que tiene pocas ambiciones está mejor preparado para la verdad y para la justicia porque se siente menos solicitado por el deseo de oprimir á otros para encumbrarse. Y tenga cada cual el anhelo de ser el héroe modesto y anónimo que salva á la colectividad en medio de una catástrofe.

Riámonos de los que afirman que la generosidad no consiste más que en la aplicación que se hace del egoísmo. Esos epicúreos enfermizos, que pretenden erigir por sobre las cimas del derecho sus pobres mentalidades subalternas, no pueden ser escuchados. El hombre vale por el recorte de cielo que se refleja en su alma. La bondad no está tampoco en nosotros, es una refracción del infinito.

Aunque la verdad deba decirse por etapas, lentamente, sin levantar espumarajos de resistencia, no sancionemos nunca con nuestro silencio una injusticia ó un error. Tengamos la serenidad y el aplomo de decir nuestra manera de ver en todas las circunstancias. Pensemos en alta voz y no nos dejemos amedrentar por la censura ó el aplauso. El éxito ó el fracaso de un hombre, sólo

son un incidente insignificante dentro de la compleja y vasta diversidad de la vida.

Que el afán de riqueza y de placeres mundanos no monopolice nuestra actividad. La opulencia y el fasto no añaden ni quitan nada al hombre. Seamos superiores á esos detalles. Epicteto decía á sus compatriotas: «Tenéis vajilla de plata y oro, pero vuestros pensamientos son de barro». Evitemos el reproche y pongamos nuestro mejor lujo en las ideas.

Existe la intelectualidad y la subintelectualidad. Esta es la memoria y aquella es la comprensión. Si los locos son construcciones que tienen una ventana sobre el vacío, los pacientes obreros de la retentiva son calabozos herméticos donde se ahoga la personalidad. De aprender una cosa, que no sea para recordarla, sino para sacar consecuencia de ella. La ilustración sólo debe ser un trampolín que nos permita saltar á mayor distancia.

Hay hombres que pasan por la vida borrachos de pensamientos y hay otros que viven con mondaduras de ideas. Tengamos nuestro pequeño haber. E impongamos rumbo firme á nuestra intelectualidad. No nos agotemos en vidas estériles, desdeñemos las glorias de espuma, y velemos ante todo por la solidez de la obra. En esta humanidad cuyo espíritu tiene la inquietud de los pájaros, nada es más fácil que improvisarse un renombre efímero. Basta halagar las pasiones del momento. Evitemos el escollo y trabajemos ajenos al tiempo y al espacio, con la sola preocupación de la justicia inmortal.

Las ilusiones no son burbujas de imposible, son probabilidades futuras. Tengamos fe en el porvenir. Desarrollemos nuestra voluntad como desarrollamos nuestros músculos, con la gimnasia. No la apliquemos á defender palabras, sino á realizar la esencia de esas palabras. Y hagamos de la equidad, el desinterés, la justicia y el sacrificio, las cuatro bases de nuestra vida.

FIN

INDICE

	Págs.
El perfume de los pinos..	5
De Irún á Fuenterrabía..	13
El país vascongado.	25
Las campanas de Burgos.	37
La tierra de Don Quijote.	47
Madrid de noche.	65
El rey en las calles de Madrid.	71
España triste.	77
La política.	85
Don José Canalejas.	93
Benito Pérez Galdós..	99
Juan Valera..	103
Vicente Blasco Ibáñez.	107
Salvador Rueda.	111
Antonio de Valbuena.	115
Vicente Medina..	121
Joaquín Dicenta..	125
La literatura.	129
Barcelona industrial..	169
Los puertos..	183
Hacia el porvenir.	187

OBRAS DE V. BLASCO IBAÑEZ

NOVELAS

Arroz y tartana.

Flor de Mayo.

La Barraca.

Entre naranjos.

Sónnica la cortesana.

Cañas y barro.

La Catedral.

CUENTOS

Cuentos valencianos.

La Condenada.

VIAJES

París *(agotada)*.

En el país del Arte.


00027741597
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL